

edición inglesa
VENTURE SCIENCE FICTION

edición francesa
FICTION

edición japonesa
S-F

edición alemana
EINE AUSWAHL AUS FANTASY AND SCIENCE FICTION

edición italiana
FANTASIA E FANTASCIENZA

edición castellana
MINOTAURO. FANTASIA Y CIENCIA-FICCION

"THE MAGAZINE of FANTASY AND SCIENCE FICTION publica la mejor ciencia-ficción y la mejor literatura fantástica que se escribe actualmente y prácticamente todos los relatos de ciencia-ficción de verdadero valor literario que puedan encontrarse en el género". (Library Journal).

La Vigésimoprimer Convención Mundial de Ciencia-Ficción reunida en Washington ha proclamado a THE MAGAZINE OF FANTASY AND SCIENCE FICTION "la mejor revista del mundo en 1963". F & SF había obtenido ya esta máxima recompensa (el Hugo) en 1958, 1959, y 1960.

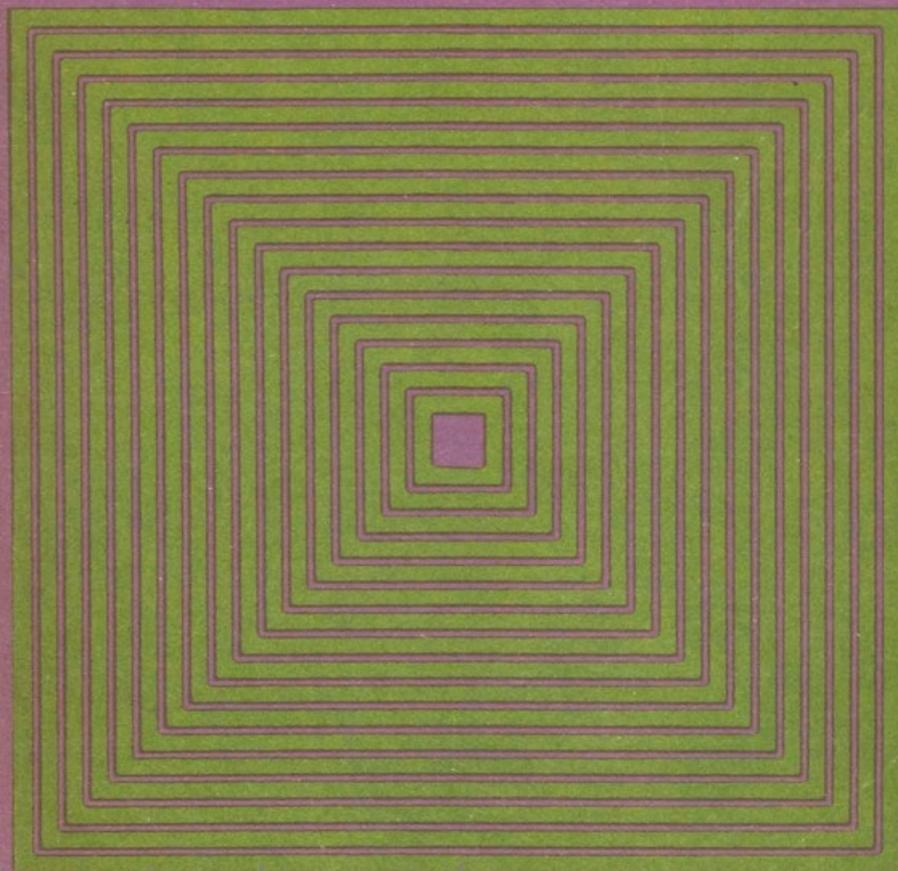


las obras maestras de la ciencia-ficción
la aventura de la ciencia
la literatura fantástica contemporánea

MINOTAURO 10

Alfred Bester
EL HOMBRE PI

Th. Sturgeon C.S.Lewis B.W.Aldiss



The Magazine of Fantasy and Science Fiction

MINOTAURO

FANTASIA Y CIENCIA - FICCIÓN

Alfred Bester	EL HOMBRE PI	3
C. S. Lewis	ÁNGELES TUTELARES	24 ←
Theodore Sturgeon	UN TOQUE EXTRAÑO	36
Damon Knight	ESTACIÓN DE EXTRANJEROS	53 ←
Fritz Leiber	237 ESTATUAS PARLANTES, ETC.	86
Vance Aandahl	UNA CORONA DE FUMARIA FÉTIDA	98
Juan G. Atienza	MUY ARRIBA, MUY ADENTRO	105 ←
José Pedro Díaz	EJERCICIOS ANTROPOLÓGICOS	111
Brian W. Aldiss	INVERNÁCULO	116 ↘

10

Minotauro 10. Edición en castellano de The Magazine of Fantasy and Science Fiction por acuerdo especial con Mercury Press, Inc. New York, U. S. A. Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723. Ediciones Minotauro S. R. L., Humberto I° 545, Buenos Aires. Se terminó de imprimir el 29 de junio de 1968 en los talleres gráficos de la Compañía Impresora Argentina, S. A., calle Alsina 2049, Buenos Aires, Argentina.

EDITORIAL

Ni el elemento físico raro ni la simple lejanía del espacio son capaces de darnos esa idea de lo extraño que tratamos siempre de alcanzar en las narraciones que cuentan viajes por el espacio: es necesario entrar en otra dimensión... Si por algún progreso fatal de las ciencias aplicadas logramos llegar alguna vez a la luna, no por eso quedará satisfecho el impulso que nos lleva a escribir esas narraciones. La luna real, si llegamos allí y sobrevivimos, será en un sentido profundo y mortal como cualquier otra cosa. La muerte será simplemente la muerte entre esos cráteres calcinados, semejante a la muerte natural en una casa de campo. Ningún hombre descubrirá una fascinante extrañeza en la luna sino ese hombre capaz de descubrirla en el patio de su casa... Un cuento de imaginación no tiene por qué ser como "la vida real" en un sentido simple, sino mostrarnos una imagen de lo que la realidad es quizá en una región más central. El hombre que relea un cuento no busca verdaderas sorpresas (lo que ocurre sólo una vez) sino un cierto estado de asombro. Es la cualidad de lo extraño no su realidad lo que nos deleita.

C. S. LEWIS

Alfred Bester, autor de El hombre demolido, premiada como la mejor novela del año en 1953, ha abandonado desde hace un tiempo el género. Como crítico, y como autor, luchó siempre contra las convenciones de la ficción científica. El hombre Pi, publicado por vez primera hace diez años, es uno de sus relatos menos convencionales.

EL HOMBRE PI

Alfred Bester

¿Cómo decirlo? ¿Cómo escribir? A veces, puedo ser fluido, hasta refinado, y de pronto, *reculer pour mieux sauter*, eso se apodera de mí. Tensión. Presión. Compulsión.

A veces,

debo

retroceder

pero

no

para

saltar; no, ni siquiera para saltar mejor. No puedo dominarlo, se trate de lenguaje, amor, destino. He de compensar, resarcir. Siempre.

Pero lo intento de todos modos.

Quae nocent docent. Sigue la traducción: lo que daña, enseña. He sido dañado y he dañado a muchos. ¿Qué hemos aprendido? Sin embargo, me despierto en la mañana del daño mayor preguntándome en qué casa estoy. Riquezas se sobreentiende. ¡Maldita sea! Hotelito en Londres, villa en Roma, piso alto en Nueva

York, rancho en California. Me despierto. Miro. Conozco bien el sitio. La distribución es así:

Dormitorio	Vestíbulo	T
	Baño	e
	Baño	r
	Sala	r
	Dormitorio	a
	Cocina	z
	Terraza	a

¡Oh, oh! Estoy en el piso alto de Nueva York, pero ese baño-baño, espalda contra espalda... ¡Puf! Todo el ritmo al diablo. Desequilibrio. Una distribución lastimosa. Telefono abajo, al portero. En ese momento pierdo mi inglés. (Comprendan que hablo todos los idiomas. Qué embrollo. Me siento obligado. ¿Por qué? ¡Ah!)

—Pronto. Ecco mi. Signore Storm. No. Obligado a parlare italiano. Espere. Volveré a llamar en cinque minuti.

Re infecta, Latín. Todavía no. Me lavo el cuerpo, los dientes, el pelo. Me afeitó. Me seco y pruebo otra vez. *Voilà!* De nuevo el inglés. Volvamos al invento de A. G. Bell ("Señor Watson, venga, lo necesito"). Hablo por teléfono con el portero. Un buen hombre. Hace las cosas en un santiamén.

—¡Hola! Le habla otra vez Abraham Storm. Sí. Eso es. El del piso alto. Señor Lundgren, sea mi rabino personal y haga que vengan algunos obreros aquí esta mañana. Quiero convertir los dos baños en uno solo. Sí. Dejaré cinco mil dólares sobre la heladera. Gracias, señor Lundgren.

Quiero un traje de franela gris esta mañana, pero tengo que ponerme el de piel de tiburón. ¡Maldición! El nacionalismo africano tiene curiosos efectos laterales.

Visita al dormitorio de atrás (véase el diagrama) y queda abierta la puerta que ha instalado la National Safe Co. Inc. Entro.

Todo está emitiendo a más y mejor. De extremo a extremo del espectro electromagnético. La imagen se pierde en el ultravioleta y se confunde hacia el infrarrojo. La radiación alfa, beta y gamma, vigorosa. Y los interruptores innn tt errrr ummm ppp ennn casual y cómodamente. ¡Me siento en paz, Cristo Jesús! ¡Conocer siquiera un momento de paz!

Tomo el tren subterráneo para ir a la oficina en Wall Street. El chófer demasiado peligroso; podría mostrarse amable. No me atrevo a tener amigos. Lo mejor de todo es el subterráneo de la mañana, atestado, en la masa; no hay que ajustar figuras, ni hacen falta cambios o compensaciones. ¡Paz! Compró todos los matutinos; a causa de las figuras se entiende. Como he leído demasiados *Times*, debo leer *Tribune* para equilibrar la figura. ¿Demasiados *News*? Leo el *Mirror*, etcétera.

En el coche del tren, vislumbro un ojo: pequeño, frío de un gris azulado; la mirada de un hombre que está seguro de que nunca lo he visto y de que nunca lo verá. Pero vi la mirada, y en los fondos de mi mente sonó una campanilla. Aquel hombre sabía. Notó el brillo en mis ojos antes que yo pudiera ocultarlo. ¿Así que me seguían de nuevo? Pero ¿quién? ¿Los Estados Unidos? ¿La Unión Soviética? ¿Matoids?

Salgo disparado del subterráneo en City Hall y les doy una falsa pista al Edificio Woolworth, por si son varios. Toda la teoría de los cazadores y la presa no es evitar las huellas... eso es imposible... sino despistarlos con muchas pistas. Al fin abandonan la caza. Tienen tantos hombres para tantas operaciones. Hay que disminuir la eficacia promedio.

El tránsito en City Hall carecía de síncope (como siempre) y tuve que pasar al lado caluroso de la calle, compensando. Tomé un ascensor hasta el décimo piso

del edificio. Allí me vi de pronto asaltado por algo de allí gún luggg ar. Allí ggo mma lo. Me puse a gritar, pero nadie vino. Al fin se abrió una oficina, y salió un empleado: chaqueta de alpaca, papeles en las manos y lentes de oro.

—No a él —supliqué a ningún sitio—. Es un buen hombre. No a él. Por favor.

Pero soy fuerza. Me acerco. Dos golpes: en el cuello y en el vientre. Se derrumba, retorciéndose. Pisoteo los lentes. Le saco el reloj del bolsillo y lo destrozo. Le rompo las plumas. Rasgo los papeles. Luego, me autorizan a volver al ascensor y bajar. Eran las diez y media. Estaba retrasado. ¡Qué inconveniente! Tomé un taxi para ir al 99 de Wall Street. Di al chófer una propina de diez dólares. Metí (en secreto) mil en un sobre que cerré cuidadosamente y envié al chófer de vuelta al edif. para que encontrara al empleado y se los diera.

Trabajo rutinario en la oficina. El mercado muy nervioso; el tablero mayor anda a los saltos; es difícil equilibrar y compensar aunque conozco bien las figuras del dinero. A las once y media, pierdo \$ 109.872,43, pero, con un *pas de géant*, gano \$ 57.075,94 a las doce y media. Hora de verano, que mi padre solía llamar hora Woodrow Wilson.

Los 57075 forman una buena figura, un capicúa, pero esos 94 centavos... ¡Puf! Rompen el equilibrio; la figura parece inclinada, torcida. Simetría ante todo. Sólo tengo 24 centavos en el bolsillo. Llamo a la secretaria, le pido prestados 70 y echo toda la suma por la ventana. Me siento mejor observando las monedas que caen a la calle, pero en esto advierto que la secretaria me mira con sorpresa y deleite. Es peligroso. Muy peligroso.

Despido inmediatamente a la chica.

—Pero ¿por qué, señor Storm? ¿Por qué? —pregunta, tratando de no llorar.

¡Pobrel Es una monada. Con esa carita pecosa y atrevida. Pero ya no hay en ella atrevimiento.

—Porque yo comienzo a atraerla.

—¿Qué tiene de malo?

—Cuando la contraté, le advertí que no se aficionara a mí.

—Pensé que era una broma.

—No lo era. Está despedida. Váyase.

—Pero ¿por qué?

—Temo que acabe usted gustándome.

—¿Me quedo entonces?

—¡No lo permita Dios!

—Bien, no tiene por qué despedirme —replicó—. Lo odio.

—Muy bien. Entonces, puede acostarse conmigo.

Se puso como una amapola y abrió la boca para insultarme, mientras le chispeaban los ojos. Una monada. No podía arriesgarme. Le eché encima el sombrero y el abrigo, le di un año de sueldo como gratificación y la puse en la puerta. *Punkt*. Anoté: contratar sólo a hombres, preferentemente casados, misántropos y de inclinaciones asesinas. Hombres que pueden odiarme.

A almorzar, pues. Fui a un restaurante bien equilibrado. Con mesas sujetas al piso. No había que moverlas. Todo ocupado por clientes. Linda figura. Ninguna necesidad de compensaciones y ajustes. Encargué para mí un almuerzo muy simétrico:

Martini

Martini

Martini

Croque M'sieur Roquefort

Ensalada

Café

Pero, como se consumía demasiado azúcar en el restaurante, tuve que tomar café amargo, que no me gusta. De todos modos, una hermosa figura. Equilibrada. $X2 + X + 41 =$ número primo.

Perdonen, por favor. A veces, me domino y compenso voluntariamente. En otras ocasiones, me obligan desde Dios sabe dónde y por qué. Entonces, he de hacer lo que se me obliga a hacer, como hablar en la jerga en que hablo; a veces, contra toda mi voluntad, como en el caso del empleado del Edificio Woolworth. De cualquier modo, la ecuación se va al traste cuando $X = 40$.

La tarde fue tranquila. Pensé por un momento que me vería obligado a viajar a Roma (Italia), pero algo se ajustó espontáneamente. La Asociación Protectora de Animales se metió conmigo porque maté a mi perro a palos, pero contribuí con \$ 10.000. Salí de allí saludado por todos. Dibujé bigotes en algunos carteles, salvé a un gatito que se ahogaba, libré a una mujer de un embrollo e hice que me afeitaran la cabeza. Un día normal.

Por la noche, el ballet, y esas figuras hermosas, equilibradas, pacíficas, sedantes. Luego, tomé aliento, dominé mis náuseas y me obligué a ir a *Le Bitnique*, el local de los *beatniks*. Odio *Le Bitnique*, pero necesito una mujer y he de ir adonde me desagrada. La chica pecosa que despedí... tan esbelta y deliciosamente pícara, y aquellos ojos insinuantes... Bien, *poisson d'avril*, fui a *Le Bitnique*.

Caos. Oscuridad. Sonidos y olor a cacofonía. Una lámpara de 25 vatios en el techo. Un pianista desmañado tocando jazz progresivo. A lo largo de la pared L, muchachos *beatniks*, con boinas, anteojos ahumados y barbas púbicas, jugando al ajedrez. A lo largo de la pared D, el bar, con chicas *beatniks*; llevan bajo el brazo unas bolsas de papel madera con artículos de aseo. Se mueven y maniobran en busca de un colchón para la noche.

¡Estas chicas *beatniks*! Todas flacas... Me excitan esta noche porque hay demasiados compatriotas que sueñan con mujeres metidas en carnes y tengo que compensar. (En Inglaterra, me gustan las metidas

en carnes, porque a Inglaterra le gustan las flacas.) Todas llevan pantalones apretados, jerseys holgados, pelo a lo Brigitte Bardot, maquillaje a la italiana... ojos negros, labios pálidos... y cuando caminan lo hacen con el contoneo que entusiasmó al inspirado Herrick, hace tres siglos, cuando estalló y escribió:

*Luego, cuando levanto al fin los ojos,
y contemplo tan libres vibraciones,
¡cómo esos resplandores me deslumbran!*

Elijo a una que resplandece. Hablo. Ella me insulta. La insulto yo también y bebo. Ella bebe y me insulta 2. Espero que sea lesbiana y la insulto 3. Se burla y odia, pero inútilmente. No habrá colchón esta noche. ¡Qué patética la bolsa de papel madera 2 bajo el brazo! Contengo mi simpatía y devuelvo el odio. La chica no se baña. Tiene pensamientos discordantes. Está segura. No puede lastimarse. La llevo a casa para seducirla mediante el desprecio mutuo. Y en la sala (véase el diagrama), está sentada la esbelta y menuda secretaria de la carita pecosa, la que acabo de despedir, esperándome.

	!
	Y
	ahora
	escribo
	parte de la
h	e
i	n
s	
t	P
o	a
r	r
i	í
a	s

Capitolio de Francia

Dirección: 49b Avenue Hoche, París, 8ème, Francia.

Obligado a ir allí a causa de lo ocurrido en Singapur, por supuesto. Necesitaba una compensación y un ajuste extremos. Casi, por un momento, pensé en la necesidad de agredir al director de orquesta de la *Opéra Comique*, pero el destino se mostró amable y me sacó de allí sin nada más que una exhibición indecente bajo el *Petit Carrousel*. Y pude procurarme una beca en la *Sorbonne* antes que me llevaran.

Sea como fuere, allí estaba sentada, en mi piso alto, ya con un solo (1) cuarto de baño y \$ 1.997,00 de cambio sobre la heladera. ¡Puf! Tiré \$ 6,00 por la ventana y el hermoso resto —1991— me alivió en seguida. Allí estaba sentada, con un básico vestido negro de coctel, medias negras sin costuras y esarpines negros. El cutis pecoso enrojeció. A causa de la turbación. También a causa del peligro. El rostro pícaro estaba tenso; pensaba sin duda que era muy audaz. ¡Cuernos! Cómo me gusta.

Me gusta también la hermosa curva de las piernas. Y del busto. Equilibrado ¿comprenden? * * Así, pero no demasiado saliente. Decoroso. También la separación.) (Así. Y tan rosada como la cara, a pesar del desesperado espolvoreo lechoso. Esos polvos son un fastidio. Voy a la cocina y me froto el frente de la camisa con un corcho quemado como compensación.

—Oh —digo—. Feliz de verla, chica, invadir, ale, ale, la casa, tan a lo largo. Salvo que he de hablar ahora en macarrónico. Muy turbado todo, de testa a pata. Perdón, por favor hasta el próximo cambio.

—Soborné al señor Lundgren —explicó ella—. Le dije que necesitaba usted unos papeles importantes de su oficina.

—*Entschuldigen Sie, bitte. Meine pidgin haben sich gesendert. Sprachen Sie Deutsch?*

—No.

—*Daan warte ich.*

La *beatnik* dio media vuelta y salió disparada, con todas las vigorosas vibraciones en anárquica libertad.

La alcancé en la puerta del ascensor, le puse en la mano \$101\$ (una figura perfecta) y le di las buenas noches en español. Me odiaba. Le hice una cosa muy fea (no hay excusa), y volví a entrar cuando sentí que me volvía el inglés americano.

—¿Qué ha conseguido esa chica? —preguntó la pecosa.

—¿Cómo te llamas? —le dije.

—¡Bueno! He trabajado en su oficina tres meses. ¿No sabe cómo me llamo? No lo creo.

—No. Y tampoco quiero saberlo ahora.

—Soy Lizzie Chalmers.

—Véte, Lizzie Chalmers.

—Por eso, me llamaba siempre “señorita”. ¿Por qué se afeitó la cabeza?

—Dificultades en Viena.

—Muy bonito —dijo ella críticamente—. Pero no sé qué pensar. Me recuerda usted a un astro de cine muy desagradable. ¿Qué significa eso de dificultades en Viena?

—No te importa. ¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres?

—Es a ti a quien quiero —dijo la pecosa, poniéndose muy encendida.

—¿Quieres irte de una vez, por amor de Dios?

—¿Qué tenía esa que yo no tenga? —preguntó Lizzie Chalmers. Luego, torció la cara—. No... ¿Está bien así? Qué. Tenía. Ésa. Que. Yo. No. Tenga. Sí, está bien. Voy al Bennington. Son fuertes en agresividad, pero flojos en gramática.

—¿Qué es eso de ir al Bennington?

—Bueno, es un colegio. Creí que todos lo sabían.

—Pero, ¿vas ahora?

—Estoy en primer año. Utilizan el látigo para darte experiencia en la materia.

—¿Qué materia es la tuya?

—La economía, antes. Ahora, tú. ¿Cuántos años tienes?

—Ciento nueve mil ochocientos setenta y dos.

- Oh, vamos. ¿Cuarenta?
- Treinta.
- ¡No! ¿Es cierto? —La pecosa asintió satisfecha.— Me llevas diez años. Está muy bien.
- ¿Estás enamorada de mí, Lizzie?
- Bien, trato de que nos entendamos.
- ¿Tiene que ser conmigo?
- Comprendo que puede parecer atrevido. —Bajó los ojos.— Y supongo que las mujeres te acosan.
- No siempre.
- ¿Qué eres? ¿Un hombre cansado de las mujeres o algo así? Es decir... Ya sé que no soy deslumbrante, pero tampoco soy repulsiva.
- Eres bonita.
- ¿Entonces por qué no me abrazas?
- Estoy protegiéndote.
- Puedo protegerme yo misma llegado el momento.
- Ha llegado el momento, Lizzie.
- Lo menos que podrías hacer es ofenderme, como ofendiste a esa chica en el ascensor.
- ¿Espíaste?
- Claro que espíe. ¿Pensaste que iba a quedarme aquí sentada? Tenía que cuidar a mi hombre.
- ¿Tu hombre?
- Así es —declaró Lizzie Chalmers en voz baja—. Nunca lo creí, pero así es. Una se enamora y se desenamora y cada vez cree que es muy de verdad y para siempre. Y luego se encuentra con otro y deja de querer. Comprende que ha encontrado a su hombre y queda atada. Como yo ahora.
- Alzó los ojos y me miró... Eran unos ojos violetas, jóvenes, decididos y tiernos, y sin embargo de más de veinte años, mucho más. Y yo sabía cuánta era mi soledad, sin atreverme a querer, siempre obligado a vivir con quienes odiaba. Podía muy bien hundirme en esos ojos violetas, y no volver a la superficie.
- Voy a impresionarte —dije.
- Miré la hora. Eran la una y media de la madru-

gada. Una hora tranquila. ¡Ojalá mi lengua norteamericana no me abandonara todavía! Me saqué la chaqueta y la camisa y le mostré mi espalda, cubierta de cicatrices. Lizzie quedó boquiabierta.

—Yo me hice todo eso —le dije—. Porque un hombre me agradó y fuimos amigos. Es lo que me costó y tuve suerte. Pero espera un momento.

Fui al dormitorio principal, donde la vergüenza de mi corazón estaba embalsamada en una caja de plata, en el cajón derecho del escritorio. Llevé la caja a la sala. Lizzie me observaba con ojos muy abiertos.

—Hace cinco años —le dije—, una chica se enamoró de mí. Una chica como tú. Yo me sentía entonces muy solo, como siempre. En vez de protegerla, cedí. Quiero mostrarte lo que *le* costó. Vas a odiarme por esto, pero tengo que mostrártelo...

Mis ojos vislumbraron un destello. Las luces de un edificio, calle abajo, se habían encendido de pronto. Corrí a la ventana y miré. Las luces del edificio, tres casas más allá se apagaron... un eclipse de cinco segundos... Se encendieron de nuevo. Luego lo mismo en otro edificio, dos casas más allá, y luego en el edificio inmediato. La muchacha se puso a mi lado y me tomó de un brazo. Temblaba levemente.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Ocurre algo?

—Espera —dije.

Las luces de mi casa se apagaron. Estuvimos a oscuras cinco segundos. Luego, las luces volvieron.

—Me han encontrado —le dije.

—¿Encontrado? ¿Quiénes?

—Han seguido mis emisiones por el BD.

—¿Qué es el BD?

—El buscador de direcciones. Luego, han cortado la corriente en cada edificio vecino cinco segundos... edificio por edificio... hasta que la emisión se detuvo. Ahora, saben que estoy en esta casa, pero ignoran en qué piso. —Me puse la camisa y la chaqueta.— Buenas noches, Lizzie. Cómo me gustaría besarte.

Me echó los brazos al cuello y me dio un beso sonoro, todo amor, todo terciopelo, todo entrega. Traté de zafarme de ella.

—Eres un espía —me dijo—. Iré a la silla contigo.

—Ojalá fuera un espía —me lamenté—. Adios, queridísima. Recuérdame.

Soyez ferme. Un gran error este desliz. Quizá se deba a que en mi norteamericano también hay deslices. De pronto, vuelve mi galimatías. Cuando me lanzo a la puerta, la mocita se desprende de las chinelas y suelta hasta el muslo el cierre relámpago de la falda de coctel, para poder correr. Se apresura junto a mí escaleras abajo; son cinco pisos, hasta la cochera del sótano. Le doy un golpe para que se detenga, mientras suelto unas palabrotas. Me devuelve el golpe y suelta unas palabrotas peores, sin dejar de reír y de llorar. Me gusta. ¡Maldita sea! Está perdida.

Entramos en el coche, un Aston Martin, pero con dirección a la izquierda. Avanzamos a toda velocidad por la calle 53, luego hacia el este por la 54, y hacia el norte por la Primera Avenida. Voy hacia el puente de la calle 59, para salir de la isla de Manhattan. Tengo un avión en Babylon, Long Island, siempre listo para esta clase de inconvenientes.

—*J'y suis, j'y reste* no es mi lema —le digo a Elizabeth Chalmers cuyo francés es tan inseguro como su gramática... una deliciosa debilidad—. Una vez, me atraparon en Londres, en el correo central. Recibía mi correspondencia en Poste Restante. Me enviaron una hoja en blanco, en un sobre rojo, y me siguieron hasta 139 Piccadilly, Londres W-1, teléfono Mayfair 7211. Rojo de peligro. ¿Tienes la piel roja?

—¡No tengo la piel roja! —gritó, indignada.

—Quiero decir encendida.

—Sólo donde terminan las pecas —dijo—. ¿Qué significa esta fuga? ¿Por qué dices y haces cosas tan raras? ¿Seguro que no eres espía?

—Me limito a negarlo.

—¿Eres un ser de otro mundo que ha llegado en un Objeto Volador No Identificado?

—¿Quedarías horrorizada si fuera así?

—Sí, si eso significa que no podemos querernos.

—¿Qué te parece la conquista de la Tierra?

—Sólo me interesa conquistarte a ti.

—No soy ni nunca he sido un ser de otro mundo que ha llegado en un Objeto Volador No Identificado.

—Entonces ¿qué eres?

—Un compensador.

—¿Qué es eso?

—¿Conoces el diccionario Funk y Wagnalls? ¿El editado por Frank H. Vizetelly, doctor en letras? Cito: alguien o algo que compensa, como un dispositivo que neutraliza la influencia de la atracción local en una brújula, o un aparato automático que equilibra la presión del gas en... ¡Maldita sea!

El doctor Frank H. Vizetelly no emplea esas feas palabras. Son mías, porque veo que el puente de la calle 59 está bloqueado. Debí haberlo previsto. Debí haber imaginado la figura, pero yo estaba demasiado dedicado a esta chica encantadora. Es posible que estén bloqueados todos los puentes y túneles que salen de esta isla de \$ 24. Podría lanzarme puente adelante, pero temo lastimar a mi angelical Elizabeth Chalmers. Yo sería entonces una *bruta figura* y quedaría abrumado, sin redención posible. Así, pues, detengo el coche. Me entrego.

—*Kamerade* —pronuncio. En seguida pregunto—: ¿Quién es usted? ¿El Ku Klux Klan?

El hombre del rostro duro dice que no.

—¿Un miembro de Supremacía Blanca S. A.?

Otra vez la negación. Me siento mejor. Siempre es desagradable caer en manos de chiflados marginales, en busca de cabecillas.

—¿Unión Soviética?

Abre mucho los ojos. Luego habla:

—Agente especial Krimms, del F.B.I.

El hombre muestra la placa. Me entusiasmo y lo abrazo, agradecido. El F.B.I. es la salvación. El hombre retrocede, titubeando. No me importa. Beso a Elizabeth Chalmers, quien abre su boca junto a la mía y murmura:

—No admitas nada; niégalo todo; tengo un abogado.

Luces muy brillantes en la oficina de Plaza Foley. Las sillas están ordenadas, como corresponde; también las sombras. Ya he pasado por situaciones semejantes. Me interroga ahora el hombre anónimo de los ojos desabridos, al que había encontrado a la mañana en el tren subterráneo. Se llama S. I. Dolan. Cambiamos una mirada. La suya dice: "Disimulé esta mañana." La mía dice: "Yo también." Nos respetamos mutuamente. Luego, comienza el acoso.

—¿Se llama usted Abraham Storm?

—Mi apodo es Base.

—¿Nacido el 25 de diciembre?

—Soy hijo de la Navidad.

—¿En 1929?

—Soy hijo de la depresión.

—Parece usted muy divertido.

—Humor patibulario, S. I. Dolan. Desesperación. Sé que no podrán probarme nada y estoy desesperado.

—Muy gracioso.

—Muy trágico. Quiero ser condenado... pero es inútil.

—¿Residencia en San Francisco?

—Sí.

—Bachillerato superior. Dos años en Berkeley. Cuatro en la Armada. Graduado en estadística.

—Sí. Norteamericano en un ciento por ciento.

—¿Financiero, como ocupación actual?

—Sí.

—¿Oficinas en Nueva York, Roma, París, Londres?

—También en Río.

—¿Tres millones de dólares en depósitos bancarios, acciones y obligaciones?

—¡No, no y no! —grité con angustia—. Tres millones trescientos treinta y tres mil trescientos treinta y tres con treinta y tres centavos.

—Tres millones en números redondos —insistió Dolan.

—No, no son números redondos; son solamente figuras.

—Storm, ¿en qué diablos está usted metido?

—Condénenme —supliqué—. Quiero ir a la silla y terminar de una vez.

—¿De qué diablos habla?

—Usted pregunta y yo explico.

—¿Qué transmite por radio? Desde su casa.

—¿Desde qué casa? Estoy emitiendo desde todas las casas.

—En Nueva York. No podemos descifrar el código.

—No hay código; sólo azar.

—¿Sólo qué?

—Sólo paz, Dolan.

—¡Paz!

—He pasado por esto antes de ahora. En Ginebra, Berlín, Londres, Río. ¿Me deja explicarlo a mi modo? Y atrápeme, si puede, por el amor de Dios.

—Adelante.

Tomé aliento. ¡Es siempre tan difícil! Hay que hacerlo con metáforas. Pero eran las tres de la madrugada y mi lengua norteamericana resistiría algo todavía.

—¿Le gusta el baile?

—¿Qué cuernos está usted...?

—Espere. Estoy explicando. ¿Le gusta el baile?

—Sí.

—¿En qué consiste el placer de bailar? Un hombre y una mujer moviéndose juntos a un ritmo, haciendo... figuras. Equilibrando, previendo, siguiendo, conduciendo, cooperando... ¿No es así?

—¿Y...?

—Y los desfiles. ¿Le gustan los desfiles? Masas de

hombres y mujeres cooperando para hacer figuras, juntos. ¿Por qué la guerra es una época de alegría para el país, aunque nadie lo admita? Porque todo un pueblo está cooperando, equilibrando y sacrificándose, formando una figura. ¿No es así?

—Mire, Storm...

—Escuche, Dolan. Tengo una gran sensibilidad para las figuras... para algo más que el baile, los desfiles o la guerra. Para algo más que la figura $2/4$ del día y de la noche o la figura $4/4$ de las estaciones... Para mucho más. Tengo sensibilidad para las figuras de todo el espectro del universo... la luz y el sonido, los rayos gamma, las multitudes, los actos de hostilidad y caridad, las crueldades y las bondades, la música de las esferas... Y de ese modo me veo obligado a compensar. Siempre.

—¿Compensar?

—Sí. Si un chico se cae y se hace daño, la madre lo besa. ¿De acuerdo? Eso es compensación. Ordena la figura. Si un hombre le pega a un caballo, usted le pega al hombre. ¿No? Otra vez la figura. Si un mendigo le inspira demasiada simpatía, usted tiene ganas de darle un puntapié. Más compensación. El marido infiel es particularmente afectuoso con su mujer. Todas las casadas conocen esa figura y la temen. ¿Qué es el espíritu deportivo sino un sistema compensador para eliminar el fastidio de ganar o perder? ¿Es que el asesino y el asesinado no se buscan mutuamente para trazar sus propias figuras? Multiplique esto al infinito y me tendrá a mí. Tengo que besar y golpear. Me siento impulsado, obligado. No sé qué nombre dar a mi compulsión. A la percepción extrasensoria la llaman Psi. ¿Cómo llamaría a la percepción extra de las figuras? ¿Pi?

—¿Pi?

—La decimosexta letra del alfabeto griego. Señala la relación de la circunferencia al diámetro, $3,141592...$ La serie sigue indefinidamente. Es trascendental y no

puede ser resuelta en una figura finita. Me angustia como la pi en imprenta, que señala un tipo embarullado y confuso, sin orden ni concierto.

—¿De qué demonios está hablando?

—Estoy hablando de figuras, o de orden en el universo. Me siento impulsado a mantenerlo y a restaurarlo. A veces, el impulso me lleva a la esplendidez y la generosidad; otras... me veo obligado a hacer cosas insensatas... a hablar en idiomas disparatados, ir a sitios raros, cumplir actos abominables... sólo porque ciertas figuras que no percibo claramente exigen un ajuste.

—¿Qué actos abominables?

—Usted puede escudriñar y yo puedo confesar, pero me serviría de muy poco. Las figuras no permitirían que me condenaran. No consentirían que yo terminara. La gente se negaría a testimoniar. Los hechos no probarían nada. Lo hecho se deshace. El mal se convierte en bien.

—Storm, no me cabe duda, usted está loco.

—Tal vez, pero no podrían meterme en un manicomio. Lo han intentado antes de ahora. Hasta yo mismo lo intenté. De nada sirvió.

—¿Qué me dice de esas emisiones?

—Estamos inundados de ondas, cuantos y partículas. También soy muy sensible a eso, pero está demasiado embarullado para que forme figuras. Tiene que ser neutralizado. Por eso emito una antifigura; lo trastorno y obtengo así un poco de paz.

—¿Pretende ser un superhombre?

—No. Jamás. Soy simplemente el hombre que encontró *Simón el Simple*.

—No se haga el payaso.

—No me hago el payaso. ¿No recuerda la canción? *Simón el Simple, cuando iba a la feria, se encontró con el hombre Pi...* Preste atención, el hombre Piiii... Soy el hombre Pi.

Dolan frunció el ceño. Al fin dijo:

—Yo me llamo Simon Ignatius Dolan.

—Lo siento, no lo sabía. No hubo alusión personal.

Dolan me miró y luego arrojó mi expediente sobre la mesa. Suspiró y se dejó caer en una silla. Esto trastornó la figura y tuve que desplazarme. Dolan me miró de reojo.

—Soy el hombre Pi —expliqué.

—Muy bien —dijo—. No podemos retenerlo.

—Todos lo intentan y ninguno lo consigue.

—¿Quiénes todos?

—Los gobiernos, pensando que me dedico al espionaje; la policía deseando saber por qué ando con tanta gente rara; los políticos en el destierro, esperando que les procure fondos para la contrarrevolución; los fanáticos, que creen ver en mí a un rico mesías; los lunáticos, las sectas religiosas, los soñadores... Todos andan detrás de mí, queriendo utilizarme. Nadie lo ha conseguido hasta ahora. Soy parte de algo verdaderamente superior. Quizá todos lo somos, pero soy el único que se da cuenta.

—En privado, al margen de esta investigación, ¿qué puede decirme sobre esos actos abominables?

Respiré profundamente.

—Por eso no puedo tener amigos —dije—. O una mujer. A veces las cosas se ponen muy feas, y la figura exige sacrificios horribles. He de destruir algo que amo. Mire... Tenía un perro que yo quería mucho. Un perdiguero del Labrador. No me gusta recordarlo. Otra vez me relacioné con una chica. Me quería. Y yo... Y un compañero que tuve en la Armada... No, no quiero hablar de eso.

—¡Vaya! ¿Debilucho de pronto?

—No, cuernos. Estoy maldito. Pues algunas de las figuras son ritmos de otros mundos... que nunca se sintieron en la tierra. Por ejemplo, 29/51... 108/303... Compases así. ¿Por que me mira de ese modo? ¿No cree que eso puede ser terrible? Trate de marcar un compás de siete por cinco.

—Entiendo poco de música.

—No tiene nada que ver con la música. Trate de marcar cinco con una mano mientras marca siete con la otra. Comprenderá entonces la complejidad y el horror de esas extrañas figuras.

El rostro de Dolan se iluminó de pronto.

—¿Se refiere al instinto de retorno?

—¿El instinto de retorno?

—Eso que hace que los pájaros y animales vuelvan al sitio natal, desde cualquier parte. Nadie sabe cómo.

—Así es, pero mucho más vasto.

—Está usted muy trastornado, Storm. ¿De dónde le ha venido eso?

—No lo sé. Es un universo desconocido, demasiado grande que nadie puede abarcar; pero yo tengo que marcar los compases, hasta equilibrar las figuras. Actúo, reacciono, me emociono y siento, hasta que esas presiones gigantescas

empujan

y me echen

atrás

y me vuelvan

de dentro

afuera

hasta...

—El otro brazo ahora —dijo Elizabeth con firmeza—. Levántalo.

Estoy en mi cama. Pensando tumultuosamente de nuevo. La mitad (1/2) en el pijama; la otra mitad (1/2) luchando con la chica de las pecas. Levanto el brazo. La chica tironea. Ya estoy en pijama. Ahora, me toca a mí ponerme colorado. Me criaron muy pudoroso en San Francisco.

—*Om mani padme hum* —dije—. Sigue la traducción: "¡Oh, joya en el loto!" La joya eres tú. ¿Qué sucedió?

—Te desmayaste —me explicó ella—. Perdiste el sentido. Dolan tuvo que soltarte. El señor Lundgren

me ayudó a traerte a tu casa. ¿Cuánto dinero debo darle?

—*Cinque lire. No. Parla italiano, gentile signorina?*

—El señor Dolan me contó todo lo que le dijiste. ¿De nuevo las figuras?

—Sí. —Espero. Después de escalas en Grecia, Italia y Portugal, vuelve a mí el inglés americano.— ¿Por qué cuernos no te largas de aquí antes que todo se tuerza, Lizzie Chalmers?

—Porque sigo queriéndote —dije—. Métete en cama. Y hazme sitio.

—No.

—Sí. Ya te casarás conmigo después.

—¿Dónde está la caja de plata?

—La eché por el incinerador.

—¿Viste lo que había dentro?

—Vi lo que había dentro.

—¿Y todavía estás aquí?

—Fue monstruoso lo que hiciste. ¡Monstruoso! —El lindo rostro descarado parecía una máscara. Lizzie había llorado.— ¿Dónde está ahora?

—No lo sé. Los cheques van cada trimestre a una cuenta numerada en Suiza. No quiero saberlo. ¿Cuánto puede soportar un corazón?

—Creo que voy a averiguarlo —dijo Lizzie.

Apagó las luces. En la oscuridad, oí un susurro de ropas. Yo nunca había oído la música de una mujer amada que se desnudaba para mí... para mí. Traté de salvar, por última vez, a aquella queridísima.

—Te quiero —dije—, y sabes lo que eso significa. Cuando las figuras reclamen un sacrificio, seré todavía más cruel, todavía más monstruoso.

—No —me contestó—. Nunca estuviste enamorado. El amor también crea figuras. —La niña me besó. Tenía los labios secos, la piel fría. Estaba asustada, pero el corazón le latía, cálido y fuerte.— Nada puede hacernos daño. Créemelo.

—Ya no sé en qué creer. Somos parte de un universo demasiado vasto, incomprensible. ¿Qué pasará si es demasiado grande para el amor?

—Muy bien —dijo serenamente—. No seremos como perros que se disputan la comida. Si el amor es poca cosa y tiene que terminar, que termine. Que terminen todas las cosas pequeñas: el amor, el honor, la piedad y la risa... si hay algo más grande en otra parte.

—Pero ¿qué puede ser más grande? ¿Qué puede haber más allá?

—Si somos demasiado pequeños, y no sobrevivimos, no podemos saberlo ahora.

Lizzie se apretó contra mí; tenía los miembros helados. Nos abrazamos, pues, cuerpo contra cuerpo, calentándonos con nuestro amor, como criaturas asustadas en un mundo prodigioso, más allá de todo conocimiento... temerosos

y sin embargo ess ppe rann ddo.

Título original: *The Pi man*.
Traducción de M. A.

Clive Staples Lewis, erudito y poeta británico, teólogo de Cambridge, defendió siempre la idea de que la literatura de anticipación no era apta para tratar problemas científicos sino problemas morales. Ha contribuido a la difusión del género con tres obras maestras: Out of the Silent Planet, Perelandra y That Hideous Strength.

ÁNGELES TUTELARES

C. S. Lewis

El Monje, como lo llamaban, se sentó en la silla de campaña, junto a la litera y miró por la ventana las arenas ásperas de Marte, y el cielo negro azulado. No pensaba iniciar el "trabajo" hasta que pasaran otros diez minutos. Desde luego, no lo habían llevado allí para eso. Era el meteorólogo del grupo y su trabajo como tal estaba ya casi terminado; había averiguado cuanto se podía averiguar. No podía hacer nada más, dentro del limitado radio de aquella investigación, hasta que transcurrieran por lo menos veinticinco días. Y la meteorología no había sido el verdadero móvil del viaje. Había elegido pasar tres años en Marte, como el más próximo equivalente moderno de la vida de un eremita en el desierto. Había venido a meditar: a continuar la lenta y perpetua reconstrucción de esa estructura interior que era, a su juicio, la finalidad principal de la existencia. Transcurrieron los diez minutos de reposo. Comenzó con la fórmula acostumbrada: "Dulce y paciente Maestro, enséñame a tener menos necesidad de los hombres y a amarte

más." Y emprendió la tarea. No había tiempo que perder. Sólo tenía por delante seis meses de aquel yermo sin vida, sin sufrimiento, sin pecado. Tres años eran un plazo breve... pero, cuando llegó el grito, se levantó de la silla con la ejercitada prontitud de un marinero.

El botánico de la cabina inmediata respondió al mismo grito con una maldición. En aquel momento había tenido el ojo clavado al microscopio. Era enloquecedor. Interrupciones constantes. En aquel campamento infernal costaba tanto concentrarse como en el centro mismo de Piccadilly. Y su tarea era ya una carrera contra el tiempo. Faltaban seis meses... y apenas había comenzado. La flora de Marte, aquellos organismos diminutos, inverosímilmente tenaces, capaces de sobrevivir en condiciones poco menos que imposibles, eran un festín para toda la vida. No haría caso al grito. Pero en esto sonó el timbre. Llamaban a todos a la sala principal.

La única persona que no hacía nada, por decirlo así, cuando llegó el grito, era el capitán. Para ser más exactos, diremos que trataba, como de costumbre, de no pensar en Clare, y de continuar redactando el diario oficial. Clare seguía interrumpiéndolo desde sesenta y cinco millones de kilómetros de distancia. Era ridículo. "*Hubiésemos necesitado todas las manos...*" escribió. Manos... sus propias manos. Mirándolas fijamente sintió que acariciaba el cuerpo vivo de Clare, cálido y frío, blando y firme, que se entregaba y resistía. "Cállate, que es algo muy querido", le dijo a la foto sobre el escritorio. Y de vuelta al diario, hasta las palabras fatales: "...*me había causado cierta ansiedad*". Ansiedad... ¿Qué le pasaría a Clare en aquel momento? ¿Dónde estaría? ¿Qué sería de ella? Podía ocurrir cualquier cosa. Había sido una decisión estúpida. ¿Qué otro recién casado hubiese aceptado esa tarea? Pero había parecido tan razonable... Tres años de horrible separación, pero luego...

todo lo mejor de la vida. Le habían prometido un puesto con el que no se hubiera atrevido a soñar unos meses antes. Ya nunca tendría que volver al espacio exterior. Y a la vuelta, habría muchas compensaciones: las conferencias, el libro, probablemente un título. Habría muchos hijos. Sabía que ella los deseaba, y de un modo curioso (como empezaba a comprenderlo) a él le ocurría lo mismo. Pero, cuernos, el diario. Comenzó un nuevo párrafo. . . Y de pronto llegó el grito.

Era uno de los dos jóvenes técnicos quien había gritado. Habían estado juntos desde la cena. Paterson, de pie en el umbral de la cabina de Dickson, se apoyaba en un pie y luego en otro, moviendo atrás y adelante la puerta, mientras Dickson, sentado en la litera, esperaba a que Paterson se marchara.

—¿De qué hablas, Paterson? —dijo—. ¿Quién comentó algo de una pelea?

—Como quieras, Bobby —dijo el otro—, pero ya no somos amigos como antes. Tu lo sabes bien. ¡Oh, no soy ciego! Te *pedí* que me llamaras Clifford. Y tú siempre te muestras frío, indiferente.

—¡Véte al diablo! —gritó Dickson—. Estoy dispuesto de veras a ser un buen amigo tuyo y de cualquier otro, pero todas esas tonterías. . . como si fuéramos dos colegialas. . . francamente, no las soporto. De una vez por todas. . .

—Oh, mira, mira, mira —dijo Paterson. Fue entonces cuando Dickson gritó, y llegó el capitán y tocó la campana. Veinte segundos después, todos se agrupaban detrás de la ventana principal, Una nave del espacio acababa de posarse suavemente a ciento cincuenta metros del campamento.

—¡Oh! —exclamó Dickson—. Vienen a relevarnos antes del plazo.

—Maldición —gruñó el botánico—. Ahora que. . .

Cinco viajeros bajaban de la nave. Los trajes del espacio no ocultaban que uno de ellos era enormemente grueso; no había nada de notable en los otros.

—Abran la compuerta —dijo el capitán.

Las botellas de las reducidas reservas pasaban de mano en mano. El capitán había descubierto que el jefe de los viajeros era un viejo conocido, Ferguson. Dos eran jóvenes de aspecto corriente, agradable, pero, ¿los otros dos?

—No entiendo —dijo el capitán—. ¿Qué significa. . .? Es decir estamos contentísimos de verlos, desde luego, pero ¿qué es esto?

—¿Dónde están los otros del grupo? —dijo Ferguson.

—Hemos tenido dos bajas —dijo el capitán—. Sackville y el doctor Burton. Fue algo lamentable. Sackville se empeñó en probar lo que llamamos berro marciano. Se volvió loco furioso, a los dos minutos. Derribó a Burton de un puñetazo y un destino fatal quiso que Burton cayera de mal modo, contra esa mesa; se rompió la nuca. Atamos a Sackville y lo acostamos en una litera, pero murió a las pocas horas.

—¿No tuvo la precaución de probarlo antes en un cobayo? —preguntó Ferguson.

—Sí —dijo el botánico—. Eso fue lo más terrible. El cobayo sobrevivió, aunque se comportó de un modo muy raro. Sackville concluyó erróneamente que la sustancia era alcohólica. Imaginó haber inventado una nueva bebida. Muerto Burton, además, no quedaba nadie capaz de hacer una buena autopsia de Sackville. El análisis de la planta muestra. . .

—¡Ahhh. . .! —interrumpió un visitante, que aún no había hablado—. No simplifiquemos excesivamente. No creo que la sustancia vegetal sea la verdadera explicación. Hay tensiones y desviaciones. Están todos ustedes, sin darse cuenta, en una condición muy inestable, por razones que no son ningún misterio para un psicólogo experimentado.

El sexo de este personaje no era muy evidente. Tenía el pelo muy corto, la nariz muy larga, los labios presuntuosamente apretados, la barbilla saliente y un aire autoritario. Científicamente hablando, la voz era

de mujer. Pero nadie dudó del sexo del viajero más próximo, la persona gorda.

—¡Oh, querida! —jadeó—. No ahora. No puedo más. Me siento débil y nerviosa. Me pondré a chillar si sigues. ¿No tienes a mano un poco de oporto y limón? ¿No? Bueno, me las arreglaré con otro sorbo de ginebra. Qué estómago el mío.

Quien hablaba era manifiestamente hembra y tal vez ya setentona. Se había teñido el pelo, con resultados poco felices, de color mostaza. Los polvos de arroz que se había echado en la cara apestaban a perfume barato y eran como montículos de nieve en los valles de las arrugas y las papadas múltiples.

—Cállese —rugió Ferguson—. Y ustedes, por favor, no le den de beber. Ni una gota.

—Es un gruñón, como ve —dijo la vieja, suspirando, y mirando tiernamente a Dickson.

—Perdónenme —dijo el capitán—. Pero, ¿quiénes son estas... damas? Y ¿qué significa todo esto?

—Se lo explicaré en seguida —declaró la mujer flaca, carraspeando—. Quienes conocen las tendencias de la opinión mundial sobre los problemas sociales, y psicológicos de la intercomunicación planetaria saben bien que este progreso reclama inevitablemente ajustes ideológicos de largo alcance. Los psicólogos reconocen que la inhibición de las necesidades biológicas más imperiosas, en períodos prolongados, han de tener, probablemente, resultados imprevisibles. Los pioneros de los viajes por el espacio están expuestos a este peligro. Sólo las gentes retrógradas permitirían que unos supuestos principios morales impidieran proteger a estos hombres. Hemos de armarnos de coraje, pues, y reconocer que la inmoralidad, como se la llamó hasta ahora, no es ya contraria a la ética...

—No entiendo nada —interrumpió el Monje.

—Quiere decir —explicó el capitán, que era un buen lingüista— que la llamada fornicación no es ya un acto inmoral.

—Exactamente, mi pequeño —dijo la gorda a Dickson—. Un pobre muchacho necesita de cuando en cuando una mujer. Es muy natural.

—Lo que se precisaba, por consiguiente —continuó la flaca—, era un equipo de mujeres abnegadas, decididas a dar el primer paso. Desde luego, serían despreciadas por gentes ignorantes. Pero algo las consolaría: la idea de cumplir una función indispensable en la historia del progreso humano.

—Quiere decir que vas a tener con quien acostarte, precioso —explicó la gorda a Dickson.

—Me parece muy bien —dijo Dickson con entusiasmo—. Más vale tarde que nunca. Pienso, sin embargo, que no han podido traer muchas chicas en esa nave. ¿Y por qué no están aquí? ¿Vienen en viaje?

—Nuestro llamado —prosiguió la flaca, quien aparentemente no había advertido la interrupción— no tuvo mucho eco, es cierto. El primer contingente de la Organización Femenina de Alta Terapéutica Afrodisíaca (OFATA) no es quizá... bueno, el más idóneo. Muchas excelentes mujeres, universitarias como yo, distinguidas profesoras, se han mostrado curiosamente convencionales. Pero, al menos, se ha comenzado —concluyó animosamente—. Y aquí nos tienen.

Hubo, durante cuarenta segundos, un silencio abrumador. Luego, Dickson, que ya había torcido la cara varias veces, se puso muy colorado; recurrió a un pañuelo, sofocó lo que pareció un estornudo, se incorporó bruscamente y volvió la espalda al grupo, levemente encorvado, sacudiendo los hombros.

Paterson se levantó de un salto y corrió hacia Dickson, pero la gorda, luego de gruñidos y esfuerzos infinitos, también dejó su asiento.

—Déjalo tranquilo —le gritó Paterson—. Los hombres como tú no sirven de nada.

Un momento después, los enormes brazos rodeaban a Dickson, sumergiéndolo en un cálido y tambaleante cariño maternal.

—Vamos, vamos, mi chiquitín —dijo la gorda—. Verás que marchará perfectamente. No llores, mi cielo. Pobre chiquitín. Cálmate. Verás qué bien lo pasarás.

—Creo —dijo el capitán— que el chiquitín no está llorando; está riéndose.

Fue en ese instante cuando el Monje propuso que pasaran a la mesa.

Junto con el último bocado, Dickson —la gorda había conseguido sentársele al lado, y bebía de cuando en cuando de la copa del joven— dijo a los técnicos recién llegados:

—Me gustaría mucho ver la nave de ustedes. ¿Podemos ir?

Era de esperar que los dos hombres, luego de haber pasado tanto tiempo encerrados, y que acababan de sacarse los trajes del espacio, se resistieran a vestírse-los de nuevo y a volver a la nave. Tal fue, desde luego, la opinión de la gorda.

—No los molestes, querido —dijo—. Están hartos de ese viejo trasto, lo mismo que yo. No conviene que se agiten ahora, en plena digestión.

Los dos jóvenes, sin embargo, se mostraron muy animosos.

—Claro que sí —dijo el primero—. Yo mismo iba a proponerlo.

—Yo iré también —dijo el otro.

Los tres salieron de la cámara de aire en tiempo record. Cruzaron la arena, subieron por la escala y se quitaron rápidamente los cascos.

—¿Quién tuvo la idea de echarnos encima ese par de zorras? —dijo Dickson.

—¿No lo sabe? —dijo el viajero que hablaba con acento popular londinense—. Las gentes de allá abajo pensaban que el tiempo les parecería a ustedes demasiado largo. Qué ingratos.

—Muy gracioso —dijo Dickson—. Pero para nosotros no es cosa de broma.

—Lo mismo digo —replicó el visitante con acento de Oxford—. Las tuvimos pegadas a nosotros durante ochenta y cinco días. Comenzaron a aplacarse luego del primer mes.

—Dígame a mí —comentó el londinense.

Hubo una pausa de disgusto.

—Pero explíquenme —insistió Dickson—, ¿cómo, entre todas las mujeres del mundo, eligieron a estos dos monstruos?

—No pretendería usted la reina de las coristas en el fondo del más allá —dijo el londinense.

—Querido amigo —explicó el otro—, ¿no es todo muy claro? ¿Qué mujer puede venir voluntariamente a este sitio espantoso, a alimentarse con raciones cuarteleras y ofrecer sus encantos a media docena de desconocidos? No las alegres chicas, amigas de la diversión, pues saben que no hay alegría en Marte. Menos la prostituta profesional, mientras encuentre clientela en el barrio más sórdido de Liverpool o Los Ángeles. La que vino ya no tiene esa probabilidad. La otra es una chiflada de la nueva ética.

—Simple, ¿no es cierto? —comentó el londinense.

—Cualquiera pudo haberlo previsto, excepto esos necios de arriba —dijo el otro.

—La única esperanza que nos queda es el capitán —dijo Dickson.

—Mire, hermano —dijo el londinense—, si espera que nos llevemos de vuelta a estos esperpentos, olvídalo en seguida. No. Nuestro capitán tendría que vérselas con un motín, si lo intentara. Pero no lo intentará. Ya ha soportado lo suyo. Como nosotros. Ahora, les toca a ustedes.

—Es justo —dijo el otro—. Hemos soportado lo insoportable.

—Bien —dijo Dickson—, dejemos que los jefes libren la batalla. Pero hay cosas que superan todos los límites. Esa maldita pedante...

—Es profesora de una universidad popular.

—Bien —dijo Dickson luego de una larga pausa—, iban a mostrarme la nave. Tal vez eso me distraiga.

La gorda hablaba con el Monje.

—... y, ¡oh, padre!, usted pensará que es mi mayor pecado. No me retiré cuando hubiera podido hacerlo. Cuando murió mi cuñada... mi hermano quería instalarme en su casa, pues no le faltaba dinero. Pero yo continué, ay de mí, continué.

—¿Por qué, hija mía? —preguntó el Monje—. ¿Es que le gustaba?

—Nada de eso, padre. Nunca tuve mucha afición al oficio, Pero, mire, padre, yo era atractiva en ese entonces, aunque ahora no pueda imaginárselo... y esos caballeros disfrutaban tanto conmigo...

—Hija —sentenció el Monje—, no está usted muy lejos del Reino. Pero cometió un error. El deseo de dar es meritorio. Pero, si da usted un billete falso, no por eso lo hace bueno.

El capitán había dejado también la mesa, muy rápidamente, pidiéndole a Ferguson que lo acompañara a la cabina. El botánico corrió detrás.

—Un momento, capitán, un momento —dijo, excitado—. Soy un hombre de ciencia. Estoy trabajando ya a toda presión. No he de quejarme de todos esos deberes que interrumpen constantemente mi trabajo. Pero, si piensa usted que perderé todavía más tiempo acompañando a esas horribles mujeres...

—Espere a que le ordene algo que pueda considerarse *ultra-vires* —dijo el capitán—. La protesta es prematura.

Paterson se quedó con la flaca. De las mujeres sólo le interesaba el aparato auditivo. Le gustaba hacer confidencias a las mujeres; quejarse ante ellas de la inconstancia y la crueldad de los hombres. Lamentablemente, la dama entendía que la conversación sólo tenía dos fines: la terapéutica afrodisíaca o la instrucción psicológica. En realidad, no veía razón alguna para que las dos operaciones no se efectuaran

simultáneamente; sólo las personas sin preparación podían concentrarse únicamente en una idea. La diferencia estaba comprometiendo el éxito de la charla. Paterson se impacientaba; la dama se mostraba brillante y tranquila como un témpano.

—Pero como le decía —gruñó Paterson—, me parece indigno que un hombre se muestre amable y...

—Lo que confirma mi tesis. Esas tensiones y desajustes son inevitables en un ambiente anormal. Sí, hay que librar al remedio de esos prejuicios sentimentales o lascivos, igualmente malos, que la era victoriana...

—Pero no se lo he contado aún. Escuche. Hace sólo dos días...

—Un momento. Habría que pensar en el remedio como inyección necesaria. En cuanto pensáramos...

—De acuerdo. La asociación remedio-placer, es una fijación de la adolescencia, y ha causado mucho mal. Racionalmente...

—Mire, creo que se sale del tema...

—Un momento.

El diálogo continuó.

Habían visto ya la nave. Era una maravilla. Nadie recordó luego quién fue el primero en decir: "Cualquiera puede manejar una nave semejante."

Ferguson se quedó sentado, fumando calladamente, mientras el capitán leía la carta. Cuando se inició la conversación, el buen humor reinaba en la cabina, y nadie se decidía a encarar seriamente el problema.

—Sin embargo —dijo al fin el capitán—, hay también un aspecto serio. Ante todo, ¡qué impertinencia!

—Recuerde —observó Ferguson— que la situación de ustedes es completamente nueva.

—¿Nueva? No me haga reír. Somos como los hombres de los balleneros, o los tripulantes de los veleros antiguos, los pioneros del Oeste. La gente siempre sintió hambre cuando no hay comida.

—Amigo, olvida usted la nueva psicología.

—Creo que esas dos horribles mujeres han aprendido ya una psicología todavía más nueva, desde que llegaron. ¿Creen allí realmente que todos los hombres son tan combustibles? ¿Que nos echaremos encima de cualquier mujer?

—Ay, amigo, así es. Dirán que usted y su gente son todos anormales. No quisiera volver trayendo concentrados de hormonas.

—¿No habría entonces otros voluntarios que quienes pueden o creen poder prescindir de las mujeres?

—No olvide la nueva ética.

—Oh, no me hable de eso. Sólo los enamorados o los monjes han intentado alguna vez mantenerse castos. Una minoría, y lo intentarán en Marte lo mismo que en la Tierra. La mayoría no se negó nunca al placer. Los profesionales no lo ignoran. No hay puesto o guarnición militar sin prostíbulos. ¿Quiénes son los asesores que tuvieron esta idea estúpida?

—Oh. Una banda de mujeres maduras, casi todas con pantalones, aficionadas a todo lo sexual, a todo lo científico, y que quieren sentirse importantes. Esta iniciativa les dió tres placeres a la vez.

—Bien, Ferguson. No pienso quedarme con la veterana ni con la catedrática. Usted...

—No, no. Yo cumplí mi tarea. No estoy dispuesto a llevarme de vuelta ese ganado en pie. Y mis muchachos piensan lo mismo. Habría amotinamiento y crímenes a bordo.

—Pues tiene que hacerlo, porque yo...

En ese instante, llegó de afuera una luz enceguecedora. La cabina se sacudió.

—¡Mi nave! ¡Mi nave! —gritó Ferguson.

Los dos hombres observaron la arena desierta. La astronave había despegado perfectamente.

—Pero, ¿qué ha sucedido? —preguntó el capitán—. ¿Habrán sido capaces...?

—Amotinamiento, desertión y robo de una nave

del gobierno —dijo Ferguson—. Eso es lo que ha sucedido. Mis dos muchachos y su Dickson regresan a la Tierra.

—Demonios, las pasarán mal. Los juzgarán y...

—Ay, es muy cierto. Y creen que el precio es barato. ¿Por qué? Ya lo entenderá antes de dos semanas.

En los ojos del capitán hubo de pronto una luz de esperanza.

—¿No se habrán llevado a las mujeres? —preguntó.

—Un poco de juicio, amigo, un poco de juicio. Y si ya no le queda juicio, abra las orejas.

En el rumor de excitada conversación que llegaba cada vez más claramente de la sala principal, se distinguían unas voces femeninas, intolerables.

Mientras se preparaba para la meditación de la noche, el Monje pensó que se había concentrado demasiado, quizá, en "necesitar menos" y que por esto mismo tendría que seguir un curso (superior) de "amar más". Luego, torció la cara en una sonrisa donde no todo era júbilo. Estaba pensando en la gorda. Un acorde exquisito de cuatro notas. La primera: el horror de lo que ella había hecho y sufrido. La segunda: piedad. La tercera, cómica: la pobre mujer creía que aún despertaba deseos. Y la cuarta: la mujer se ignoraba a sí misma. Auxiliada por la gracia y una apropiada, aunque pobre, dirección espiritual, quizá descubriera en ella misma otro encanto muy distinto, y seguiría así el camino de la luz, uniéndose a la Magdalena.

Pero... un momento. Había todavía una quinta nota en el acorde.

—¡Oh, Maestro! —murmuró—. Perdóname, aunque quizá te divierta. Pensé que me habías traído a sesenta millones de kilómetros para mi propio bienestar espiritual.

Título original: *Ministering Angels*.
Traducción de M. A.

"Sturgeon —ha escrito Ray Bradbury— es un duende lúcido que ha buscado refugio debajo de un puente, con pluma rápida y papel blanco, y que escucha allá arriba los truenos de un mundo intemporal." Un toque extraño es de algún modo una definición del propio arte de Sturgeon: en el mundo cotidiano lo que importa es haber sido tocado una vez por lo extraño.

UN TOQUE EXTRAÑO

Theodore Sturgeon

Dejó la ropa en el coche y bajó a la playa.

Ella había dicho: "a la salida de la luna".

Miró hacia el horizonte del este y no distinguió nada. Era una noche oscura, y las estrellas parecían sin luz, como talco esparcido sobre una tela negra.

—Cuando salga la luna —murmuró.

Para ella, era suficiente. En aquel cosmos todos conocían la salida de la luna. Él, en cambio, tenía que investigar. No se sabe bien —desde luego, *ella* nunca lo sabría— qué difícil es averiguar el instante preciso en que sale la luna nueva. Como no estaba seguro, había llegado a hora temprana. Esperaría.

Descendió hacia el mar susurrante, escuchando, tanteando con los pies. El agua estaba helada. Pero no se le había ocurrido nunca hacerla esperar. La naturaleza de ella era ajena a las debilidades humanas.

Miró de nuevo al cielo, y entró en el mar. Luego de dar diez de aquellas brazadas vigorosas y perfectas que la habían atraído por primera vez, se sintió mejor.

© 1957 by Fantasy House.

Cuando aprendiera a respirar bajo el agua, se dijo, no le costaría mucho conocer la salida de la luna sin mirar el almanaque.

Nadó hacia los dientes rotos y ennegrecidos de la roca llamada Quijada de Arpia, de encías de espuma, y algas que alzaba la marea, donde venían a picotear las aves. El mar era de aceite, excepto junto a la Quijada, que mordía las olas, escupiendo los pedazos al aire. Estaba ya muy cerca cuando oyó el canto. La rompiente y la atención con que bordeaba la Quijada para no lastimarse la rodilla, como le había ocurrido la primera vez, le habían impedido prestar atención. Había una calidad nueva en el canto. Maravillado, flotó en el agua y escuchó atentamente. Así era: no se equivocaba.

El canto era terrible.

—Sácate las lombrices de la boca —gritó alegremente—. ¿Me oyes, vieja pajarraca de guanera?

—Tú tampoco tienes una voz muy espléndida, besugo —contestó un agudo falsete—. Y ya sabes de qué pez barrigón te estoy hablando.

El hombre se acercó más, nadando siempre. Se sentía contento. No era fácil humillarla. Parecía tan perfecta casi siempre que a veces tenía que decidirse a inventar, como cuando le dijo que tenía los ojos de distinto color. También, pensó, *¡pueden* resfriarse! ¿Y por qué no?

—¡Cuida de tu propia boca —gritó alegremente—, si no quieres que te descame la cola! —Apenas podía distinguirla, tendida sobre el estrecho borde de roca, como una mancha oscura en la tiniebla.— ¿Eras tú quien cantaba o estás sentada sobre un erizo?

—Tú no graznas mejor que una gaviota de alcantarilla —replicó la voz ronca—. ¿Por qué no te tragas esa sucia babosa?

—¡Oh, calla y mete la cabeza en las hélices! —gritó el hombre riéndose.

Alcanzó la roca con una mano y salió del agua.

Inmediatamente hubo un chillido y una torpe zambullida. La criatura había desaparecido; una sombra en sombras, demasiado rápida, y él no había visto qué era, pero sí, con seguridad y sorpresa, qué no era.

Se volvió como pudo en el estrecho borde y se inclinó hacia fuera escudriñando el mar oscurecido por la noche. Al cabo de un momento oyó un ruido débil, y vislumbró una mancha blanquecina, oval, vaga. La distinguió al fin mirando de soslayo, entornando los ojos, como un marino que observa una luz distante. La cabellera negra y corta no era la red de oro flotante para la que había comprado una vez un peine florentino. Las dos leves claridades no eran los luminosos ojos verdes, grandes, separados, sonrientes, que le devoraban el sueño. Los hombros no eran anchos sino esbeltos. La tos débil y entrecortada no se parecía a sonido alguno que hubiera oído antes en aquellas rocas. Y la innecesaria prueba final fue la mano delgada que tomó de pronto. Era una mano delicada, no chata ni membranosa; tenía la suavidad de la ciruela, no la articulada magia de una pulsera de oro labrado. Era, brevemente, una mano humana. Durante un largo y angustiado momento, las dos manos se mantuvieron apretadas, mientras ambos pensaban rápidamente, preparándose a librar la batalla con la verdad.

Al fin, dijeron a la vez:

—Pero tú no eres... —Dejaron pasar una ola y continuaron—. No sabía que hubiera alguien... —Abrieron y cerraron las bocas y dijeron juntos:— Mire, yo esperaba...

—¡Oiga! —gritó el hombre bruscamente, pues había encontrado algo que podía decir y ella no—. ¡Tómese bien, pues la sacaré del agua! ¿Preparada? ¡Una, dos y...!

—¡No! —gritó ella escandalizada, mientras se echaba hacia atrás.

La mano se soltó y el cuerpo desapareció bajo el

agua. La mujer volvió a la superficie sofocándose. El hombre se inclinó para ayudarla, pero le rozó apenas el brazo.

—¡No me toque! —gritó ella, debatiéndose frenéticamente en el agua hasta alcanzar el borde de la roca. Quedó así, suspendida, tosiendo, hasta que el hombre se movió—. ¡No me toque! —se oyó de nuevo.

—Bueno, como quiera —dijo el hombre ofendido.

—¡Oh, señor...! —se dijo ella, en voz alta.

El hombre trató de explicarse entonces:

—Se me ocurrió que deseaba usted salir del agua, cuando la oí toser. Bueno, me parece realmente tonto que esté usted agitándose en el agua, y yo aquí sentado...

El hombre se enredó con las palabras. Los dos se miraron, como sombras jadeantes en una roca de espumas.

—Yo le hablaba así porque...

Se dieron cuenta de que hablaban de nuevo a la vez y callaron. Comprendiendo de pronto, el hombre se echó a reír —era como un alivio— y dijo:

—Quiero decir que usted no habla comúnmente como hablaba antes. Sí, y yo tampoco hablo siempre como antes. Yo creí que usted era una... Bien, que usted no era usted. Salga. No la tocaré.

—Bien...

—Sigo esperando a la... Bueno, a mi amiga...

Llegó una ola y ella la aprovechó para subir, y quedó tendida boca abajo en la roca. —Puedo levantarme sola— dijo rápidamente. Se sentó. Permanecieron así, en la anfractuosidad de la roca, al abrigo del viento, separados por un metro de oscuridad tan absoluta que hasta el rojo de unos párpados muy apretados era como un relámpago.

—Bueno... —dijo ella. Luego, sentada en silencio, rumió algo que quería decir, tragándose una versión tras otra. Al fin, murmuró—: No quiero ser indiscreta.

—No pensé que... ¿Indiscreta? No me preguntó nada.

—Me refiero a quedarme aquí —dijo ella, tímida— No quiero ponerme en el camino de nadie. Es decir, yo también esperaba a alguien.

—Está usted en su casa —dijo el hombre, generoso. En seguida se sintió estúpido. Le pareció que había hablado en un tono cínico, sarcástico e incrédulo. El prolongado silencio de la muchacha empeoró la situación. Sólo podía decir una cosa, que explicaba la presencia de ella en aquel sitio, pero se resistió. Al fin preguntó, maquinalmente—: ¿Ese amigo suyo va a llegar en... bote?

—¿Y su amiga? —preguntó la muchacha.

De pronto, los dos se echaron a reír, como insensatos, en uno de esos accesos que a veces acometen a la gente, explosivos, hasta dolorosos, sin que haya nada específicamente cómico. Al fin callaron, inmóviles. Sin embargo, estaban ya sentados juntos, no simplemente cerca. La relación de cada uno con algún otro —con algo diferente— había derribado paradójicamente una barrera entre ellos.

Fue ella quien se decidió, quien pronunció el Verbo, quien proporcionó la clave que podía aclarar la preocupación común.

—Nunca he visto una sirena —dijo soñadoramente. Y él le respondió también soñadoramente:

—Hermosa. —Fue una pregunta y una respuesta a la vez. Y cuando dijo—: Yo tampoco vi nunca... —ella lo interrumpió con un "Hermoso".

Fue una perfecta reciprocidad. Se miraron de nuevo en la oscuridad de la noche y se rieron, esta vez calladamente.

Al cabo de un rato, la muchacha preguntó:

—¿Cómo se llama esa joven?

El hombre se sobresaltó, sorprendido:

—Bueno —dijo—, no lo sé. Realmente, no sé. Cuando está lejos de mí, me la imagino como *ella*. Cuando

está conmigo, es... *tú*. Bueno, no usted —agregó con una risita infantil.

La muchacha respondió con otra risita. Luego, se puso seria, como meditando. Finalmente dijo:

—Es curioso. Yo tampoco sé como se llama *él*. No sé siquiera si tiene nombre.

—Tal vez no lo necesiten. Ella... Bueno, son diferentes. Es decir, saben cosas que desconocemos... Bueno, las sienten. Como cuando va a venir gente a la playa mucho antes de que aparezcan. Como si hará buen o mal tiempo. Y se sientan detrás de una roca en el fondo del mar, esperando a que un pez les llegue a las manos.

—Y saben a qué hora sale la luna.

—Sí. —Y el hombre pensó: ¿se conocerán entre ellos? ¿Estarán ahí en la oscuridad, observándonos? Si *él* aparece primero, ¿qué me dirá? ¿Y si es *ella* quien aparece primero?

—No creo que necesiten nombres —dijo la joven—. Les basta la intuición para distinguir a las personas o saber de qué hablan. Y usted, ¿cómo se llama?

—John Smith. ¿Demasiado vulgar? Juro que me llamo así.

La muchacha calló. Luego, echó a reír. Smith gruñó interrogativamente.

—Apuesto que jura "me llamo así" cada vez que dice cómo se llama. Apuesto que lo ha repetido miles de veces.

—Así es. Nadie, sin embargo, me lo había dicho hasta ahora.

—Tenía que ser yo, pues. Yo me llamo Jane Dow. De, o y doble ve, no Doe.

—Jane Dow. ¡Oh! ¿Y tiene usted que deletrearlo cada vez?

—Juro que es así —contestó la joven.

Se rieron.

—John Smith, Jane Dow —observó Smith—. Muy bien. Gente común y corriente.

—Común y corriente. Usted y su sirena.

John tuvo ganas de verle la cara a Jane. Se preguntó si el mundo de los sirenios influiría tanto en Jane Dow como en él mismo. A nadie le había hablado del asunto. ¿Quién le hubiera hecho caso? ¿Quién le creería? Y si le hicieran caso y le creyeran, ¿no tratarían de entrometerse? Era tal maravilla... ¿Les habría contado Jane Dow a sus amigas, a sus amigos, a su jefe? Lo dudaba. No sabía decir por qué, pero lo dudaba.

—Común y corriente, sí —repitió con firmeza. Y comenzó a hablar del asunto precisamente porque era la primera vez, y sentía de pronto la necesidad de hablar—. Eso tiene mucho que ver con lo que pasa. Muchísimo. Lo explica todo. Mire, nunca me sucedió nada en la vida. ¿Comprende lo que quiero decir? Nunca gané un premio en el colegio y nunca me aplazaron. Nunca fui rico ni nunca pasé hambre. Conseguí un puesto y ahí sigo. Nunca ascenderé mucho en la empresa y nunca me despedirán. ¿Comprende lo que quiero decir?

—¡Oh, sí, muy bien!

—Y de pronto —continuó John Smith con exaltación— he aquí que aparece esa sirena. Es decir se me presenta. A mí. Nada parecido a una ilusión. Nada que le haga preguntarse a uno si ha visto o no a una sirena. No, una sirena muy real que quiere verme a menudo, una y otra vez, que acude a las citas, aunque siempre llega tarde.

—Así es él —dijo Jane muy de acuerdo.

—Llamo a eso —dijo John, acercándose a la muchacha y bajando confidencialmente la voz— el toque extraño. Eso es, el toque extraño. Me lo digo a mí mismo, ¿comprende? Es decir, un hombre es el mismo toda la vida; es siempre bueno con la madre, nunca lo arrestaron cuando se excede en la bebida, no crea dificultades, se limita a poner cara de náusea. Trabaja bien y se gana honradamente el sueldo; nadie

lo odia, ni tampoco, quizá, nadie lo quiere mucho. Bueno, un hombre así no tiene *vida*; en otros términos, no es *real*. Pero tome a un hombre así entre tantos millones de hombres parecidos y añádale un toque extraño. ¿Comprende? Una cosa que sea de él, o que él haga, o que le suceda, aunque sea una sola vez. Entonces, ya es *real* para todo el resto de sus días. Bueno. Estoy hablando demasiado.

—Nada de eso. Está muy bien, señor Smith. Un toque extraño... Mire, usted acaba de contar la historia de mi vida. Sí, sí. Yo nací, me crié, fui a la escuela y conseguí mi primer trabajo allí, en Springfield, y...

—¿Springfield? ¿Se refiere a Springfield, en Massachusetts? ¡Yo soy de allí! —John la interrumpió a la joven con tanta excitación que perdió el equilibrio y cayó al mar. Salió a la superficie casi instantáneamente y en dos brazadas alcanzó de nuevo el borde de roca y se instaló junto a la joven, sacudiéndose el agua como un manatí.

—Bien, no —dijo Jane con dulzura—. Fue en Springfield, Illinois.

—¡Oh! —exclamó John, decepcionado.

—Nunca fui una chica bonita —continuó Jane—. Es decir, lo que se llama una chica bonita. Tampoco fui un adefesio. No. Cuando organizaban un baile en el gimnasio del colegio y les decían a los chicos que se acercaran uno por uno y eligieran compañera, nunca fui la primera, pero tampoco la última, aunque a veces sentí el temor de serlo. Me recibí de bachiller y al día siguiente conseguí un puesto. No era ni muy bueno ni muy malo y todavía sigo allí. Me gustan unas personas más que otras, pero no hago muchas diferencias. ¿Comprende? Un toque extraño... Siempre me dije que había un nombre para eso que nunca tuve, y usted le ha dado uno acertado. Gracias, señor Smith.

—Oh, de nada —dijo John con timidez—. En todo

caso, ahora lo tiene... ¿Cómo es que conoció usted a su...? Bueno, me refiero a él.

—¡Oh, sentí un miedo espantoso, se lo aseguro! Fue el día del picnic que organiza el personal de la empresa. Yo estaba nadando y... Bueno, si he de decirle la verdad, señor Smith, le confesaré, y perdóneme, que mi traje de baño tenía una hombrera algo floja y se me resbalaba. No mucho, desde luego, comprendame, pues si no no lo hubiera usado. Pero me sentía incómoda y nadé para esconderme detrás de las rocas y arreglar el inconveniente donde nadie me viera. Y allí estaba él.

—¿Era de día?

—Tomaba sol. Era como... como... Bien, no encuentro nada parecido. Estaba tendido en la roca, fuera del agua. Como si me estuviera esperando. No trató de huir, ni se mostró sorprendido. Sonreía, nada más. Como si me esperase. Tenía una voz fuerte y pastosa, los ojos verdes y grandes, y el pelo rubio, largo.

—Sí, sí, como *ella*.

—Me pareció hermosísimo. Bien, no creo que se necesiten más detalles. Usted los conoce. Las brillantes escamas plateadas y las manazas palmeadas...

—Oh —exclamó John.

—Me asusté muchísimo, sí. Pero no tuve *miedo*. No trató de acercarse, y comprendí que no me haría daño, no sé por qué... Luego me habló y yo le prometí que volvería. He vuelto muchas veces. Eso es todo. —La joven tocó suavemente el hombro de John, y retiró en seguida la mano, turbada.— Nunca —dijo— se lo he contado a nadie. A ningún alma viviente. Por eso me agrada tanto poder conversar con usted del asunto.

—Sí... —John sentía un júbilo irracional.— Sí, sí.

—¿Y usted cómo...?

John Smith se echó a reír.

—Bien —dijo—, tendré que decir algo de mí mismo.

Nadar es lo único que he hecho bien en mi vida, pero sólo me descubrí ese talento como hombre ya hecho y derecho. Es decir, en mis tiempos de escolar no tuve piletas de natación ni nada parecido. Por eso no me gusta exhibirme como nadador; nado sólo cuando no hay nadie cerca. Un día vine aquí al anochecer, cuando casi todos se habían ido a cenar, y nadé hasta más allá de los arrecifes, lejos ya de esta Quijada. Por allí hay un sitio de apenas un metro de profundidad. Así fue como me golpeé la rodilla.

Jane Dow se sobresaltó. Smith rió entre dientes.

—Bien, no soy aficionado a las palabrotas —continuó—. Pero las oigo a cada paso y creo que acaban por pegárseme sin que yo lo sepa. Por eso, a veces, cuando estoy solo y me golpeo la cabeza, o me pasa algo parecido, oigo palabrotas y descubro que soy yo quien las dice. Eso es lo que ocurrió entonces, cuando me lastimé la rodilla. Fue un golpe que me dolió mucho. Me doblé, me abracé la rodilla lastimada y creo que el agua hirvió a mi alrededor con los sapos y culebras que me salieron de la boca. Creía que no había nadie cerca.

"Pero, de pronto, allí estaba ella. Se reía de mí. Salió del agua profunda, de más allá de los arrecifes, y saltó a la luz del sol, de un sol ya muy bajo y rojo; cayó de espaldas al agua, con un chasquido, como unos dientes que rompen una pepita. Alzó el agua alrededor, y durante un instante pareció estar acostada en un joyero, hundida en un lecho mullido de seda rosada.

"Yo estaba tan molesto, confundido y perplejo que no pude creer lo que veía. Recuerdo que pensé que era una... bueno, una de esas mujeres de las que se oye hablar, y que se bañan desnudas. Le volví la espalda, pero cuando miré por encima del hombro para ver cómo había reaccionado ella, sólo descubrí un poco de espuma en el lugar donde se había zambu-

llido, una espuma que desapareció luego muy rápidamente.

"En ese momento, sentí de nuevo el dolor en la rodilla, y vi que no sólo me la había golpeado. Había una herida también. La sangre me corría por la pierna y sólo cuando ella rió más alto aún, descubrí que yo había vuelto a mis juramentos. Ella nadaba a mi alrededor, riéndose siempre, pero de un modo tan especial, tan poco ofensivo que no pude sentirme molesto.

"Me olvidé pues de la rodilla y me puse también a nadar. Creo que eso le gustó, ya que dejó de reírse, y cantó. Era como si...

Smith se calló, buscando las palabras, y Jane Dow no dijo nada. Parecía como si tratara de escuchar aquel canto, o que estaba escuchándolo.

—Puede cantar —dijo John— con cualquier cosa que se mueva, si tiene vida, y también con el viento de una tempestad o la rompiente un día de marejada. Estaba cantando a mi modo de bracear y de cortar el agua con las manos, a mi identificación con el mar, a mi temerosa perplejidad, a la sangre que me brotaba de la rodilla. A todo eso le cantaba. Y antes que me diera cuenta, hubo una inversión de todo y me puse a nadar al compás de aquel canto. Creo que nunca en mi vida nadé como entonces. Tal vez nunca más pueda hacerlo; no lo sé. Porque hay un modo de nadar en el que cualquier movimiento o giro es siempre el más adecuado, y uno avanza dos veces más rápido que nunca, y no hay obstáculo...

La voz de John se apagó. Jane Dow suspiró brevemente.

—Ella —continuó John— fue en seguida hacia las rocas, y cuando me parecía ya que iba a romperse la cabeza, abrió una masa de espuma, apareció en la cresta, y fue a parar a las rocas, justo en el lugar que quería, sin mostrar ningún cansancio. Metió la mano en la grieta de la roca, sacó un peine viejo y

comenzó a peinarse los cabellos largos, todavía entregada a su música y como sonriéndose... Bien, como usted dice que él hizo, como si esperara, sin mostrar ningún deseo de huir. Yo nadé hasta las rocas, trepé hasta el sitio donde estaba ella y me senté a su lado, como ella quería.

Al cabo de un tiempo, Jane Dow habló, tímidamente, pero convencida evidentemente de que Smith había dedicado aquella pausa al recuerdo de la roca.

—¿Y qué... qué quería ella, señor Smith?

Smith se echó a reír.

—Oh, perdón —murmuró Jane—. Perdón otra vez.

—¡No, por favor! —replicó Smith rápidamente—. Me reía de que ella me hubiera elegido a mí... ¿Por qué a mí entre tantos? —Calló de nuevo. Meneó invisiblemente la cabeza. No, no le diré nada, decidió. Ya ha de tener de mí una opinión bastante deplorable. Eso de pasarse la noche en una roca con una sirena, enseñándole a decir palabrotas.— Saben como conseguir de uno lo que quieren... —terminó diciendo.

Smith pensó que era posible, aun mientras la rompiente murmura a los pies de uno, advertir el instante en que alguien contiene el aliento; cómo se respira curioso, perplejo, alarmado y, finalmente, aliviado, y respira otra vez, aunque no se oiga ni se vea nada. ¿Qué he dicho?, se preguntó, asombrado. Pero no podía recordar con exactitud lo que había dicho, salvo, desde luego, que había comenzado a hablar de la sirena en la roca y que había decidido interrumpirse, y decir algo diferente.

—Pensándolo bien —dijo—, no son tan difíciles de contentar. Cuando, por supuesto, se sabe lo que quieren.

—Así es —dijo Jane, con tono firme—. Lo he notado.

—¿De veras?

Hubo una pausa suficiente para que Jane Dow asintiera con la cabeza.

John Smith se preguntó qué podía contentar a un sirenio. Nada sabía acerca de los sirenios. A su sirena

le gustaba cantar, peinarse, que la escucharan, que la admiraran, que la insultaran.

—Bien —dijo Smith—, sea lo que sea, vale la pena hacerlo, porque la felicidad que conocen es muy limitada.

—Sea lo que sea —asintió Jane, con una voz de desagrado.

Una rara idea corrosiva se insinuó en la conciencia de John. La ahuyentó antes de reconocerla. Era rara y también corrosiva a causa de lo que sabía de su sirena y de la pasión que sentía por ella. Hay una idea popular acerca del placer que puede procurar la relación con una sirena y él la había compartido —si es que había pensado alguna vez en sirenas— hasta el día en que había conocido a una. Se escucha a las sirenas, se las mira, se les hace pequeños regalos, se las insulta y tal vez se aprenden ciertas destrezas desconocidas o quizá olvidadas por la mayoría de los humanos. Como respirar bajo el agua, o mejor, almacenar más oxígeno, y extraer todavía más —aunque poco—, de las pequeñas cantidades de agua que entra en los pulmones, y que unas hábiles contracciones del diafragma transformarán en vapor. Luego se saca del vapor parte del oxígeno disuelto. Por lo menos, esa era la teoría de Smith después de practicar algunos ejercicios rituales de la sirena. Y además la pesca para comer, la pesca para pescar, el arte de hipnotizar a las anguilas y otros placeres inocentes.

Pues la sirena es ovípara como la carpa, aunque más mamífera que un pez. Los huevos de sirena son pequeños, de acuerdo con el respetado precedente de los mamíferos, y son colocados en los relucientes racimos —cada huevo parece una diminuta perla incrustada en feldespato anacarado—, muy secretamente, en cavernas vigiladas, cuando llega la estación adecuada. La ceremonia del amor se realiza después del traslado de los huevos, ya de un color dorado, al interior del nido: el sirenio se acerca entonces, finge

encontrar los huevos y los atiende; sólo así puede fecundarlos.

Este proceso embriológico, por desusado que parezca, no tiene nada de único en un mundo de tan complejas maravillas: la falange pelágica de los cefalópodos o la simultaneidad de encontrados apetitos en ciertos arácnidos. Baste decir, en relación con sirenas y sirenios, que el legendario monosílabo de salud del indio en celo tiene aquí su réplica y, como en asuntos así el propósito sigue a la función, hay en estas características una guía segura. Todos saben así cómo comportarse con tan espléndidos seres, y cómo tan espléndidos seres pueden entenderse contigo, hermano, o contigo, hermana.

—Tan cariñoso —dijo Jane Dow— y, de pronto, tan violento...

—¿Cómo? —interrumpió Smith.

La idea corrosiva lo atormentaba de nuevo. La rechazaba, pero volvía al ataque... En un tiempo, en el Sur norteamericano, se acostumbraba a tranquilizar a las criaturas untándoles las manos con melaza y dándoles una pluma de pollo. La idea corrosiva de Smith era como una de esas plumas; la movía de aquí para allá, y no podía desprenderse de ella. Ese tal sirenio... pensaba excitado.

—Supongo —dijo Jane— que no estoy en condiciones de criticar.

Smith estaba demasiado atareado con su pluma, y no contestó.

—La forma en que le hablé a usted cuando pensé que era... cuando usted se presentó aquí... Le aseguro que nunca en mi vida...

—Era muy natural. ¿No me oyó usted acaso?

Nunca se le ocurrió preguntarse qué pensaba Jane que las relaciones de Jane con su amigo tenían que Jane Dow era una excelente muchacha.

haber sido muy parecidas a las de él y la sirena. Esta Smith pensó de pronto, decepcionado de sí mismo,

entonces. Ni por un momento se imaginó que Jane podía saber menos que él de las sirenas, aunque él deseaba saber más de los tritones.

—*Obligan* a hacer lo que ellos quieren —dijo la joven—. No hay más remedio. Pasé noches en vela inventando nuevos insultos, sólo para complacerlo. Se pone tan contento. Y también a él le gusta decir atrocidades. Me llama cebo de caimán. Me dice que soy su blando baldecito de huevas. ¿No es horrible? Me dice que soy del tipo de lecha y agua. ¿Qué es lecha, señor Smith?

—No puedo decirlo —dijo Smith con voz ronca. No lo sabía y decidió silenciosamente que consultaría luego el diccionario. ¡Parecía una chica tan buena! Se sintió bruscamente enfadado. ¡Indudablemente, *había sido* una buenísima chica! ¡Ese monstruo!, pensó con ira.

—Me pregunto —dijo— si no es ya la salida de la luna.

—Oh, cielos, la salida de la luna —dijo ella de un modo raro.

Smith no acertó a decir por qué, pero, por primera vez desde que se había instalado en la roca, sintió frío. Miró con angustia hacia el mar. Se oyó decir una frase común y triste. *Tienes que salvarla de ella misma*. De pronto, se sintió inexplicablemente noble.

—¿Es usted... es usted...? —Jane vacilaba.— Bueno, si usted me permite... no está obligado a...

—¿Qué quiere saber? —preguntó Smith amablemente, acercándose más a la joven. Jane estaba incómodamente acurrucada en el borde rocoso. No se volvió hacia Smith pero tampoco se apartó.

—¿Es... casado o...? —murmuró.

—¡No, no! No me casé nunca. Pensé en casarme algunas veces, pero no, no.

—¿Por qué no?

—Nunca encontré a quien... Bien, todas... ¿Recuerda lo que dije sobre el toque extraño?

—Sí, sí...

—Nadie lo tenía... Luego, yo lo tuve y... digámoslo así, nunca conocí a una chica a quien pudiera hablarle de la sirena.

Las palabras se tendieron cómodamente en ellos, mientras pensaban. Cuando Smith entendió al fin, inclinó la cabeza y volvió la cara en la oscuridad, esperando ver la expresión de Jane. Descubrió de pronto que apoyaba los labios en los de Jane. Sin aprensiones, sin temores. Se quedó muy quieto, asombrado al principio y luego feliz. Jane se sentó muy derecha, con las manos unidas a la espalda y los ojos muy abiertos, hasta que los labios de Smith se apartaron.

Las sirenas son aficionadas a los besos. Creen que besar es algo divertido. Smith sabía lo que era besar a una sirena. Estuvo pensándolo mientras posaba los labios en los de Jane Dow. Pensó que los labios de la sirena no sólo eran fríos, sino también secos y poco flexibles, como el caparazón de un cangrejo joven. La lengua de la sirena, acostumbrada a tratar con caracolas y algas, podía abrir una herida. Y el aliento de la sirena olía a pescado. Cuando pudo, Smith preguntó:

—¿En qué piensas?

Jane contestó, pero John no alcanzó a oirla.

—¿Qué?

—Mi amigo tiene los dientes inclinados hacia adentro —murmuró la joven junto al hombro de John.

Aja, pensó Smith.

—John —dijo Jane Dow de pronto, con desesperación—, quiero que sepas algo, de una vez y para siempre. Sé qué ha pasado entre tú y *ella*, pero no ocurrió lo mismo conmigo, entiéndelo bien. Quiero que sepas la verdad desde ahora, para que no lo pensemos nunca más.

—Oh, Jane, eres muy buena —dijo John Smith, casi sin voz—. Eres tan... Bien, vayámonos. Vayámonos de aquí antes que... antes que salga la luna.

Fue extraño cómo Jane Dow se equivocó y ya nunca supo de su error —nunca más hablaron del asunto—; había perdonado a John ganando así un inmenso poder. ¿No había derrotado acaso a la más desafortunada y bella de las rivales?

Fue extraño también cómo John Smith se equivocó; perdonó a Jane y ganó así un orgullo perdurable y la seguridad de que ella se lo agradecería siempre.

Fue extraño que la luna hubiera salido mucho antes que abandonaran la roca, sin que aparecieran la sirena y el sireno, que sabían, a su modo.

John nadó en el mar oscuro, lentamente, solícito. Jane también nadó. Se pararon en las tinieblas de la playa. Se vistieron. Se encontraron de nuevo frente al coche de John y allí, finalmente, se vieron y se conocieron. Y más tarde llegaron a enamorarse y a querer de veras y este fue seguramente, el toque más extraño de todos.

Título original: *A touch of strange.*
Traducción de M. A.

La relación —cómoda o incómoda— de los terrestres y los extraterrestres ha sido siempre uno de los temas favoritos de la ficción científica clásica. Damon Knight, crítico y autor (véase ¿Qué bestia torpe? en Minotauro 1), subraya en esta historia el carácter extraño de esta posible relación, renovando un tema que hoy sólo aparece en los productos de Hollywood.

ESTACIÓN DE EXTRANJEROS

Damon Knight

El estrépito metálico resonó en las cámaras y en los corredores abovedados de la Estación. Paul Wesson se quedó escuchando un cierto tiempo mientras los ecos se desvanecían. El cohete de mantenimiento había vuelto a la Tierra. Wesson estaba solo ahora en la Estación de Extranjeros.

¡Estación de Extranjeros! El nombre mismo excitaba la imaginación. Wesson sabía que las dos estaciones orbitales habían sido bautizadas hacía un siglo por la administración británica del servicio de satélites: la mayor y más baja, la "Terrestre", ordenaba el tránsito entre la Tierra y las colonias; la exterior, llamada "de Extranjeros", estaba específicamente destinada a los tratos con extranjeros... es decir, con seres de fuera del sistema solar. Flotaba silenciosamente en la oscuridad esperando al visitante que llegaba una vez cada veinte años...

Un hombre, entre los miles de millones del dominio del Sol, tenía la tarea y el privilegio de soportar la presencia del extraño. Las dos razas, de acuerdo

con lo que Wesson sabía, parecían tan fundamentalmente distintas que el encuentro era siempre penoso. Bueno, Wesson se había presentado como voluntario y creía ser capaz de desempeñarse bien: la recompensa era considerable.

Había pasado por todas las pruebas, y aunque no lo esperaba, lo habían elegido. Lo llevaron luego como un peso muerto, drogado en un casco de mantenimiento; lo tuvieron así mientras trabajaban y luego lo despertaron. Ya se habían ido. Estaba solo.

Pero no completamente.

—Bienvenido a la Estación de Extranjeros, sargento Wesson —dijo una voz agradable—. Le habla la red alfa. Estoy aquí para protegerlo y atenderlo. Si desea algo, no tiene más que pedírmelo.

Era una voz neutra, profesionalmente cordial como la de un buen maestro de escuela.

Wesson estaba prevenido, pero aun así la cualidad humana de aquella voz lo impresionó realmente. Las redes alfa eran la última palabra en materia de cerebros-robot: computadoras, mecanismos de seguridad, servidores, bibliotecas, todo en una pieza, con algo tan parecido a una "personalidad" y al "libre albedrío" que los especialistas todavía estaban debatiendo el tema. Eran raras y fabulosamente caras; Wesson no había tenido contacto con ninguna hasta entonces.

—Gracias —le dijo al aire—. Por cierto... ¿cómo la llamo? No puedo estar diciendo: "Oiga, red alfa..."

—Uno de sus predecesores recientes me llamaba Tía Redita.

Wesson hizo una mueca. Red Alfa: Tía Redita. No le gustaban los juegos de palabras.

—Lo de tía está bien —dijo—. Pero ¿qué le parece si la llamo Tía Jane? Es el nombre de la hermana de mi madre. Y las voces se parecen un poco.

—Será para mí un honor —contestó cortésmente el mecanismo invisible—. ¿Quiere que le sirva algo ahora? ¿Comida? ¿Alguna bebida?

—No, todavía no —dijo Wesson—. Antes miraré un rato por aquí.

Echó a andar. La red entendió que la conversación había terminado y calló. Era una compañera agradable y satisfactoria; hablaba cuando le hablaban, y no había que acostumbrarla mal.

La parte humana de la Estación estaba dividida en cuatro partes: dormitorio, sala, comedor y baño. La sala era amplia, cómoda y hasta elegante, decorada con tonos verdes y castaños: la única nota mecánica era la consola del instrumental en un ángulo. Los otros cuartos, dispuestos en círculo alrededor de la sala, eran pequeños: justo el espacio necesario para Wesson, un estrecho corredor circular y los mecanismos a los que tenía que recurrir. Todo el lugar se mostraba inmaculadamente limpio; relucía y daba la impresión de suma eficiencia, a pesar de los veinte años de abandono.

Estoy en el tramo más cómodo del camino, se dijo Wesson. Era el mes que precedía a la llegada del extranjero: buena comida, poco trabajo y una red alfa para conversar.

—Tía Jane —dijo—, tomaría ahora con gusto un plato de carne. No muy cocida, con papas tostadas, cebollas y hongos, todo acompañado por un buen vaso de cerveza. Llámeme cuando esté preparado.

—Muy bien —dijo amablemente la voz.

En el comedor, el cocinero automático se puso a zumar y cloquear con aires de importancia. Wesson siguió inspeccionando y se detuvo ante la consola del instrumental: las compuertas del aire estaban selladas y bien cerradas; el aire circulaba libremente. La Estación en órbita giraba sobre su eje con una fuerza en el perímetro —donde estaba Wesson— de una g. La temperatura interna era allí de veinte grados centígrados.

En otro lado del tablero, en cambio, los diales estaban todos apagados y muertos. El sector Dos, de un

volumen ochenta y ocho mil veces mayor que el de Wesson, no funcionaba todavía.

Wesson tenía perfectamente grabada en la mente la imagen de la Estación: una imagen obtenida de fotografías y diagramas. Era una esfera de duraluminio de unos ciento cincuenta metros de diámetro; el disco de la sección humana, de unos diez metros de diámetro parecía haber sido puesto allí a último momento. Toda la cavidad de la esfera, es decir, casi toda, pues había que exceptuar las salas de suministros y mantenimiento y los tanques importantísimos, que habían agrandado hacia poco, era una apretada cámara para el extranjero.

—La carne está lista —dijo Tía Jane.

La carne estaba bien preparada, muy tostada por fuera, tierna y rosada por dentro.

—Tía Jane —dijo Wesson con la boca llena—, tal vez le falte un poco para estar totalmente a punto...

—¿A la carne? —preguntó la voz, con una especie de angustia.

Wesson sonrió.

—No tiene importancia; está muy apetitosa —dijo—. Escuche, Tía Jane, para usted esto es ya una rutina... ¿Cuántas veces pasó por estas cosas? ¿La instalaron con la Estación?

—No fui instalada con la Estación —contestó Tía Jane con tono afectado—. He estado presente en tres contactos.

—Hum... Un cigarrillo —dijo Wesson, palpándose los bolsillos. El automático zumbó un instante y envió por una ranura un paquete de cigarrillos. Wesson encendió uno—. Muy bien, ha pasado por esto tres veces. Tendrá muchísimas cosas para contarme, ¿verdad?

—¡Oh, desde luego! Dígame qué desea saber.

Wesson se echó hacia atrás mientras fumaba y reflexionó, entornando los ojos verdes.

—En primer lugar —dijo—, léame el informe Pigeon, el de la *Relación compendiada*.

—Capítulo Segundo —dijo inmediatamente la voz—. El primer contacto con una inteligencia no solar fue hecho por el comandante Ralph C. Pigeon, el 1º de julio de 1987, durante un descenso de emergencia en Titán. A continuación, se incluye un extracto del informe oficial:

"Mientras buscábamos cualquier cosa posible de nuestros trastornos mentales, descubrimos lo que parecía ser una construcción metálica gigantesca, en el lado distante del cerro. Nuestra angustia aumentó al acercarnos a esa construcción, que era poliédrica y cinco veces más larga, aproximadamente, que el *Cologne*.

"Algunos tripulantes sugirieron entonces que nos retiráramos, pero el teniente Acuff y yo mismo teníamos la impresión muy clara de que algo nos llamaba o convocaba de una manera indefinida. Aunque nuestra inquietud no disminuyó, decidimos por lo tanto seguir adelante, y mantener contacto por radio con el resto del grupo mientras regresaba a la nave.

"Entramos en la extraña construcción por una vasta abertura irregular... La temperatura interna era de 58 grados centígrados bajo cero; la atmósfera parecía ser de metano y amoníaco... Dentro de la segunda cámara nos esperaba un ser extraño. Sentimos la angustia que he tratado de describir en un grado mucho mayor que antes y también la impresión de que nos llamaban o invitaban... Observamos que el ser exudaba un espeso líquido amarillento, que asomaba en ciertos poros o juntas. Aunque con repugnancia, logré recoger una muestra de esta exudación que luego fue llevada al laboratorio.

"El segundo contacto fue realizado diez años después por la famosa expedición a Titán del comodoro Crawford...

—No, basta —dijo Wesson—; sólo quería la cita de Pigeon. —Siguió fumando, mientras rumiaba.— Parece demasiado resumido el relato, ¿no le parece? ¿No

tiene una versión más detallada en esos depósitos de memoria?

—No —dijo Tía Jane tras una pausa.

—Se conocían otras circunstancias cuando yo era chico —se lamentó Wesson nerviosamente—. Recuerdo que leí el libro cuando tenía doce años y que había allí una larga descripción del desconocido... Es decir, no recuerdo la descripción, pero sé que estaba allí. —Miró a su alrededor.— Escuche, Tía Jane —agregó—, es usted una especie de vigilante universal ¿verdad? Tendrá seguramente cámaras y micrófonos distribuidos por toda la Estación...

—Sí —confesó la red, y Wesson creyó advertir en la voz un tono de persona ofendida.

—Bien, ¿qué me dice del Segundo Sector? Tiene que haber cámaras allí, ¿verdad?

—Sí.

—Bien, entonces puede decírmelo. ¿Qué aspecto tienen esos extranjeros?

Hubo una larga pausa.

—Lo siento pero no puedo decírselo —declaró Tía Jane.

—No, claro está —admitió Wesson—. Me lo suponía. Se lo han ordenado así, y por las mismas razones, supongo, suprimieron muchas cosas de aquel libro. ¿Puede decirme qué razones fueron esas? ¿Tiene usted alguna idea, Tía Jane?

—Sí —admitió la voz, tras otra pausa.

—¿Entonces...?

—Lo siento, no puedo...

—No puede decírmelo, ¿verdad? —interrumpió Wesson—. Perfectamente. Por lo menos, sabemos a qué atenernos.

—Así es, sargento. ¿Quiere algún postre?

—No quiero postre, gracias. Una cosa más: ¿Qué les sucede a los observadores de la Estación, luego de cumplida la tarea?

—Se los asciende a Clase Séptima, como estudiosos

con tiempo libre y reciben siete mil estelares y una vivienda de primera clase...

—Sí, ya sé todo eso —dijo Wesson, pasándose la lengua por los labios reseco—. Pero lo que me interesa es saber qué les sucede aquí. Por ejemplo, los que usted conoció, ¿qué aspecto tenían cuando se fueron?

—El aspecto humano habitual —dijo la voz firmemente—. ¿Por qué me lo pregunta, sargento?

Wesson hizo un gesto de desagrado.

Algo recuerdo —dijo— de una agitada sesión de la Academia. Tenía que ver con la Estación. La parte de una frase: "*ciego como un murciélago y con cerdas por todo el cuerpo*". Me gustaría saber si se referían al extranjero... o al observador cuando vinieron a buscarlo.

Tía Jane se abandonó a una de sus largas pausas.

—Muy bien —continuó Wesson—. No se moleste. Ya sé qué voy a oír: "Lo lamento pero no puedo decírselo."

—Lo lamento de veras —admitió el robot, con sinceridad.

A medida que los días se transformaban en semanas, Wesson fue notando que la Estación era casi un ser vivo. Podía sentir alrededor las costillas elásticas de metal, que soportaban el peso del pasajero, mediante desplazamientos muy precisos. Podía sentir el vacío expectante, "allí arriba", y advertía la presencia de la red electrónica que estaba siempre alrededor, observando, tanteando, tratando siempre de anticiparse a cualquier necesidad.

Tía Jane era una compañera modelo. Tenía una discoteca con miles de horas de música, películas cinematográficas y un proyector de microlibros; si Wesson lo prefería, ella misma podía leerlos. Cuidaba de los tres telescopios de la Estación y bastaba que Paul lo pidiera para que le mostrara vistas de la Tierra, de la Luna o del planeta del extranjero.

Pero no había noticias. Tía Jane, siempre servicial, ponía en marcha el receptor de radio, y sólo se oían unos ruidos estáticos. Esto era lo que abrumaba a Wesson a medida que pasaba el tiempo; sabía que las radios de todas las astronaves en tránsito guardaban silencio, lo mismo que las estaciones orbitales y los transmisores interplanetarios. Era un inconveniente enorme, casi paralizador. Podía transmitirse alguna información desde distancias relativamente cortas por fotófono; pero, en general, las complejas comunicaciones por las rutas del espacio dependían de la radio.

Este inminente contacto con el extranjero era, sin embargo, algo tan delicado que hasta una voz radial, en aquel lugar donde la Tierra era un disco diminuto, sólo dos veces mayor que el de la Luna, podía perturbarlo seriamente. Era algo tan precario, pensó Wesson, que sólo podía haber un hombre en la Estación mientras el extranjero estuviera allí; por eso para que este hombre tuviera compañía, se había instalado la red alfa...

—¿Tía Jane?

—Sí, Paul —contestó enseguida la voz.

—Esa angustia de que hablan los libros... la desconoce, ¿verdad?

—Así es, Paul.

—Porque un cerebro robot no puede sentirla, ¿no es así?

—Así es, Paul.

—Entonces, explíqueme: ¿por qué necesitan que haya aquí un hombre? ¿Por qué no pueden arreglárselas con usted?

—No lo sé, Paul —fue la contestación, tras una pausa. La voz pareció un poco triste. Wesson se preguntó si aquellas graduaciones de tono existían realmente o eran producto de su propia imaginación.

Dejó el sofá de la sala y se paseó nerviosamente por la habitación.

—Muéstreme una vista de la Tierra —dijo.

Obedientemente, se iluminó la pantalla que había sobre la consola: allí estaba la Tierra azul, como flotando en el espacio de abajo, en cuarto creciente.

—Basta —dijo Wesson.

—¿Un poco de música? —dijo la voz. Inmediatamente, se oyó una música sedante de instrumentos de cuerda.

—No, no —dijo Wesson.

La música se detuvo.

Las manos le temblaban a Wesson; se sentía como preso en una jaula, frustrado. El traje de ambiente estaba en un armario, junto a la compuerta de aire. Wesson había subido en un par de ocasiones: nada había allí arriba, excepto oscuridad y frío. Pero tenía que salir de aquella jaula de ardilla. Sacó el traje y comenzó a ponérselo.

—Paul —preguntó Tía Jane con ansiedad—, ¿se siente nervioso?

—Sí —contestó Wesson con impaciencia.

—Entonces no vaya al Segundo Sector.

—¡Haga el favor de no decirme lo que tengo que hacer, montón de hojalata! —replicó Wesson, furioso de pronto. Corrió hacia arriba el cierre del traje con un movimiento brusco.

Tía Jane no replicó.

Wesson revisó todo apresuradamente, y abrió la compuerta: un tubo vertical donde apenas cabía un hombre, y el único paso entre el Primer Sector y el Segundo. Era también la única salida que tenía el Primer Sector; para llegar allí por primera vez, Wesson había tenido que entrar en la compuerta del polo "sur" de la esfera y pasar por una serie de aberturas y conductos. Lo habían drogado entonces hasta dejarlo inconsciente, desde luego. Cuando el momento llegara, saldría de allí de la misma manera; ni el cohete de mantenimiento ni el de combustible tenían espacio o tiempo de sobra.

En el polo "norte" del otro extremo había una tercera compuerta de aire, tan enorme que hubiera podido contener a una nave mercante interplanetaria. Pero esto no era asunto de nadie, es decir, de ningún ser humano.

A la luz de la lámpara, en el casco de Wesson, la enorme cavidad central de la Estación era como un abismo de tinta, y sólo devolvía unos pocos destellos luminosos, brillantes y burlones. La escarcha brillaba en las paredes próximas. La presión del Segundo Sector era escasa todavía; sólo había allí un vapor difuso que se filtraba por la compuerta, y que se había congelado hacía tiempo en una capa de polvo blanco, que revestía las paredes. Bajo las pesadas botas, el metal resonaba como algo frío; el vasto vacío de la cámara parecía cada vez más deprimente, pues carecía de aire, calor y luz. *Solo*, decían los pasos, *solo*...

Había subido unos treinta metros por el conducto cuando Wesson advirtió que se sentía todavía más ansioso. Se detuvo a pesar suyo, se volvió torpemente y se apoyó de espaldas contra la pared. La solidez de la pared no parecía suficiente. Debajo, el conducto parecía ceder, como si amenazara con precipitarlo al negro abismo.

Wesson reconoció la impresión invasora, el gusto metálico en la lengua, el agua que se le formaba en la boca. Era miedo.

Una idea le pasó por la mente. Quieren que me asuste. Pero ¿por qué? ¿Por qué ahora? ¿De qué?

De pronto entendió. La presión sin nombre fue más intensa, como si un puño enorme se cerrara sobre la Estación, y Wesson sintió la presencia abrumadora de algo gigantesco, prácticamente ilimitado, que descendía ahora con una terrible lentitud interminable.

Era el momento.

Había transcurrido el primer mes.

El extranjero estaba llegando.

Mientras Wesson se volvía, jadeante, toda la enor-

me estructura de la Estación pareció encogerse alrededor hasta tener el tamaño de una habitación ordinaria... Y el propio Wesson sintió que se encogía también, y que él mismo era como una diminuta sabandija que escapaba frenéticamente a lo largo de una pared.

Corría y, mientras corría, detrás de él, la Estación *retumbó*.

En las silenciosas habitaciones brillaba una media luz. Wesson, tendido e inmóvil, contemplaba el cielo raso, e imaginaba allí la figura cambiante del extranjero, una figura gigantesca, imprecisa, amenazadoramente informe.

La transpiración le bañaba la frente. No podía apartar la vista del cielo raso.

—Por eso no quería que fuese ahí arriba, ¿verdad, Tía Jane?

—Sí. Sentirse nervioso es la primera señal. Pero usted me dio una orden terminante, Paul.

—Lo sé —admitió vagamente Wesson, siempre con la mirada fija en el cielo raso—. Es algo muy raro, ¿verdad, Tía Jane?

—Así es, Paul.

—Usted, sin duda, no querrá decirme qué aspecto tiene.

—No, Paul.

—No quiero saberlo. Santo Dios, juro que no quiero saberlo... Es curioso, Tía Jane, pero estoy destrozado. Tengo tanto miedo... Siento el cuerpo como de gelatina.

—Lo sé —dijo cariñosamente la voz.

—Sin embargo, hay otra parte de mi ser que está tranquila y serena, como si nada me importara. ¡Qué idea más disparatada se me ocurre! No se la imagina.

—¿Qué idea, Paul?

Wesson intentó reírse.

—Recuerdo una fiesta infantil a la que asistí hace

veinte... veintiocho años. Tenía entonces... nueve años. Lo recuerdo porque ese mismo año murió mi padre. Vivíamos entonces en Dallas, en una casa rodante alquilada, y había en la vecindad una familia que tenía no sé cuántos hijos pelirrojos. Siempre estaban organizando fiestas. Nadie les tenía mucha simpatía, pero todos íbamos a esas reuniones.

—Cuéntame algo de esa fiesta, Paul.

Wesson cambió de postura en el sofá.

—Era la víspera de Todos los Santos. Recuerdo que las chicas llevaban vestidos negros y de color anaranjado, y casi todos los chicos se habían disfrazado de fantasmas. Yo era, me parece, el más pequeño, y me sentía un poco fuera de lugar. De pronto, uno de los niños pelirrojos apareció con la máscara de una calavera y gritó: "¡Pronto, preparémonos todos para jugar al escondite!" Me agarró y me dijo: "Serás tú." Y antes que pudiera resistirme, me metió en un cuarto oscuro. Oí cómo cerraba la puerta con llave. —Wesson se pasó la lengua por los labios.— Luego, en la oscuridad, sentí que algo me golpeaba la cara. Era algo frío y viscoso, como, no sé, como una cosa muerta... Me acurruqué en el piso del cuarto oscuro, esperando aterrorizado a que aquello me tocara de nuevo. Bueno, aquella cosa fría y como arenosa que colgaba allí... ¿Sabe qué era? Un guante de lana relleno con hielo y aserrín. Una broma. Una broma que nunca olvidé... ¡Tía Jane!

—Dígame, Paul.

—Bien, ustedes las redes alfa son magníficas psicoanalistas, ¿verdad? Se les puede contar cualquier cosa, pues no son más que máquinas, ¿no es así?

—Tiene mucha razón —dijo la voz, melancólica.

—Tía Jane, Tía Jane... Es inútil que trate de distraerme con estas cosas. Puedo sentir lo que hay ahí arriba, a apenas dos metros de distancia.

—Sé muy bien que usted puede sentirlo, Paul.

Wesson se retorció en el sofá.

—Es... es algo sucio, algo viscoso. ¡Cielos! ¿Tengo que soportarlo durante cinco meses? No puedo. Me matará, Tía Jane.

Hubo otro estruendo ensordecedor, y los ecos se multiplicaron por todas las secciones de la Estación.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Wesson, boquiabierto—. ¿La otra nave... que partía?

—Sí. Ahora está solo, exactamente como usted.

—No como yo. No puede sentir lo que estoy sintiendo. Tía Jane, usted no sabe...

Allí arriba, del otro lado de unos pocos metros de metal, estaba el cuerpo enorme y monstruoso, y era esa masa, casi tan real como si pudiera tocarla, lo que le oprimía el pecho a Wesson.

Wesson había pasado en el espacio la mayor parte de su vida adulta, y tenía en la mente, y en los huesos, la idea de que si una estación orbital se aplastaba, por cualquier motivo, la parte de "abajo" no se aplastaría, sino que sería despedida hacia adelante a causa de su propio impulso angular. No se trataba de esa opresión que se siente en los edificios planetarios, donde la imponente masa superior parece siempre amenazadora, como si fuera a caer encima de uno. Era algo diferente, muy distinto; no había modo de desprenderse de esa rara impresión.

Era la sensación del peligro, de un peligro invisible en la oscuridad, al acecho, frío y pesado. Era la recurrente pesadilla de la infancia de Wesson: una forma achatada, irreal, sin color ni tamaño, que caía y caía e iba a golpearlo en la cara... Era el perrito muerto que había sacado del agua aquel verano en Dakota... todo mojado, con la cabeza caída, frío, frío, frío...

Trabajosamente, Wesson se incorporó un poco en el sofá, apoyándose en un codo. La presión era como un insistente peso gélido en el cráneo; la habitación parecía oscurecerse y girar lentamente.

Wesson sintió que le castañeteaban los dientes, mientras se arrodillaba y luego se ponía de pie. Tenía la espalda y las piernas rígidas y quedó al fin con la boca muy abierta. Caminó ajustando los pasos a los momentos en que le parecía que el piso se levantaba.

El lado derecho de la consola, el que había quedado a oscuras, estaba iluminado. La presión del Sector Dos era, según el indicador, de aproximadamente una atmósfera y un tercio. El indicador de la compuerta de aire señalaba una presión algo mayor de oxígeno y argón; con esto, se evitaba que el ambiente del extranjero contaminara el Sector Uno. La compuerta, pues, ya no podría ser abierta desde el otro lado. Wesson juzgó que esta circunstancia era irracionalmente consoladora.

—Veamos un poco la Tierra —dijo.

La pantalla se iluminó mientras la miraba. “¡Qué lejos está!”, pensó. Había que recorrer un largo camino para llegar al fondo de aquel pozo... Wesson había trabajado durante diez años como técnico de la Estación de Residencia. Antes había querido ser un piloto, pero desperdició totalmente los primeros años: no había dominado la matemática. Pero no pensó por eso en regresar a la Tierra.

De pronto, al cabo de todos aquellos años, el diminuto disco azul le parecía infinitamente deseable.

—Tía Jane, Tía Jane, qué hermosa es —murmuró.

Allí abajo, lo sabía, era primavera; en algunos lugares, donde el borde de oscuridad se retiraba, asomaba la mañana; una mañana serena de cielo azul, como una luz del mar captada en un ágata, una mañana con humo y neblina, una mañana de quietud y promesas. Allí abajo, a muchos años perdidos y muchos kilómetros de distancia, el diminuto punto de una mujer estaba abriendo su microscópica puerta para escuchar el canto de un átomo. Perdida, perdida, y envuelta en algodón, como una platina de muestra: una mañana de primavera en la Tierra.

A muchos kilómetros arriba, tan lejos que hubiera sido necesaria una pértiga de sesenta Tierras superpuestas para alcanzarlo, Wesson giraba en un círculo interminable, dentro de un círculo. Sin embargo, por muy vasto que fuera el abismo entre él y todo esto —la Tierra, la Luna, las estaciones orbitales, las naves, sí, también el Sol y todos los demás planetas—, era sólo una insignificante pizca de espacio que cabía entre el pulgar y el índice.

Más allá, estaba el verdadero abismo. En aquella noche profunda se extendían brillantes las constelaciones; la luz llegaba atravesando distancias que sólo podían ser medidas con números sin sentido, como gritos de angustia.

En lucha constante, arrastrándose, consumiendo energías excesivas, los hombres habían llegado hasta Urano. Pero, si hubiere un hombre tan alto que de pie en el sol, con las botas chamuscadas, alcanzara con la cabeza los hielos de Plutón, todavía hubiera sido demasiado pequeño para aquel abrumador vacío. El sitio donde estaba Wesson, no en Plutón, era el límite del imperio del hombre; allí, lo Exterior se abría paso, túnel abajo, para encontrarse con este imperio; era como la apretada cintura de un reloj de arena; allí, sólo allí, se tocaban los dos mundos... el Nuestro y el Suyo.

En la parte inferior del tablero, en aquel mismo instante, los diales dorados estaban apenas iluminados, y las agujas se estremecían...

En los tanques, en los tanques profundos, caía gota a gota el líquido dorado: “*Aunque con repugnancia, logré recoger una muestra de esta exudación que luego fue llevada al laboratorio.*”

Un fluido que era frío como el espacio bajaba gota a gota por las paredes de los tubos, se acumulaba en las copas de la lobreguez, y allí brillaba como el oro, casi vivo. El elixir de oro. Una gota de ese concentrado detenía la marcha del tiempo veinte años: evi-

taba que las arterias se endurecieran, conservaba el tono, la vista, el color del pelo y la lucidez del cerebro.

Habían estudiado la muestra de Pigeon y ese había sido el resultado. Tal era la razón de aquella inverosímil aventura de la "factoría comercial del exterior": primero fue una cúpula de Titán, y luego, cuando se comprendió mejor el problema, la Estación de Extranjeros.

Una vez cada veinte años, un extranjero descendía de Algún Lugar, entraba en la jaula diminuta que los hombres le habían preparado y dejaba allí un tesoro que casi nadie se había atrevido a soñar, un tesoro de vida, y, sin embargo, todavía no se sabía por qué.

Wesson se tomó la cabeza con las manos. La presión interior dificultaba el pensamiento; se tenía la impresión de que el cráneo iba a estallar.

—Tía Jane —llamó.

—Sí, Paul.

Era una voz afectuosa, consoladora, como la de una enfermera; la enfermera que se queda junto a la cama, dispuesta a auxiliar al enfermo de cualquier modo, por muy penoso que sea. Eficiente, con una cordialidad que venía de una larga experiencia.

—Tía Jane —preguntó Wesson—, ¿sabe usted por qué vuelven una y otra vez?

—No —contestó la voz con precisión—. Es un misterio.

—Así es, según parece —repuso Wesson—. Tuve una conversación con Gower antes de dejar mi planeta. ¿Conoce a Gower? Es el jefe de la Oficina del Exterior. Fue especialmente a verme.

—¿Y qué más? —preguntó Tía Jane, alentándolo.

—Me dijo: "Wesson, tiene que averiguarlo. Averigüe si seguiremos contando con esos suministros. Mire, somos cincuenta millones más desde que usted nació. Necesitamos mayores cantidades de ese producto. Bueno, ¿sabe usted qué pasaría si nos suspendieran los suministros?" ¿Lo sabe usted, Tía Jane?

—Sería una catástrofe —dijo la voz.

—Así es —dijo Wesson respetuosamente—. Sí. Como, dijo Gower, si la gente en la región de Nefund quedara aislada de la Administración del Valle del Jordán. En una semana morirían de sed millones de hombres. O, también me dijo Gower, como si las naves mercantes dejaran de llegar a la Base de la Luna. ¿Cuántos miles morirían de hambre, o asfixiados? Gower me dijo también: "Donde haya agua, donde haya alimentos y aire, la gente seguirá instalándose, casándose y teniendo hijos ¿comprende? Si ese llamado suero de la longevidad dejara de llegar... Bien, uno de cada veinte adultos de la familia solar necesita su inyección este año. De esta gente, casi el veinte por ciento tienen ciento quince años o más. En ese grupo, y en el curso de un año, las muertes se triplicarían." —Wesson alzó el rostro tenso.— Yo tengo ahora treinta y cuatro años, ¿sabe? Me sentí una criatura.

Tía Jane dejó oír un "hum, hum..." de simpatía.

—¡Gotea, gotea! —gritó Wesson histéricamente. Las agujas de los indicadores dorados estaban un poco más arriba—. Cada veinte años, necesitamos más cantidad de ese producto. Por eso hay que venir aquí y soportar estos cinco horribles meses. Y uno de ellos tiene que dejar su mundo, sentarse ahí arriba y *gotear*. ¿Por qué, Tía Jane? ¿Para qué? ¿Qué puede importarnos que vivamos más o menos tiempo? ¿Por qué insisten en volver? ¿Qué pueden *llevarse* de aquí?

Pero Tía Jane no tenía respuestas para estas preguntas.

Cada día, durante todo el día, las luces se mantenían fría y uniformemente encendidas en el corredor circular del Sector Uno. Muchos habían paseado por allí antes que Wesson; el corredor no tenía otra función; era una especie de senda en la jaula de una ardilla; decía "Camina" y Wesson caminaba. Un hombre enloquecería si se quedara allí sentado, sin moverse, sintiendo la insistente y agobiante presión

en la cabeza. Wesson caminaba kilómetros y kilómetros, todos los días, hasta que llegaba la noche y caía como muerto sobre la cama.

A veces, hablaba consigo mismo; a veces, le hablaba a la siempre atenta red alfa; a veces, era difícil saber con quién hablaba.

—No, de ningún modo —murmuró, sin dejar de caminar—. No pienso dar la vida por una bicoca... —Se quedó callado unos segundos. Luego, dijo con brusquedad:— No comprendo *por qué* no me procuran un gato.

Tía Jane no dijo nada. Al cabo de un rato Wesson continuó:

—Todo el mundo en nuestro planeta tiene un gato, peces de colores o cualquier otra cosa. Yo la tengo a usted, Tía Jane, y es usted buenisima, pero no puedo *verla*. ¡Cuernos! Lo que quiero decir es que deberían procurarnos a alguien, a un hombre o una mujer, como compañía, pues le aseguro que nunca me han gustado los gatos. —Dio media vuelta, entró en el dormitorio y, distraídamente, golpeó con el puño en la pared.— Bien, pero, de todos modos, un gato hubiera sido *algo*.

Tía Jane se quedó silenciosa.

—No finja que se siente ofendida, maldita —gritó Wesson—. Como bien lo sabe, usted no es más que una asquerosa máquina. Escuche, Tía Jane. Recuerdo que en una ocasión vi un hombre que llevaba una carga de cereal y a un campesino al lado. No había allí mucho espacio y yo apenas veía algo más que las dos cabezas. Me llamó la atención lo parecidos que eran. Dos orejas, con pelo arriba. Dos ojos. Una nariz. Una boca con dientes. Me dije que nosotros y los caballos éramos primos. Pero, comparados con las cosas que hay aquí somos *hermanos*. ¿No le parece?

—Sí —dijo Tía Jane en voz baja.

—Por eso me pregunto por qué no mandan un caballo o un gato *en lugar de un hombre*. Pero adivino

la respuesta: sólo un hombre podría soportar lo que estoy soportando. Sí, sólo un hombre. ¿No es así?

—Es así —dijo Tía Jane, con profunda tristeza.

Wesson se detuvo de nuevo en la puerta del dormitorio, se estremeció y se apoyó en el marco.

—Tía Jane —dijo con voz baja y clara—. Usted saca fotos de *ese* que está ahí arriba, ¿verdad?

—Sí, Paul.

—Y también toma fotos de mí. Dígame, ¿qué ocurre luego? Cuando todo termina, ¿quién mira esas fotos?

—No lo sé —contestó Tía Jane humildemente.

—No lo sabe... Pero a ese que mira las fotos no le hacen ningún bien. No saca nada en limpio, ¿verdad? Tenemos que averiguar por qué, por qué, por qué... Y nunca lo averiguamos, ¿no es así?

—Nunca —dijo Tía Jane.

—¿No piensan que el hombre que soporta todo esto podría, si viera a ese ser, decir algo interesante? Algo que no puedan decir los demás. ¿Tiene sentido lo que hacen?

—Yo nada puedo hacer, Paul.

—Muy chistoso —comentó Paul con sorna—. Muy chistoso. —Se rió con rabia, mientras recorría con paso vacilante el circuito.

—Sí, muy chistoso —asintió Tía Jane.

—Pero dígame, Tía Jane, ¿qué les pasa a los vigías?

—No puedo decírselo, Paul.

Wesson entró en la sala, se sentó frente a la consola y golpeó con los puños el metal pulido y frío.

—¿Qué clase de personaje es usted? ¿Un monstruo? ¿No tiene sangre en las venas, maldita? ¿Ni aceite ni nada?

—Por favor, Paul...

—¿No comprende que sólo quiero saber si pueden hablar? ¿Pueden decir algo después de cumplida la misión?

—...No, Paul.

Wesson se levantó apoyándose en la consola.

—No pueden. No. Me lo imaginaba. ¿Y sabe por qué?

—No.

—Ahí arriba... —dijo Wesson como delirando—. Nos cambia...

—¿Qué dice, Paul?

—Nos cambia —gritó Wesson, mientras salía de la habitación dando tumbos—. Nos cambia. Como el hierro cerca del imán. Usted no es magnética, lo advino. A usted nada le ocurre, claro. Pasa a través de usted como si tal cosa. Usted no cambia. Se queda aquí, esperando al siguiente.

—Sí.

—Mire —dijo Wesson, paseándose—. Yo puedo decirle cómo está tendido ese de ahí arriba. La cabeza en *este sentido*, la cola en este otro... ¿Tengo razón?

—... Sí —murmuró Tía Jane.

Wesson se detuvo.

—Sí —repitió con vehemencia—. Entonces, usted puede decirme lo que ve ahí arriba, ¿verdad?

—No. Sí. No está permitido.

—Escuche, Tía Jane, *vamos a morir* si no averiguamos qué impulso mueve a esos extranjeros. Recuérdelo —Wesson se apoyó contra la pared del corredor y miró hacia arriba.— Ahora se está volviendo en este sentido... ¿No es así?

—Así es.

—Bien, ¿qué otra cosa está haciendo? Vamos, Tía Jane, dígamelo.

—Se retuerce la...

—¿La qué?

—No conozco las palabras.

—¡Maldición, maldición! —gimió Wesson, apretándose la cabeza con las manos—. Desde luego, no hay palabras. —Entró corriendo en la sala, se apoyó en la pantalla en blanco. Golpeó el metal con el puño.— Tiene que mostrármelo, Tía Jane. ¡Vamos, muéstrame!

—No está permitido —protestó Tía Jane.

—Tiene que hacerlo de todos modos o moriremos, Tía Jane. Millones de nosotros, miles de millones. Y usted tendrá la culpa. ¡Usted, Tía Jane!

—*Por favor* —suplicó la voz.

Hubo una pausa. La pantalla se animó de pronto, sólo un instante. Wesson vislumbró algo macizo y oscuro, pero traslúcido, como un insecto visto a través de una lente de aumento: era una confusión de miembros innominados, de filamentos como látigos, de garras, de alas...

Wesson se agarró al borde de la consola.

—¿Es lo que quería? —preguntó Tía Jane.

—Desde luego. ¿Cree que voy a morir por haber visto eso? Muéstrémelo otra vez, Tía Jane. ¡Otra vez!

Como de mala gana, la pantalla se iluminó de nuevo. Wesson miraba y miraba. Farfulló algo.

—¿Qué? —preguntó Tía Jane.

—*Amor de mi vida, te odio* —murmuró Wesson, con la mirada fija en la pantalla.

Se volvió y se alejó de la pantalla. La imagen del extranjero seguía en él mientras caminaba de nuevo, dando tumbos, por el corredor. No le sorprendió que aquel ser le recordara todas las sabandijas repugnantes que se arrastran y trepan por la Tierra. Por eso, sí, por eso no querían que viera al extranjero, y que ni siquiera se lo imaginara. Porque tenía un aspecto que movía al odio. Y, si no importaba que se asustara del extranjero, convenía que no lo odiara... ¿Por qué no? ¿Por qué no?

Le temblaban las manos. Se sentía como secado, como privado de todos los líquidos, marchito. La única ducha diaria que Tía Jane le permitía no era ya suficiente. Después de veinte minutos de baño, sintió que le volvía el ácido sudor de las axilas, el frío sudor de la frente, el sudor caliente de las palmas. Tenía la impresión de que tenía un horno dentro, un horno que nadie podía manejar. Sabía que algo

parecido le ocurría al hombre sometido a fuertes tensiones; se le alteraban los procesos químicos del organismo: más adrenalina, más glicógeno en los músculos, ojos más brillantes, la digestión retardada. Tal era el problema: se estaba quemando interiormente, incapaz de luchar contra tanto tormento, incapaz también de huir.

Después de una vuelta al circuito, sintió que le flaqueaban las piernas. Vaciló. Volvió a la sala. Se inclinó sobre la consola, mirando. En la pantalla, el extranjero parecía mirar sin ver, como atento al espacio vacío. Abajo, en el sector en sombras, los indicadores dorados habían subido; el líquido llenaba ya las dos terceras partes de los tanques.

...luchar o huir...

Lentamente, Wesson se sentó delante de la consola. Se acurrucó, hundiendo la cabeza, apretándose fuertemente las rodillas con las manos, tratando de aferrarse al pensamiento que lo había asaltado.

Si el extranjero experimentara el mismo dolor que él, Wesson, estaba sintiendo... Si experimentara un dolor todavía mayor...

También la tensión podía alterar los procesos químicos del cuerpo del extranjero.

Amor de mi vida, te odio.

Wesson se desprendió de aquel pensamiento inoportuno. Volvió a mirar la pantalla: el extranjero instalado allí arriba se retorció, quizá de dolor y de angustia, emitiendo un dorado sudor de espanto...

Al cabo de mucho tiempo, Wesson se levantó y pasó a la cocina. Se tomó del borde de la mesa para impedir que las piernas lo llevaran de nuevo a dar vueltas al circuito. Se sentó.

Con un zumbido que parecía afectuoso, el automático le presentó una bandeja y unos vasos: agua, jugo de naranja, leche. Wesson se llevó el vaso de agua a los labios secos y rígidos; el agua estaba muy fría y le lastimó la garganta. Recurrió luego al jugo, pero

sólo pudo tomar unos pocos sorbos. Pasó seguidamente a la leche. Tía Jane lanzó un murmullo de aprobación.

Estaba deshidratado... ¿Cuánto tiempo había pasado desde que había comido o bebido por última vez? Wesson se miró las manos. Parecían manojos de pabillos, venosos, como duras garras amarillas. Podía verse los huesos de los antebrazos bajo la piel; los latidos del corazón le movían la camisa. Los pelos de los brazos y los muslos, ¿eran rubios o blancos?

Los borrosos reflejos en la decoración metálica del comedor (sombras de un pálido gris) no le respondieron. Se sintió con la cabeza vacía muy débil, como quien sale de un acceso de fiebre. Se palpó las costillas y los hombros. Estaba delgado, flaco, en los huesos.

Se quedó sentado delante del automático unos minutos más, pero no le presentaron ningún alimento. Tía Jane pensaba, evidentemente, que "su Paul" no estaba en condiciones de comer. Tal vez tenía razón. *Es peor para ellos que para nosotros* —pensó vagamente—. *Por eso la estación está tan en el exterior; por eso la radio calla y sólo hay un hombre a bordo. De otro modo, no podrían soportarlo...* De pronto, ya no pudo pensar; sólo deseaba dormir, hundirse en el pozo sin fondo, atravesando capa tras capa de terciopelo blando, embotador y suave... Los músculos de las piernas se le estremecieron y retorcieron cuando intentó caminar, pero logró llegar al dormitorio y tenderse sobre el colchón. La masa elástica pareció disolverse. Los huesos se le estaban licuando.

Se despertó con la cabeza despejada, muy débil, pensando fría y claramente: *Cuando se encuentran dos culturas extranjeras, la más fuerte ha de transformar a la más débil con amor o con odio.*

—Es la ley de Wesson —dijo en voz alta. Buscó como un autómatas lápiz y papel, pero no los encontró y se dijo que debía decírselo a Tía Jane y pedirle que lo recordara.

—No entiendo —dijo Tía Jane.

—No importa; recuérdelo de todos modos. Tiene usted un talento especial para recordar cosas ¿verdad?

—Sí, Paul.

—Muy bien... Sírvame algo para desayunar. —Pensó en Tía Jane, tan parecida a los humanos, sentada allí, en su prisión de metal, atendiendo a un hombre tras otro en medio de los tormentos de aquel infierno... Era enfermera, protectora, torturadora. Debían haber comprendido que algo cedería al fin... Pero las alfás eran relativamente nuevas; nadie las entendía muy bien. Tal vez habían imaginado que nunca se infringiría una prohibición absoluta.

El más fuerte ha de transformar al más débil...
—pensó—. *Yo soy el más fuerte. Y así tendrán que ser las cosas.* Se detuvo frente a la consola; la pantalla estaba en blanco —¡Tía Jane! —gritó. Con un estremecimiento como de culpa, la pantalla se animó.

Allí arriba, el extranjero se había retorcido de nuevo. Padecía. Los ojos arracimados estaban vueltos hacia la cámara; los arrollados miembros temblaban de dolor; los ojos miraban, pidiendo, suplicando.

—No —dijo Wesson, sintiendo que su propio dolor era como una coraza.

Golpeó con la mano abierta el control manual. La pantalla quedó a oscuras. Miró hacia arriba, sudoroso, y observó el cuadro floral que había sobre la consola.

Los grandes tallos parecían antenas, las hojas tenían la forma de un tórax, los capullos eran como ojos ciegos de insecto. Todo el cuadro se movía lentamente, sin pausa, en un lento ritmo de espera.

Wesson se apoyó en el metal frío de la consola y contempló el cuadro, con un frío sudor en la frente, hasta que todo se convirtió de nuevo en un sereno ordenamiento de líneas, sin significado especial. Luego, tembloroso, entró en el comedor y se sentó. Al cabo de un momento, preguntó:

—Tía Jane, ¿esto se hace todavía peor?

—No. En adelante, irá mejorando.

—¿Durante cuánto tiempo? —insistió Wesson.

—Un mes.

Un mes, y en ese tiempo las cosas mejorarían... Así había sucedido siempre, con el vigía aplastado, de personalidad sumergida. Wesson pensó en los hombres que lo habían precedido: ciudadanos de la Clase Séptima, con ocios ilimitados, y vivienda de Clase Primera... Sí, claro está, en un sanatorio...

Se mordió las labios hasta lastimárselos y apretó los puños. ¡*Conmigo, no!*, pensó.

Extendió las manos sobre el metal frío para que dejaran de temblar.

—¿Durante cuánto tiempo son capaces de hablar?

—Usted está hablando ya más tiempo que cualquiera de los otros...

Luego, hubo un vacío. Wesson creyó vislumbrar en momentos aislados que las paredes del corredor se desplazaban rápidamente, que la consola emitía destellos, que le pasaba por la cabeza un cúmulo de ideas como en un batir de alas. ¿Qué querían los extranjeros? ¿Y qué les sucedía a los observadores en la Estación de Extranjeros?

La bruma se disipó un poco y se vio de nuevo en el comedor, clavando unos ojos distraídos en la mesa. Algo andaba mal.

Tomó unas cuantas cucharadas de la sopa sustanciosa que le había servido el automático y luego alejó el plato; la sopa, le pareció, tenía cierto sabor desagradable. La máquina zumbó, angustiada, y ofreció un huevo al plato, pero Wesson abandonó la mesa.

La Estación estaba casi silenciosa. El ritmo sedante de las máquinas domésticas moría sin ruido, con un leve temblor en las paredes. Delante de Wesson estaba la sala de la luz azul, como un escenario vacío. Wesson la miró como si nunca la hubiera visto.

Se volvió bruscamente hacia la consola y vio en la pantalla la imagen del extranjero: densa, pesada, despatarrada por el dolor, en la oscuridad. Las agujas

de los indicadores dorados estaban muy altas; el líquido llenaba casi los recipientes. *No puede soportarlo*, se dijo Wesson con sombría satisfacción. La paz que seguía al dolor no había sobrevenido. ¡Esta vez no ocurriría así!

Levantó la vista hacia el cuadro, sobre la consola: pesados miembros de crustáceos que se balanceaban graciosamente.

Meneó la cabeza con violencia. *¡No lo permitiré; no cederé!* Se llevó el dorso de una mano a los ojos. Vio docenas de diminutas arrugas cuneiformes que parecían incrustadas en la piel de los nudillos, el vello pálido, la carne rosada de las cicatrices recientes. *¡Soy un humano!*, pensó. Pero, cuando dejó caer la mano sobre la consola, los dedos huesudos le parecieron patas de crustáceo, listas para la carrera.

Sudoroso, Wesson contempló la pantalla. La imagen del extranjero seguía allí. Las miradas se cruzaron. Fue como si hablaran, mente a mente, en una comunicación instantánea que no necesitaba palabras. Había allí una desgarradora dulzura, una disolvente exuberancia de cambio en algo que superaba cualquier dolor... Era como un tironeo, como una invitación.

Wesson se incorporó lentamente, con cuidado, como si no quisiese perder una idea demasiado frágil.

—¡Tía Jane! —dijo, con voz ronca.

Tía Jane carraspeó.

—Tía Jane —dijo Wesson—, he encontrado la solución. —Hizo una pausa, como para ordenar sus pensamientos, y continuó:— *Cuando dos culturas extranjeras se encuentran, la más fuerte ha de transformar a la más débil con amor o con odio. ¿Recuerda? Usted dijo que no entendía. Yo se lo diré. Cuando estos... monstruos... se encontraron con Pigeon en Titán hace cien años, comprendieron que nos encontraríamos de nuevo. Se están extendiendo; están colonizando, como nosotros. No hemos llegado todavía al vuelo interestelar, pero no tardaremos más de*

cien años. *Nos presentaremos allá lejos, donde ellos están.* Y no pueden detenernos. Porque no saben matar, Tía Jane; así son. *Mejores que nosotros.* Mire, son como misioneros, y nosotros como los isleños de los mares del Sur. No matan a sus enemigos. ¡No, no, qué idea bárbara!

Tía Jane trató de decir algo, pero Wesson continuó:

—Escuche. El suero de la longevidad no fue más que un accidente afortunado; pero lo aprovechan todo lo posible. Amablemente, vienen a entregarnos el producto gratis, sin pedirnos nada en cambio. ¿Por qué no? Escuche. Vienen aquí y la impresión del primer contacto les hace sudar ese líquido dorado que tanto necesitamos. Luego, hacia el último mes, el dolor disminuye. ¿Por qué? Porque las dos mentes, la humana y la extranjera, dejan de combatirse. Hay algo que cede, que se ablanda, produciéndose como una especie de fusión, de mezcla. Y ese es el motivo de las bajas humanas en esta operación: los hombres abrumados que salen de aquí ya no pueden hablar el lenguaje humano. ¡Oh! Supongo que son felices, más felices que yo, porque guardan en su interior algo muy grande y maravilloso. Algo que usted y yo ni siquiera podemos comprender. Pero, si los trajeran y los juntaran de nuevo con los extranjeros que vienen aquí, *podrían convivir perfectamente con ellos, porque ya están adaptados.* ¡Eso es lo que ellos buscan!

—Wesson golpeó la consola con el puño.— No por ahora, sino para dentro de cien o doscientos años. Cuando empecemos a viajar a las estrellas, con propósitos de conquista, ya estaremos en realidad conquistados. No por las armas, Tía Jane, no por el odio, sino por el amor. *¡Asqueroso, hediondo, bajo y repugnante amor!*

Tía Jane dijo algo, una larga frase, con una voz aguda, de angustia.

—¿Qué? —preguntó Wesson con irritación. No había entendido ni una sola palabra. Tía Jane permane-

ció muda y Wesson insistió, golpeando la consola con el puño—: ¿Me ha oído, cabeza de hojalata? ¿Qué?

Tía Jane dijo algo más, sin tono en la voz. Esta vez Wesson tampoco entendió nada. Se sintió paralizado. Unas lágrimas tibias le asomaron a los ojos.

—Tía Jane... —murmuró. Recordó algo: *Usted ya está hablando más tiempo que los otros*. ¿Demasiado tarde? ¿Demasiado tarde? Dio media vuelta y corrió al gabinete donde se guardaban los libros de bolsillo. Abrió el primero que encontró.

Las negras letras eran como garabatos en la página, formas retorcidas y diminutas, sin ningún sentido.

Las lágrimas brotaron con más fuerza; no había modo de contenerlas: eran lágrimas de agotamiento, de frustración, de odio. —¡Tía Jane! —gritó.

No hubo repuesta. La cortina de silencio había caído. Wesson era uno de la vanguardia: la de los hombres conquistados, la de quienes convivirían con los hermanos extranjeros, allá lejos, entre las estrellas distantes.

La consola ya no funcionaba más; ya nada funcionaba cuando se deseaba algo. Wesson se sentó bajo la ducha, desnudo, con un tazón de sopa en las manos. En las manos y en los antebrazos le brillaban unas gotas de sudor; el vello pálido se le erizaba en la piel, secándose.

El reflejo plateado del tazón le devolvió una silueta borrosa, el contorno de la sombra de un hombre. No pudo verse la cara.

Dejó el tazón y atravesó la sala, pisando montones de hojas de papel. Las líneas negras en el papel parecían gusanos largos, seres que se arrastraban, mudos. Wesson caminaba tambaleándose, tenía los ojos vidriosos. Torcía de cuando en cuando la cabeza, tratando inútilmente de eludir el dolor.

De pronto, el jefe de la oficina, Gower, se le cruzó en el camino.

—¡Estúpido! —le dijo, con un rostro deformado por la ira—. Se suponía que iría usted hasta el fin, como los demás ¡Mire lo que ha hecho!

—¿Es que no lo he averiguado acaso? —farfulló Wesson, mientras apartaba a aquel hombre como quien aparta una telaraña y sentía más dolor aún. Gimiendo, se tomó la cabeza con las manos y la volvió a uno y otro lado durante un tiempo. Luego, se enderezó y continuó la marcha. El dolor le llegaba en olas, arrastrando a Wesson hacia arriba, a una cresta donde el mundo era violeta y luego gris.

No podía soportar aquello durante mucho tiempo. Algo tendría que estallar.

Se detuvo en el maldito lugar de siempre y golpeó el metal con la palma de la mano; el ruido repercutió en la estructura de la Estación: *rrum, rrum...*

Le respondió un débil eco: *buuum*.

Wesson continuó su tarea, sonriendo, con una sonrisa débil y sin significado. Estaba marcando un compás de espera. Algo iba a suceder.

La puerta de la cocina se abrió bruscamente y Wesson tropezó con una viga. Resbaló en el piso, cayó y quedó tendido bajo el servidor automático.

La presión era demasiado grande: el cloqueante automático se alzó en el aire y las altas paredes se abombaron lentamente...

La Estación se bamboleaba.

Wesson lo sentía en el pecho, las palmas, las rodillas y los codos: el piso fue desplazado un instante y luego volvió a su sitio.

El dolor de cabeza cedió un poco y Wesson intentó levantarse.

Había en la estación un silencio eléctrico. Wesson se incorporó al fin, apoyándose contra una pared. *Cloc*, dijo de pronto el automático, histéricamente; la ventana de paso se abrió, pero no salió nada.

Wesson escuchó, atento. Quería oír algo. ¿Qué?

La Estación saltó sacudiéndolo como un muñeco; la

pared le golpeó la espalda, tembló luego, y se quedó quieta; sin embargo, desde muy lejos, a través de la jaula de metal, llegaba un largo y airado gemido metálico. Los ecos se apagaron poco a poco.

La Estación contenía el aliento. Los innumerables chasquidos y latidos de las paredes cesaron de pronto; en las habitaciones vacías las luces brillaban apenas y el aire parecía estancado, quieto. En la sala, las luces de la consola se apagaban y se encendían, desordenadamente. El agua que había en el tazón, debajo de la ducha, brillaba como si fuera mercurio.

Llegó la tercera sacudida. Wesson se encontró esperando de pronto en cuatro patas, mirando el piso. El ruido que llenaba la habitación fue cediendo gradualmente, en marcha hacia un nuevo silencio: era un ruido resonante, hueco, metálico, que se alejaba, estremeciéndose, por las vigas y las planchas del casco, repiqueteando en remaches y guarniciones, hasta perderse en la nada. Hubo otra vez un silencio de plomo.

El piso saltó de nuevo. El golpe sacudió a Wesson de pies a cabeza.

Segundos después llegó un eco sordo de ese golpe, como si la sacudida hubiera hecho un viaje de ida y vuelta por toda la Estación.

La cama... Apoyándose en las manos y las rodillas Wesson entró en el dormitorio, y se desplazó por un piso curiosamente inclinado, hasta alcanzar el elástico bloque de caucho.

La habitación pareció lanzarse hacia arriba a su alrededor. El bloque se aplastó. Luego, la habitación volvió a su lugar con violencia y Wesson sintió que saltaba sobre el colchón despatarrado. Luego, todo se tranquilizó, con un gruñido metálico, largo y quejoso.

Wesson se apoyó en un codo y pensó de modo incoherente: *Aire, la compuerta del aire*. Otro golpe lo aplastó contra el colchón y le oprimió los pulmones, mientras la habitación danzaba grotescamente, allá arriba. Wesson boqueó tratando de recobrar el

aliento, y sintió que una corriente helada cruzaba el cuarto... Hubo en seguida un olor picante en el aire. ¡*Amoniacol*!, pensó. Y con él llegaba sin duda el inodoro y asfixiante metano.

Los golpes habían abierto una grieta en la celda. La rotura de la membrana sería fatal: la atmósfera del extranjero iba a matarlo.

Wesson se levantó de un salto. La sacudida siguiente le hizo perder el equilibrio y lo arrojó al suelo. Se incorporó otra vez, aturdido y cojeando; pensando todavía: *La compuerta del aire; hay que salir*.

Cuando llegó a mitad de camino en su marcha hacia la puerta, todas las luces del techo se apagaron de golpe. Wesson se sintió como si le hubiesen envuelto la cabeza en una manta. Hacía ya mucho frío en la habitación y el olor acre era más fuerte. Tosiendo se lanzó hacia adelante. El piso se inclinó.

Sólo había luz en los indicadores dorados: el tanque rebosaba en todos los recipientes, un mes antes de la fecha. Wesson se estremeció.

El agua chorreaba por todas partes en el cuarto de baño, silbando entre los azulejos, tamborileando en el recipiente de plástico, bajo la ducha. Las luces se encendieron y volvieron a apagarse. Wesson oyó que el automático cloqueaba y suspiraba en el comedor. Aquel viento helado soplaba con más fuerza; el entumecimiento del frío le invadía todo el cuerpo. Wesson tuvo la impresión repentina de que no estaba en lo alto del cielo, sino muy *abajo*, en el fondo del mar... atrapado en aquella burbuja de acero, mientras la oscuridad avanzaba.

El dolor de cabeza había desaparecido, como si no lo hubiese tenido nunca; Wesson comprendió lo que aquello significaba: allí arriba, el cuerpo enorme colgaba en la oscuridad como la res de un carnicero. Había dejado de luchar con la muerte; el daño estaba hecho. Wesson gritó:

—¡Socorro! ¡El extranjero ha muerto! ¡Ha reven-

tado la Estación y el metano está entrando! ¡Socorro!
¿Me oye, Tía Jane?

Silencio. En la sofocante oscuridad, recordó: *Ya no puede comprenderme. Si es que aún está viva.*

Se volvió, emitiendo un gruñido animal. Recorrió a tientas la habitación y dejó atrás la segunda puerta. Detrás de las paredes, algo goteaba lenta y fríamente, con un siniestro sonido nocturno. Unas cosas menudas le rozaron las piernas. Wesson tocó una suave curva metálica: la compuerta de aire.

Desesperado, se lanzó débilmente contra la puerta. La puerta no se movió. No se movía. El aire frío penetraba por todo el marco, como un delgado cuchillo, pero la puerta misma estaba firmemente trabada.

¡El traje! Debía haberlo pensado antes. Si pudiera respirar un poco de aire puro y calentarse los dedos... Pero la puerta del armario que contenía el traje no se movió tampoco. El techo, sin duda, se había abombado.

Era, pues, el fin. Quedó desconcertado. Ya no había más salidas. Pero *tenía* que haberlas... Golpeó la puerta hasta que los brazos se negaron a obedecerle; sin embargo, la puerta no se movió. Apoyado contra el helado metal, Wesson miró la solitaria luz que parpadeaba en el techo.

La habitación era un tumulto de sombras negras y formas flotantes: las hojas de los libros revoloteaban o volaban, impulsadas por la corriente de aire. Eran bandadas que golpeaban las paredes, se retiraban, y volvían en seguida al ataque; otras volaban por el corredor exterior, girando y girando; podía verlas cuando pasaban por las puertas, como en un sueño; como una corriente blanca de silencioso papel en la oscuridad.

El acre olor era cada vez más fuerte. Wesson, sofocado, fue de nuevo a tientas hasta la consola. La golpeó con la mano abierta: quería ver la Tierra.

Pero, cuando la pantalla se animó, Wesson no vio

la Tierra, sino el cadáver del extranjero. Colgaba inmóvil en la cavidad de la Estación, con los miembros bamboleándose, rígidos, y los ojos apagados, sin luz. La última vuelta de tuerca había sido demasiado para el desdichado, pero Wesson había sobrevivido...

Unos pocos minutos.

En el rostro del extranjero había algo que parecía una mueca burlona; por la mente de Wesson pasó el susurro de un recuerdo: *Hubiéramos podido ser hermanos...* En seguida, apasionadamente, quiso creerlo: quiso ceder, volver, ir hacia atrás... Pero el momento pasó. Pesadamente, se dejó hundir en el amargo presente y pensó con una especie de filoso desafío: *Ya está hecho. El odio gana. Tendrán que suspender esas enormes concesiones; no pueden arriesgarse a que esto suceda de nuevo. Los odiamos por esto... y cuando lleguemos a las estrellas...*

El universo parecía alejarse como nadando en una especie de sopor. Wesson sintió el sacudimiento de un último acceso de tos. Era como si aquello le ocurriera a algún otro.

Las últimas hojas de papel se posaron luego de un revoloteo final. En la asfixiada habitación hubo un largo silencio.

—¡Paul! —dijo de pronto la voz de la mujer mecánica, con un dolor infinito—. ¡Paul! —repitió, con la esperanza del amor perdido, del amor ignorado, del amor imposible.

Título original: *Stranger's Station.*
 Traducción de M. A.

Hijo de un famoso actor shakespeareano, actor él mismo, Fritz Leiber describe en 237 estatuas parlantes, etc. el drama de una ambigua alienación: la alienación de la realidad, la alienación realista entre un padre y un hijo, o entre un hombre y un extraño, y la alienación de un hijo como resolución de complejos analíticos.

237 ESTATUAS PARLANTES, ETC.

Fritz Leiber

Durante los últimos cinco años, ya terminada hacía tiempo su carrera teatral, el famoso actor Francis Legrande había dedicado muchas horas a retratarse a sí mismo en bustos y cabezas de yeso, estatuas de pie, cuadros al óleo, dibujos, estudios fotográficos. La mayoría de estas obras lo mostraba en los papeles que había representado en la escena y en la pantalla. Legrande había sido siempre un artista versátil y los resultados de esta labor eran estéticamente adecuados.

Luego de la muerte de Legrande, su mujer se nombró a sí misma guardiana de los autorretratos junto con otros recuerdos tangibles e intangibles del ilustre difunto. La señora Legrande mantuvo vivas a las estatuas, por así decirlo, o por lo menos les pasaba el plumero, las limpiaba, y hasta las mimaba sacándolas ocasionalmente a tomar aire o cambiándolas de sitio. Había en total 237 efigies, distribuidas en el estudio, en la sala y los dormitorios, y en el jardín.

Legrande tenía un hijo, Francis Legrande II, tan desgraciado e insatisfecho como casi todos los hijos

© 1963, by Mercury Press

de hombres eminentes y universalmente admirados. Luego del colapso de su tercer matrimonio y de su undécimo empleo, el joven Francis —que ya pasaba de los cuarenta— se retiró durante un tiempo a la mansión paterna.

Las relaciones de Francis Legrande II con su madre eran amistosas, pero limitadas. Cada vez que se encontraban cambiaban frases animadas y sonoras, pero al cabo de un tiempo y como por accidente cada uno empezó a recorrer su propia órbita personal.

El joven Francis empinaba a menudo la botella y estaba tratando de dominar este hábito, pero no tenía ningún programa definido para el futuro. La fórmula no lo ayudaba en verdad a calmar los nervios.

Al cabo de seis semanas los autorretratos del padre empezaron a hablarle. Francis II no se sorprendió demasiado, pues desde hacía una semana no habían dejado de seguirlo con los ojos, y durante los últimos dos días lo habían mirado frunciendo el ceño y sonriendo (críticamente, se decía Francis II), con expresión furibunda o amable. Esta mañana, quizá como consecuencia de la bebida de la noche anterior, había ruidos siniestros y casi ininteligibles en el aire.

Francis II estaba solo en el estudio. En verdad estaba solo en la casa, pues su madre se había ido a visitar a una vecina. De pronto oyó un chirrido exasperante, seco, casi como si el yeso estuviese tosiendo o carraspeando. Francis alzó rápidamente los ojos hacia el busto blanco de su padre en el papel de Julio César y vio con claridad que la boca de yeso se entreabría mostrando la punta de una lengua de yeso que corría rápidamente por los labios. Luego...

PADRE: Te irrito, ¿no es cierto? Aunque quizá debiera decir que te irritamos.

HIJO (*sorprendido, pero aceptando rápidamente la situación y decidido a hablar francamente*): Bueno, sí, me irritas. La figura del padre obsesiona casi siem-

pre a los hijos, como te diría cualquier psicólogo. El padre en carne y hueso o el recuerdo del padre. Si ocurre que el padre es un hombre famoso, el hijo se siente aun más intimidado, e inhibido y angustiado. Y si por añadidura el padre deja en este mundo docenas de retratos de él mismo, ejecutados por él mismo, si se empeña en seguir viviendo después de la muerte. . . (Se encoge de hombros.)

PADRE (sonriendo compasivamente desde una pintura en la que aparece como Jesús de Nazaret): En resumen, me odias.

HIJO: Oh, no diría tanto. Yo diría en realidad que me fatigas. Eso de verte todo el tiempo, en todas partes, me aburre de veras.

PADRE (en tinta china, representando al capitán de Strindberg): ¿Tú te aburres? Has estado aquí sólo seis semanas. Qué diría yo que desde hace diez años sólo veo a tu madre.

HIJO (con cierta satisfacción): Siempre pensé que tu afecto y devoción a mamá no eran tan grandes como decías.

PADRE (como Romeo, en un esbozo al pastel): No, hijo, te equivocas, pero. . .

PADRE (un busto de Don Juan, interrumpiendo a Romeo): Pero fue verdaderamente un período de prueba. En esta última década sólo han entrado aquí tres muchachas hermosas y una de ellas recolectaba fondos para una obra de caridad y sólo se quedó cinco minutos. Y ninguna de ellas se desvistió.

PADRE (como Sócrates): Y nosotros éramos tantos para aburrirnos, y tú eras sólo uno. A veces lamento haber puesto tanto entusiasmo en multiplicarme a mí mismo.

HIJO (haciendo una mueca, pues de tanto volver la cabeza de un retrato a otro le duele el cuello): ¡Te lo mereces! ¡Doscientos treinta y siete autorretratos!

PADRE: Cuatrocientos cincuenta en realidad, pero los otros están guardados.

HIJO: ¡Señor! ¿Y también están vivos?

PADRE: Bueno, sí, aunque prisioneros en cierto modo. . . (Se oyen unos gemidos y gruñidos débiles, pero tumultuosos, que vienen de distintas gavetas y armarios.)

HIJO (escapando del estudio, presa del pánico, y disimulando con un tono arrogante y presuntuoso): ¡Qué vanidad colosal! ¡Cuatrocientos cincuenta autorretratos! ¡Qué narcisismo!

PADRE (desde un retrato del rey Lear de tamaño natural que cuelga encima de la chimenea): No creo que fuera vanidad, hijo mío, no del todo. Me pasé la vida maquillándome y disfrazándome. La operación me ocupaba una hora cada vez, y cuando había algo especial, como una barba, hasta una hora. Cuando me retiré de las tablas seguí conservando el hábito de pintarme la cara, de vestirme con trajes de época. Me quité el hábito retratándome a mí mismo. Eso es todo.

HIJO: Una explicación inocente y convincente. No me asombra. Te oí cosas parecidas antes.

PADRE: En un año de actuación yo me maquillaba unas doscientas cincuenta veces. Doscientos treinta y siete autorretratos son menos que un año en el camarín, y cuatrocientos cincuenta menos que dos años.

HIJO: Nunca hubieras podido retratarte tantas veces sin hacer trampa. Trabajaste con fotografías y con máscaras de cera.

PADRE (desde un retrato de Leonardo da Vinci): Hijo, muchos grandes artistas han trampeado de ese modo en los últimos quinientos años.

HIJO: ¡Bueno, bueno!

PADRE (con tono de sinceridad): Reconozco sin embargo que esos autorretratos me permitían revivir mis triunfos y hacerme creer que yo era aún un comediante.

HIJO (cruelmente): Nunca dejaste de ser un comediante, en la escena o fuera de ella.

PADRE (como Moisés): No lo creo. Nunca fui un gran hablador. Nunca fui un hombre dominante y (cáusticamente) nunca vociferé.

HIJO (*mordaz*): Es cierto. Fuera de la escena preferías los papeles tranquilos y no los ampulosos. Tu personaje favorito era el héroe de edad, tremendamente noble, sereno, infalible, fumador de pipa. Un Bruto moderno, un Cristo mundano, un Will Rogers menos folklórico. Pero aun en esas caracterizaciones reprimidas, te las arreglabas para ser siempre la primera figura.

PADRE (*encogiendo unos hombros de tinta china*): Los profanos siempre nos han acusado de actuar constantemente. Como somos capaces de representar una emoción auténtica se cree que somos incapaces de sentirla. Hace tiempo que oímos eso.

HIJO: ¡Y es verdad!

PADRE (*muy bondadosamente desde un retrato de Cyrano de Bergerac*): Hijo mío, pienso que estás celoso de mí.

HIJO (*paseándose de un lado a otro y agitando los brazos*): ¡Claro que lo estoy! ¿Qué hijo no lo estaría? ¡Rodeado, sofocado, aplastado por un padre que personifica todos los grandes hombres que han sido o serán! ¡Todos los grandes sabios! ¡Todos los grandes aventureros! ¡Todos los grandes amantes!

PADRE (*tenebrosamente, desde una cabeza descarnada de Lázaro que emerge de una hoya de yeso*): Pero no hay motivo ahora de que estés celoso de mí, hijo mío. Estoy muerto.

HIJO: ¡No actúas como si estuvieses muerto! Estás vivo doscientas treinta y siete veces... cuatrocientas cincuenta veces si contamos cuatro batallones de reserva. ¡Estás en todas partes!

PADRE (*como Peer Gynt*): Oh, hijo, estos son sólo pobres fantasmas que han despertado un momento de la pesadilla del infierno. Espectros impotentes... (*Todos los retratos gimen confusamente, y se oyen otra vez los murmullos y quejidos de los que están encerrados en la oscuridad.*)

HIJO (*abrumado por otro espasmo de terror escapa*

al jardín cerrando ruidosamente la puerta a sus espaldas): ¡No es cierto! ¡Imágenes todas de tu perfección, maldito seas! Esa miserable perfección que has pulido y repulido toda tu vida.

PADRE (*desde un bajo relieve de Don Quijote en la pared del patio*): Todos los seres humanos se creen perfectos a su modo, aun el más miserable de los canallas, el más miserable de los bobos.

HIJO: No tanto como tú. Tú ensayabas tu perfección delante del espejo. La repetías. Te vigilabas mientras hablabas, mientras te movías y nunca cometiste un error.

PADRE (*incrédulo*): ¿Te he dado esa impresión?

HIJO: ¿Impresión? Dios mío, si supieras cómo recé para que cometieses un error. Sólo uno, sólo una vez. Pero nunca te equivocaste.

PADRE (*moviendo una cabeza de bronce patinado que asoma entre unas hojas*): Nunca sospeché que vieras así las cosas. Es natural que un padre se presente a su hijo con una perfección que no tiene. Admitir las propias debilidades sería casi como alentar al vicio. Quieren que sus hijos sean dóciles en los años de formación. Quizá más tarde sean capaces de tolerar la verdad. Un niño no ve ninguna diferencia entre lo negro y lo gris. El padre tiene el deber de presentarse como el mejor ejemplo posible, aunque eso exija encubrir algunas cosas y trampear un poco, hasta que la inteligencia del niño alcance la madurez.

HIJO: Y como resultado el niño es aplastado por la imagen marmórea de la perfección.

PADRE: Quizá ocurra eso, eventualmente. ¿Quiere decir que no sabías que tu padre era semejante a otros hombres? ¿Que era tan débil como los otros?

HIJO (*alumbrando una esperanza*): ¿Tienes conciencia de lo que dices? Confíes pues... (*Se domina.*) Oh, oh, huelo otras de tus elocuentes explicaciones, blancas como un lirio...

PADRE (*es todavía la cabeza de bronce la que habla,*

la cabeza de Hamlet): ¡No, hijo mío! Mis faltas fueron tantas que más me hubiera valido no haber nacido. Fui orgulloso, vengativo, ambicioso, con más pecados encima que ideas en la cabeza, la imaginación no me alcanzaba para darles forma ni el tiempo para transformarlos en actos. Yo pretendía ser excelso en todo. Era necesario que yo fuera el primero de los comediantes. Mi misma existencia dependía de eso, y tenía celos de todo lo que hacían los demás, hasta de lo que hacías tú. Yo ocultaba mi desprecio de la humanidad tras una máscara de serenidad tolerante, y me costaba mucho, créeme, no dejarla caer. Yo vivía para el aplauso. Me pasé los últimos años lamentando amargamente que amigos mal aconsejados y empresarios codiciosos no me obligaran a dejar el retiro y a recorrer el país en temporadas de despedida. Torturaba a tu madre corriendo detrás de las mujeres y me torturaba a mí mismo al descubrir que yo era capaz de ceder a la tentación...

HIJO: ¿Qué? ¿Nunca?

PADRE: Bueno, casi nunca.

HIJO: ¡Papá! ¡Es increíble!

PADRE (*modestamente*): Qué quieres, inspirado por mis grandes personajes me elevaba a veces por encima de mí mismo. Se me pegaba algo de ellos.

HIJO (*casi sin aliento*): Esto cambia la perspectiva de todo. ¡Qué alivio! Papá, me siento realmente feliz. (*Se ríe, un poco históricamente.*)

PADRE: Aguarda, hijo, hice algo peor. Asistí al debilitamiento de la personalidad de tu madre. Vi cómo se convertía en un mero accesorio, y dejé que ocurriera simplemente porque eso me simplificaba la vida. Vi que tambaleabas bajo el peso de la angustia y nunca traté de acercarme a ti y decirte la verdad acerca de mí mismo, lo que podía haberte ayudado. Pero esto hubiera sido difícil e incómodo, y además...

HIJO (*preocupado*): Bueno, papá, me parece que exageras. No debes acusarte de...

PADRE (*ignorando este movimiento de simpatía*): ... y además yo me complacía en tu boquiabierto y amargada admiración. ¡Eras un auditorio tan crédulo! Y al fin, en mis últimos años, en vez de volverme hacia los demás, viví sólo para los retratos. Me volqué en ellos, les infundí toda mi potencia vital, y ahora vivo en ellos, como en un infierno solitario que yo mismo he creado. Ser testigos de las consecuencias de sus actos, y sufrir a veces esas consecuencias, tal es el castigo de los hombres. Pero ser testigo permanente desde doscientos treinta y siete puntos de vista, y estar imposibilitado de actuar, aun de hacer un comentario, sin el beneficio de un instante de olvido, un instante de nirvana... (*Un gruñido fantasmal.*) ¡Diez años! ¡Tres mil seiscientos interminables crepúsculos! Tres mil seiscientas madrugadas vacías. Ver morir esta casa y este jardín. Ver a tu madre que iba de un lado a otro perdida en sus recuerdos y en un bric-à-brac sentimental. Ver cómo tú perdías la vida como yo la perdí, pero en tu caso antes de haberla vivido. Verte entregado al alcohol. Observar el pudrimiento del alma, la muerte por inanición sin que se me escapara ningún detalle repugnante...

HIJO (*irritado otra vez a pesar de sí mismo, y de nuevo bastante asustado*): Bueno, ya me cansas con tus quejas. Sólo tú tienes la culpa de que estés aquí doscientos treinta y siete veces. Otro hombre se hubiese contentado con un solo infierno. No puedo ayudarte.

PADRE (*desde una cabeza de Mefistófeles que sonríe diabólicamente, entre unos matorrales, y frente a Hamlet*): ¡Sí! Puedes ayudarme. Destruyémos, quémanos, fúndenos. Danos el olvido. ¡Aplástanos!

HIJO (*entra corriendo en la casa en parte a buscar el atizador de la chimenea, en parte porque los retratos parlantes allí son menos inquietantes que los del jardín*): ¡Dios mío, me gustaría de veras! Cuántas veces me pareció esta casa un viejo museo polvoriento, el catafalco de la vanidad de un hombre.

PADRE (*a coro*): ¡Golpea!

HIJO (*titubea, blandiendo el atizador*): Pero pensarán que estoy loco. Creerán que mi envidia se ha transformado en psicosis. Me encerrarán probablemente.

PADRE (*otra vez como Leonardo*): ¡Tonterías! Dirán solamente que has librado al mundo de unos espantajos de aficionado. ¡Demuélenos!

HIJO (*volviendo a la discusión*): Espantajos es un término algo excesivo. No son obras tan malas, ciertamente.

PADRE (*complacido*): ¿Crees que mi obra tiene cualidades profesionales perdurables?

HIJO (*frunciendo el ceño*): No. Eso sería igualmente exagerado, en el otro sentido.

PADRE: ¡Destruyémos!

HIJO (*alza el atizador, pero titubea otra vez*): Hay algo más: mamá no me lo perdonaría.

PADRE: ¡No metas a tu madre en esto!

HIJO: ¿Por qué no? Al fin y al cabo, si estás buscando el olvido desde hace diez años, ¿por qué no le pediste que te destruyera? ¿O que te guardara en algún sitio por lo menos, donde pudieses disfrutar de algo parecido al olvido? O darte a gentes que acabarían contigo o que podrían procurarte otros ambientes y una vida espectral más interesante.

PADRE: Hijo, nunca he logrado que tu madre entendiera estas cosas. En verdad, cuanto más se adaptaba a mí, menos contacto había entre nosotros. Estaba tan cerca de mí y a la vez tan fuera de mi alcance como... como mi vesícula biliar. Traté de hablarle, pero ella no me oyó. No creo que ni siquiera vea ya mis retratos. No tiene de mí sino una imagen, la que ella misma se ha creado. Pero tú en cambio, ¡tú me oyes! Y yo ahora te lo ordeno: ¡aplástanos!

PADRE (*una cabeza de yeso de Don Juan que habla desde el estudio*): Piensa en el amante ardiente e im-

petuoso prisionero de la estatua rígida y helada que invita a cenar ¡Tres muchachas vislumbradas apenas en diez años! ¡Aplástanos!

PADRE (*desde el óleo de Leonardo*): Siempre le tuviste miedo a la acción. ¡Yo no! Traté siempre de expresarme, aun en estos autorretratos miserables. Ahora es tu turno, y tu oportunidad. ¡Aplástanos!

PADRE (*como Per Gynt*): Échame al horno. Quéname. Fúndeme.

PADRE (*como Beethoven*): ¡Produce un saludable acorde disonante!

PADRE (*como Jean Valjean*): ¡Derriba los muros de la prisión!

PADRE (*como San Juan*): ¡Desencadena el Apocalipsis!

PADRE (*un coro apagado de fotografías*): Rompe los vidrios, desgárranos, quémalos. ¡Destruyémos!

PADRE (*a la voz de los doscientos treinta y siete retratos se le unen los gemidos de los prisioneros*): ¡Aplástanos!

HIJO (*alza el atizador una tercera vez, y en seguida sonriendo lo deja caer*): No. No permitiré que unos viejos retratos me perturben, aunque sean retratos que hablan. ¿Cambiaría yo acaso, si los destruyera? ¿Y por qué dejaré que un padre muerto me intimide, aunque sobreviva en las sombras? Es ridículo.

PADRE (*una vez más como el rey Lear*): ¿No nos tienes respeto? ¿Los acontecimientos te han dejado indiferente? ¿No sientes, por lo menos, un terror sobrenatural?

HIJO (*meneando la cabeza*): No. Pienso que todo esto es el residuo de mi borrachera de ayer, que habla ahora con acento psicópata, con doscientos treinta y siete acentos psicópatas. Y si realmente eres tú, papá, que me hablas de algún modo, desde alguna parte, sé que no quieres hacerme mal y no tengo miedo. Te diré algo más, sinceramente: no creo que quieras ser destruido, ni aun en efigie... o efigies. Se me ocurre

que has estado descargándote de un peso que sentías en el pecho, descargándote de tu aburrimiento sobre todo.

PADRE (*como Peer Gynt, sonriendo con una expresión inescrutable, quizá de alivio, quizá de triunfo, quizá de resignación*): Bueno, si no te atreves a destruirnos, anima por lo menos esta vieja casa, anima tu vida.

HIJO (*asintiendo con un movimiento de cabeza*): Es una idea. Muy bien, papá, lo pensaré.

PADRE: Si no tomas la iniciativa, y moderas tus hábitos de la bebida también, empezaremos a hablar otra vez alguna mañana o alguna noche y no de un modo tan agradable y razonable. Haz entrar el aire en esta casa.

HIJO (*seriamente*): Lo recordaré, papá.

PADRE (*como Don Juan, desde el estudio*): Invita a algunas... (*La voz se interrumpe bruscamente.*)

Francis II mira alrededor, los retratos. Todos han enmudecido de pronto. No advierte ningún cambio en las facciones. Se abre la puerta de calle y entra la señora Legrande, excitada, con una carta en la mano.

MADRE: Francis, acabo de recibir un pedido interesantísimo. El colegio de señoritas de Merrivale desea adquirir un busto de tu padre, para la biblioteca o el vestíbulo. Me parece que debiéramos aceptar. Si estás de acuerdo, por supuesto.

HIJO (*removiendo afectadamente las cenizas de la chimenea con el atizador que aún tiene en la mano*): ¿Por qué no? (*Inspirado de pronto, y astuto.*) ¿Qué te parece la cabeza de Hamlet?

MADRE: De ningún modo. Es su obra maestra. Además está enclavada en la columna del jardín.

HIJO: Bueno, el Lear entonces.

MADRE: Tampoco. Mi pieza favorita. Además es una pintura, no un busto.

HIJO (*echando el anzuelo*): Bueno, se me ocurre que podrías darles... No, no vale mucho.

MADRE (*tiesa de pronto*): ¿Qué no vale mucho?

HIJO (*como de mala gana*): Iba a decir el busto de Don Juan, pero...

MADRE: Una obra excelente, y una elección muy oportuna en estas circunstancias.

HIJO: Quizá tengas razón, mamá. En todo caso me fío de tu juicio.

MADRE: Gracias, Francis. Nunca di antes una de las estatuas, pero me parece que ha llegado la hora de empezar. Escribiré al colegio de señoritas de Merrivale que les mandaré el busto de Don Juan (*Va hacia la salida.*)

HIJO: Verás que esto te hará feliz, mamá. Y papá también se sentirá feliz.

MADRE (*deteniéndose en el umbral*): ¿Qué te ha pasado, Francis? Eras siempre tan cínico en estas cuestiones...

HIJO (*encogiéndose de hombros*): No sé. Estaré creciendo, quizá.

La madre sale y Francis II sonríe y se vuelve de pronto hacia el retrato de Peer Gynt. Le había parecido que la efigie guiñaba un ojo. Pero el rostro pintado no se mueve ahora. Francis Legrande II sigue sonriendo y en la biblioteca alguien tararea en voz baja una melodía de Don Giovanni.

Titulo original: 237 talking statues, etc.
Traducción de F. A.

Aandahl, nativo de Colorado, vendió su primer cuento a Ellery Queen's Magazine en 1960 —tenía entonces diecisiete años— y poco después publicaba en Fantasy and Science Fiction, New World Writing y Playboy. Se interesa en el ajedrez, el folklore, la filosofía y es un buen dibujante.

UNA CORONA DE FUMARIA FÉTIDA

Vance Aandahl

Alston Piedmont Oliver III era uno de los pocos sobrevivientes, aunque se llevaría a la tumba las cicatrices amarillas y azules de la peste. Antes había sido siempre un hombre de modales apacibles. ("Debe de ser empleado de banco", decían de él; o "Un clérigo, me parece".) Era delgado, casi esquelético, y se ocultaba detrás de unos lentes octogonales, de armazón de metal, y de un bigote de cepillo de dientes, y vestía un amplio abrigo de piel de foca, con desgastados botones de narval. Quienes lo conocieron un poco (ninguno lo conoció bien) reían, entre dientes, cuando oían su nombre, se tocaban la sien con el índice y lo descalificaban como "rata de biblioteca". Llevaba en verdad una vida retraída, y si había hecho alguna vez otra cosa que leer o pasear, nadie podía saberlo.

Quizá este mismo retraimiento lo salvó de la muerte. Mientras otros agonizaban en las calles, Alston Piedmont Oliver III, a salvo en un impoluto sillón, hojeaba una nueva edición de Lovecraft, alimentándose con queso y galleta. Ocasionalmente, sin duda,

se acercaba a la ventana del cuarto, observaba una o dos escenas del drama de la muerte, en aquel otro mundo, y entornaba los ojos pesarosos y enigmáticos y fruncía los labios mordisqueando el tallo de un añoso escaramujo. Otras veces, como puede imaginarse, un estrépito que venía del pasillo alteraba momentáneamente esa seguridad, pero, por supuesto, Alston Piedmont Oliver III nunca abría la puerta al perturbado aliento de los moribundos.

—¿Qué son para mí? —debió de haberse dicho entonces—. ¿Y qué soy para ellos?

Aficionado a la soledad, nunca le había importado ser parte de la multitud humana. Los otros nunca habían mostrado ningún interés, ni la inteligencia y la sensibilidad suficientes para compartir las particulares preocupaciones de Alston Piedmont Oliver III. No tenía ningún deseo —y ciertamente ninguna necesidad— de tenderles la mano.

Durante la tercera semana se sintió afiebrado y pasó cinco noches de tormento físico y mental, revolviéndose en una cama húmeda y ardiente, preguntándose si sucumbía o no a los estragos de la plaga. Sin embargo, la enfermedad fue tan benigna como él mismo. En la mañana del quinto día la fiebre desapareció en busca de una víctima más propicia, dejándole en el lado izquierdo de la cara las características manchas de neón, y el bigote completamente blanco. En todo lo demás era el mismo Alston Piedmont Oliver III de siempre. Se sirvió una ensalada de coles rojas y una sopa juliana, se dio un prolongado baño caliente, se puso la bata rosada, su favorita, y se instaló en el sillón con un ejemplar de *El rey Lear* y una ensalada de apio al alcance de la mano.

La enfermedad había interrumpido su cuádragesima lectura de la obra. Durante mucho tiempo había seguido anualmente a Lear desde su abdicación a la corona de oro, a lo largo de su purificación en la tempestad, hasta su salvación espiritual en las playas

de Dover, coronado nuevamente de flores silvestres. Alston Piedmont Oliver III leyó otra vez aquellas dulcísimas palabras que expresaban la consternación de la angelical Cordelia:

“Ay, es él; está aun ahora tan loco como el proceloso mar, y canta en voz alta, coronado de fumarias fétidas y malezas, bardanas, cicuta, ortigas, cizaña y todas las inútiles hierbas que medran entre los granos de nuestro sustento. Que vaya por él un destacamento y lo busque en el más recóndito de los trigales y lo traiga a nuestra presencia.”

Acabó de leer y tuvo entonces aquellos raros pensamientos. Abrió los ojos, y contempló el Goya familiar en la pared de enfrente; pero la lámina ya no le era familiar y la mente le zumbaba de sorpresa y asombro. Miró luego el viejo felpudo a sus pies. Era como si nunca hubiera visto antes a ese viejo amigo. Lo mismo le pasó con la lámpara barroca, la jaula vacía (Lear, el papagayo, ya había muerto hacía años y nunca había sido reemplazado), la estatua de pelitre, de Apolo, el polvoriento armario de teca, donde guardaba tantas reliquias. Todo le parecía extraño, admirable. Se miró entonces las manos: nunca había visto esas manos, no hasta ese momento. Apenas si eran suyas. Nada era suyo. Él mismo no era nada.

Luego, tan repentinamente como había llegado, su asombro dejó sitio a la excitación. Tenía que salir, tenía que descubrir de nuevo el mundo, tenía que ver, oír, oler, gustar, tocar, un universo extraño. Tenía que saciarse con él, manifestarse en su novedad, medrar en su suelo virgen y generoso.

Era un mundo enloquecido. Arriba, las nubes re-tumbaban una tras otra y vaciaban su bilis sobre la tierra. El rayo restallaba y desgarraba los árboles. Un viento helado azotaba los pesados pliegues del abrigo de piel de foca de Alston Piedmont Oliver III, entumeciendo las piernas delgadas. Se apoyó en una desvencijada lata de desperdicios, casi engeguado por

la tormenta, tratando de quitarse el hielo de los cristales de los lentes. Los abalorios de la escarcha le aguijoneaban la cara y se le pegaban al bigote y al pelo.

Avanzando a tumbos por la calle fangosa, buscó a tientas el cuello del abrigo, tratando de cubrirse la cabeza. Se detuvo junto al refugio de un poste telefónico y se frotó furiosamente las manos mientras se sonaba la nariz sobre una manga helada. Luego miró hacia abajo. Acurrucado contra el albañal, tan gris y azul que hasta parecía ser una mera prolongación del cemento, un anciano semidesnudo le sonreía como un demente.

—¿Quién eres? ¿Quién eres? —gritó Oliver, muy excitado.

El anciano se rió y deslizó una mano sarmentosa por las llagas que le cubrían el pecho. Luego gruñó a su vez: —¿Quién eres? ¿Quién eres? —Un tenue hilo de saliva le colgó de la comisura de la boca, como un yo-yo, bajó y se heló en el cemento. Miró fijamente a Oliver, luego a la nada, mientras rodaba lentamente y caía de bruces, en la inmundicia del albañal.

Alston Piedmont Oliver III se alejó de prisa, salpicándose de barro el abrigo y la cara. Tropezó con el tobillo de un cadáver congelado, y resbaló en el hielo, hasta una boca de agua.

—Los lentes, ¡he perdido los lentes! —Metió las manos en el agua sucia, en una inútil búsqueda y al fin tocó un vidrio, hecho trizas. Se llevó a un ojo un pedazo inservible, gruñó una blasfemia y se puso de pie otra vez.

—¿Qué haré ahora? ¡Estoy ciego! ¡Ciego!

Dio media vuelta, apoyado en un pie, y miró hacia atrás por donde había venido. Nada más que una bruma gris. Nada más que la nada.

Caminó arrastrando los pies a lo largo de la acera durante un tiempo que le pareció interminable, tra-

Oliver tosió e inclinó la cabeza a un lado, perplejo y apenado. No sabía qué decir. Se le movieron los labios.

—¿Quién soy?

—Eres un hombre, tonto. ¿No lo sabes?

—¿Un hombre?

—¡Sí! —chilló la niña con una risa infantil. Luego miró a Oliver seriamente—. ¿Pero por qué no te gustan tus flores?

—¡No son *mis* flores! Son *tus* flores! ¡Te las di!

—Me gustan muchísimo.

Callaron, largo rato, mirándose. Luego la niña sonrió y se acurrucó para dormir. Al cabo de un tiempo, Oliver la cubrió con su abrigo y se quedó sentado junto a ella, todo el día, hasta que la niña murió. Entonces la alzó en brazos y la llevó al medio del jardín. Cavó de rodillas una fosa en la tierra húmeda, con las manos. Cubrió el cuerpo de la niña, primero con tierra y después con flores. Se quedó sentado allí un tiempo, a veces tocándose la corona de hojas que tenía en la cabeza, a veces poniendo la mano en la tierra removida.

Título original: *A crown of rank fumaria.*

Traducción de G. B.

Juan G. Atienza vive en Madrid y es quizá el primer autor de lengua española que ha publicado relatos ortodoxos de ficción científica en revistas literarias de la corriente principal: Insula y la Revista de Occidente. Muy arriba, muy adentro es parte de un próximo volumen titulado Fuegos fatuos en la luna.

MUY ARRIBA, MUY ADEENTRO

Juan G. Atienza

Listo, piloto... Listo, piloto... Transmite mientras puedas. Base a piloto. Base a piloto... No te oímos, ¿Todo OK?... Cambio.

Todo O.K., sí, todo O.K... no puede ser de otro modo, me habéis enseñado a resistir sin inmutarme una aceleración de 10 g y a manejar sin la mínima duda todos, absolutamente todos los resortes y aparatos de la nave, desde el computador más pequeño hasta los cohetes iónicos que tendré que poner en funcionamiento dentro de unos instantes, cuando esté en órbita en torno a la Tierra y lo suficientemente lejos para que los chorros de energía no constituyan un peligro para vosotros... Todo O.K., sí, todo marcha O.K...

—Piloto a base, piloto a base... sin novedad, no hay fallas mecánicas, he alcanzado la altura prevista, menos seis mil metros. Estoy en órbita helicoidal... Menos cinco mil quinientos...

Menos, menos, menos, la aguja se acerca al punto cero y, cuando lo haya alcanzado, no hay duda, habrá

© 1966 by Juan G. Atienza

que oprimir el botón rojo y la nave y los computadores harán lo demás sin intervención mía a partir de este instante, sin intervención de la base, sin intervención de nada que no sea su memoria mecánica y sin fallas, para seguir mandándome hacia arriba, en... ¿cómo lo dirán los periódicos mañana? Sí: *La primera distorsión del espacio-tiempo, la primera experiencia humana del viaje superlumínico interestelar*, grandes titulares de media página en siete millones de periódicos de todo el planeta que está quedando a mis espaldas...

—Menos cuatro mil quinientos...

...cada vez más pequeño, más sin importancia, la Tierra sin importancia, sólo mi nave tiene importancia en medio de las estrellas y hacia ellas, ¿hasta cuándo?, programa previsto, programa previsto no caben preguntas, aunque uno siente tentaciones de hacérselas, porque una cosa es calcularlo todo sobre el papel, con la ayuda de la i, be, eme y otra vez el cielo negro negro negro a través de la escotilla...

—Menos dos mil...

...y saber que las estrellas mandan su luz hacia mí a trescientos mil kilómetros por segundo y que yo voy a ir hacia ellas a esa misma velocidad por lo menos, o mayor, con todo el espacio que me rodea, hasta que se alcance el ¿punto previsto? y ¿regresar? ¿habrá regreso? tiene que haber regreso, está previsto también, todo está previsto, no ha habido accidentes hasta ahora, únicamente aquel ¿cómo se llamaba? ya no me acuerdo, muy viejo, aquel a quien al principio de todo le cayó un espejo y le dio en la sien y lo dejó K.O.

—Menos mil... menos quinientos... Menos cien... Cincuenta, veinte, diez-nueve-ocho-siete-seis-cinco-cuatro-tres-dos-uno-¡CERO!

El silencio. La nave ha interrumpido su ascenso. Estoy en órbita en medio de las estrellas, con la Tierra allá abajo, en algún lugar que no quiero ver.

—Gravedad cero...

Floto, flotaría si las correas no me mantuvieran fijo a mi asiento de la nave. El botón. Rojo. Rojo. El sol escondiéndose por detrás del lago. El lago. Isabel y yo. Acta matrimonial. Automóvil, risas, feliz. Isabel me espera. He oído su voz, hace apenas un minuto. Un minuto o un siglo.

—Cambio...

—Base a piloto, Base a piloto. Preparado... Listo para lanzamiento. ¿Listo? Cambio.

—Listo...

Botón rojo. Botón rojo y hacia las estrellas, más veloz que la luz que me llega de ellas. Un año-luz, un día-luz y volver y haber pasado cinco días o más en la tierra y encontrar a Isabel cinco días más vieja.

—Atento, piloto. Atento, piloto. Últimas instrucciones. Atención. Recuerda de nuevo, cuando enciendas los motores iónicos, se cortará la comunicación. No podrás escucharnos, recuerda, no podrás escucharnos...

...porque mi velocidad ¿velocidad? será superior a la de las ondas de los transmisores t-r-e-s-c-i-e-n-t-o-s-m-i-l-k-i-l-ó-m-e-t-r

-o-s-p-o-r-s-e-g-u-n-d

-o velocidad, pero yo sí podré transmitir, aunque mi voz llegue hasta vosotros Isabel cuando yo ¿yo? esté al otro lado del espacio y del tiempo volviendo el calcetín del cielo —lo decía el comodoro, calcetín— del revés, volviéndome yo mismo del revés...

—...transmite tú, no dejes de transmitir mientras puedas, no dejes de transmitir mientras puedas. Recuerda: cada palabra, cada sonido que llegue de ti es precioso, di cuanto se te ocurra, cuanto sientas, cuanto veas, cuéntalo todo... diez... nueve... ocho...

—¡Cero!... ¡Contacto!... ¡Corto!

Cuenta atrás hasta...

—Contacto.

Botón. Rojo.

Pero la nave resiste, es el único rincón, el último del Universo donde aún cabe vivir, vivir, vivir, es mi mundo, mi todo, y todo el resto es NADA NADA, NADA.)

Sed hambre visión de alguien que ríe papá y de alguien que me da de comer mamá comer sed hambre frío ruidos se contraen los ojos alegría descubrir mis miembros tengo miembros tengo manos que saben agarrar un dedo fuerte fuerte río hambre sed ropa huele a limpio río río río sueño...

(No debo dormirme, dormirme y morir es lo mismo. Está todo delante de mí, tengo que aguantar cuando pueda, tengo que transmitir, están esperando mi transmisión desde la base, ¿qué base? ¿Hay una base en algún lugar del Infinito? ¿Hay algo más que yo mismo flotando en la Nada dentro de la cápsula? Están esperando mi transmisión, están esperando, será la única prueba que tendrán de que sigo vivo, si es que sucede realmente eso. ¡No quiero morir!... ¡No quiero morir! Tengo que transmitir, para que sepan que no he muerto, que vivo dentro de la nave, dentro, dentro, en mi mundo, en el único mundo que existe.)

Caliente caliente caliente tibio paz algo llega a través de las paredes como una vibración como un sonido lejano lejano pero aquí estoy seguro rodeado de una luz roja muy tenue viviendo de lo que ella me da alimentándome y alimentándose por mí y para mí y yo encogido muy pequeño pequeño no quiero crecer quiero siempre estar aquí dentro calentito seguro seguro no hay nada fuera de esto nada nada nada nada nada nada...

~M-a-m-á... M-a-m-á...

El uruguayo José Pedro Díaz ha escrito ensayos sobre la poesía de Bécquer, las narraciones de Felisberto Hernández, una novela (Los fuegos de San Telmo) y una serie de relatos emparentados de algún modo con la ciencia-ficción. Estos "ejercicios" son parte de un libro compuesto e impreso por él mismo y su mujer: Amanda Berenguer.

EJERCICIOS ANTROPOLÓGICOS

José Pedro Díaz

DESCRIPCIÓN

Algunas antiguas descripciones indican que tiene bordes, y en realidad es difícil concebirlo de otro modo, pero yo no sólo no los pude ver, sino que sentía que no podía tenerlos. Los antiguos relatos insisten también en indicar su oscuridad, y eso no es menos extraño, porque casi lo único que puedo decir —además de señalar mi espanto; pero esto sólo es un dato subjetivo—, es que yo veía, y precisamente veía en medio de lo oscuro: es lo oscuro mismo lo que veía. También es contradictorio indicar lo que allí vi, o mejor la forma que tenía —y eso aparte de la contradicción primera de haber visto lo oscuro—, porque si tuviera que describirlo diría que tenía la forma inagotable de lo informe. Y no se crea que esto es simplemente una manera de hablar; no quiero decir: algo informe, porque era la precisa visión de lo informe. Diré que advertía hebras, filamentos, jirones abriéndose en permanente movimiento de desintegración.

conseguí explicarles el sentido de esa afirmación, ellos rechazaron claramente la posibilidad de que pudiera serles aplicada. Más recientemente empezó a darse la importancia que corresponde a una palabra con la que ellos mismos designan el conjunto de sus actividades inteligentes. Esperemos que ello irá disipando esos errores. Es sabido que los caracteriza un desarrollo científico excepcionalmente avanzado. No es un secreto para nadie que podemos esperar de ellos aportes técnicos que, de poder ser asimilados por nosotros, revolucionarían grandemente nuestra vida práctica y aun nuestra vida social. Y bien, esta actividad científica ellos la incluyen —y de manera principalísima— en el orden de cosas que designan con esa palabra. Para ella propuse yo —luego de discutir el punto convenientemente con ellos— la traducción de *teoría del sueño*. Como ya indiqué en otros informes no es una traducción literal, sino que ella misma es, en cierto modo, metafórica, y ello no puede ser de otro modo ya que el lenguaje (por así llamarle) que emplean no admite, como es notorio, una trasposición directa de sus términos a los nuestros. Por eso indiqué también, como otra posible traducción, la que nos ofrece la palabra *invenciones*.

Más tarde descubrí que hay otra expresión que es hasta cierto punto equivalente; o mejor dicho: que designa lo mismo pero considerado desde otro ángulo. Es una expresión que se puede traducir por *red*, *mallas* o *entramado*. Tiene muchas aplicaciones. Así ellos se designan a sí mismos como el *espacio de algunos nudos de la red*, y nuestro yo quedaría expresado así: *mis cuadrículas del entramado*. Creo interesante aclarar que se definen como si no tuvieran límites precisos ni otra consistencia que la de esa red metafórica. Y cuando yo quise saber de qué red se trataba me dijeron aquella misma palabra que yo traduje como *teoría de los sueños* y como *invenciones*, y que también designa *la que es*.

Lo más desconcertante —y esto sólo puedo escribirlo aquí: se advertirá que no hice constar el hecho que voy a consignar en otros informes míos destinados a la publicación— es que mi relación con ellos se ve considerablemente dificultada por la actitud que tienen para conmigo. No puedo decir que no sean cordiales. A su modo lo son. Pero a veces... me es difícil explicarlo; yo diría que me olvidan. Entonces nuestra relación se interrumpe, casi siempre del modo más inesperado. Y la verdad es que entonces no podría ya afirmar nada, ni siquiera que no estoy con ellos. Cuando recupero la relación siento que dejó detrás de mí —¿me atreveré a decir, más subjetivamente, que también dentro de mí?— un vacío, un espacio que debo calificar de tenue pero sin duda también de... horrible. Sobre esto último estoy dispuesto a dar verbalmente más informes y también estoy dispuesto, desde luego, a hacerme reconocer por un analista. (En cierto modo lo desearía.)

Otra cosa puedo también adelantar que creo de interés: no pude establecer, a pesar de mis largos esfuerzos en ese sentido, un solo elemento, en el vocabulario que usan o en sus signos, que pueda corresponder estrictamente a lo que en nuestro idioma se designa como lo real. Eso tiene sin duda un matiz inquietante para mí, sobre todo cuando se los ha visto bien, como los vi yo mismo, inclinados tan fervorosamente sobre sus aparatos de observación y medición. Puede ser que este fracaso en mi búsqueda dependa también de esos olvidos a que me referí, porque debo decir que para mí era claro que aunque los que se olvidaban eran ellos, el que desaparecía era yo. Sobre este hecho he meditado mucho, pero en relación con este punto preferiría exponer mi pensamiento oralmente ante ustedes.

Brian W. Aldiss, uno de los mayores maestros del género, nació en Inglaterra, luchó en la segunda guerra mundial, y luego vendió libros durante ocho años. La crítica ha comparado sus obras con las de William Golding y Philip Wylie. Invernáculo describe un mundo —en el lejano futuro— invadido por una desmesurada vida vegetal.

INVERNÁCULO

Brian W. Aldiss

*Mi amor vegetal ha de crecer más vasto
que los imperios y también más tarde.*

ANDREW MARVELL

I

El calor, la luz y la humedad eran constantes y lo habían sido desde hacía... Pero ya nadie sabía desde cuando. A nadie le interesaban las preguntas que comienzan "¿Desde cuándo...?" o "¿Por qué...?" Ya no era un lugar para el pensamiento. Era un lugar para la vegetación, para vegetales: un invernáculo.

A la verdosa luz, algunos de los niños habían salido a jugar. Preparados para afrontar a cualquier enemigo, corrieron por la rama, llamándose con voces quedas. Subía por un costado, en rápido crecimiento, un bayescobón: una brillante masa escarlata de bayas pegajosas. Estaba concentrado, evidentemente, en propagar su propia semilla y no era un peligro. Los niños se deslizaron junto a él. Un poco

más allá, había brotado durante el período de sueño del grupo un musgortiga. La planta se movió sintiendo la presencia de los niños.

—Mátenlo —ordenó Toy simplemente.

Toy era una niña de diez años que estaba al frente del grupo. Los otros obedecieron. Desenvainaron los palos que llevaban todos, imitando a los adultos, y rasparon el musgortiga. Lo rasparon y lo golpearon. Se fueron excitados mientras golpeaban la planta, y le aplastaban las agujas venenosas.

De pronto, Clat cayó hacia adelante. Sólo tenía cinco años; era la más joven del grupo de niños. Las manos se le hundieron en la masa venenosa. Lanzó un grito y rodó a un costado. Los otros niños gritaron también.

Mientras se debatía para salir de allí, la pequeña Clat gritó de nuevo. Trató de aferrar la corteza áspera, y perdió el equilibrio.

Los niños la vieron caer sobre una gran hoja que se extendía debajo, a varios largos de donde estaban. La chiquilla se sujetó a la hoja y quedó tendida allí, temblando en el trémulo verdor.

—Busca a Lily-yo —ordenó Toy a Gren.

El niño volvió sobre sus pasos a lo largo de la rama, en busca de Lily-yo. Una moscatigre salió del aire y se abalanzó sobre Gren, zumbando, furiosa. Gren la apartó de un manotazo, sin detenerse. Tenía nueve años y era un raro niño-hombre, muy valiente ya, ligero y orgulloso. Corrió ágilmente hasta la cabaña de la mujer jefe.

Bajo la rama, adheridas a la cara inferior, colgaban dieciocho nueces-vivienda. Habían sido vaciadas y pegadas en su sitio con la cola que destilaba la planta acetaceite. Era allí donde vivían los dieciocho miembros del grupo, cada uno en su cabaña: la mujer jefe, las cinco mujeres, el hombre y los once niños.

Al oír el grito de Gren, Lily-yo salió de la nuez-vivienda, trepó por una cuerda y llegó a la rama, junto al chico.

—¡Clat se cae! —gritó Gren.

Con su palo, Lily-yo golpeó fuertemente en la rama antes de salir corriendo con el chico detrás.

La señal puso en movimiento a los otros seis adultos, las mujeres, Flor, Daphe, Hy, Ivin y Jury y el hombre Haris. Se apresuraron a salir de las nueces-vivienda, con las armas preparadas, listos para el ataque o la huida.

Sin dejar de correr, Lily-yo lanzó un silbido agudo. Inmediatamente, un torpón salió del espeso follaje vecino, y voló hasta el hombro de Lily-yo.

El torpón voló en círculos; era una especie de quitasol algodónoso; las varillas regulaban la dirección del vuelo. Seguía los movimientos de la mujer jefe.

Cuando Lily-yo se detuvo para observar a Clat, todavía despatarrada sobre su hoja, allí abajo, los niños y los adultos se congregaron alrededor.

—¡Quieta, Clat! ¡No te muevas! —gritó Lily-yo—. Bajaré a recogerte.

La niña obedeció, aunque sentía dolor y miedo. Lily-yo montó a horcajadas sobre la ganchuda base del torpón, al que silbó suavemente. Era la única del grupo que había dominado el arte de gobernar a los torpones. Estos torpones eran esporas semisensibles del silbocardo. Los extremos de las varillas plumosas llevaban simientes, de una forma rara, a las que una leve brisa convertía en oídos, atentos a cualquier movimiento del aire que favoreciera la propagación. Los humanos, después de largos años de práctica, habían logrado aprovechar estos toscos oídos para sus propios fines y decisiones, como Lily-yo en ese momento.

El torpón descendió, llevándola hacia la niña indefensa. Clat, tendida de espaldas, la observaba esperanzada. Estaba aún mirando hacia arriba cuando unos dientes verdes asomaron en la hoja y cercaron a la niña.

—¡Salta, Clat! —gritó Lily-yo.

La niña apenas tuvo tiempo de arrodillarse. Los vegetales rapaces no son tan rápidos como los humanos. Los dientes verdes se cerraron y apretaron a la niña por la cintura.

Bajo la hoja, un trampón había cambiado de posición, sintiendo la presencia de la presa a través de la capa delgada del follaje. Era una especie de caja córnea, un simple par de mandíbulas engoznadas, con muchos dientes largos. De uno de los ángulos, salía un tallo robusto, más grueso que un ser humano, parecido a un cuello. De pronto, se dobló, llevándose a Clat hacia la verdadera boca, que estaba allá abajo como el resto de la planta, en el suelo invisible de la selva, baboseando en la oscuridad, la humedad y la podredumbre.

Lily-yo silbó y regresó en el torpón a la rama hogareña. Nada podía hacerse por Clat. Así eran las cosas.

El resto del grupo se dispersaba ya. Quedarse juntos era invitar a los innumerables enemigos de la selva. Además, la de Clat no era la primera muerte.

En el grupo de Lily-yo había habido en un tiempo siete mujeres subordinadas y dos hombres. Dos mujeres y un hombre habían caído a la espesura. Entre todas, las ocho mujeres habían dado al grupo veintidós niños, cuatro de ellos varones. Siempre morían muchos niños. Con la desaparición de Clat, la espesura había devorado a más de la mitad de los niños. Sólo quedaban dos niños varones, Gren y Veggy.

Lily-yo caminó de regreso a lo largo de la rama, a la luz verde. El torpón se alejó obedeciendo las silenciosas instrucciones del aire de la selva, atento a la voz que indicaba donde debía dejar las semillas. Nunca el mundo había estado tan atestado. No había lugares vacíos. Los torpones se desplazaban a veces a través de los bosques durante siglos, esperando el momento en que pudieran posarse.

Cuando llegó al sitio de las nueces, Lily-yo bajó por la enredadera a la vivienda de Clat. Apenas podía

entrar, tan pequeña era la puerta. Los humanos hacían las puertas lo más estrechas posibles; las ensanchaban a medida que ellos mismos crecían. Esto ayudaba a que no entraran visitantes indeseables.

Todo era pulcro en la nuez-vivienda. La cama había sido tallada en la fibra blanda del interior; allí había dormido la chiquilla de cinco años, en el verdor inmutable de la selva. Sobre la cama, estaba el alma de Clat. Lily-yo la tomó y se la guardó en el cinturón.

Salió, se tomó de la enredadera, sacó el cuchillo y se puso a cortar en la madera viva, descortezada, donde habían pegado la nuez-vivienda. Luego de varias cuchilladas, la argamasa vegetal cedió. La nuez-vivienda de Clat se inclinó, quedó suspendida un momento y cayó al fin.

Cuando desapareció entre las hojas ásperas y enormes, hubo una agitación en el follaje. Algo estaba luchando por el privilegio de devorar el enorme bocado.

Lily-yo trepó de vuelta a la rama. Se detuvo un instante para tomar aliento. Ya no respiraba con la soltura de antes. Había salido demasiadas veces de caza, había tenido demasiados hijos, había librado demasiados combates. Con un raro y fugaz conocimiento de sí misma, se miró los desnudos pechos verdes. Eran menos firmes que cuando había tomado por primera vez al hombre Haris, y menos hermosos.

Supo instintivamente que su juventud había terminado. Supo instintivamente que era tiempo de subir.

El grupo estaba cerca del Hueco, esperándola. Corrió hacia ellos. El hueco era como una axila vuelta hacia arriba: el lugar donde la rama se juntaba al tronco. Allí recogían el agua.

Los del grupo observaban una fila de termitones que subía por el tronco. De cuando en cuando, un termitón saludaba a los humanos. Los humanos contestaban al saludo. En cierta medida, los termitones

eran aliados de los hombres. Sólo cinco grandes familias habían sobrevivido allí, en ese mundo vegetal que todo lo conquistaba; la moscatigre, los abejatroncos, los plantantes y los termitones eran insectos gregarios, poderosos e invencibles. La quinta familia era el hombre, al que se mataba rastrera y fácilmente. No estaba organizado como los insectos, pero aún subsistía. Era la única especie vertebrada que había sobrevivido.

Lily-yo se acercó al grupo, y miró también la fila de termitones que desaparecía en las capas altas del follaje. Los termitones podían vivir en todos los niveles de la selva, lo mismo en las Copas que en el Suelo. Eran los primeros y los últimos de los insectos; mientras algo viviera, los termitones y las moscatigres estarían allí. Lily-yo bajó la vista. Llamó al grupo.

Cuando todos la miraron, mostró el alma de Clat, levantándola por encima de la cabeza.

—Clat ha caído a la espesura —dijo—. El alma de Clat ha de subir a las Copas, según la costumbre. Flor y yo la llevaremos en seguida, siguiendo a los termitones. Entretanto, vosotras, Daphe, Hy, Ivin y Jury, cuidad bien al hombre Haris y a los niños.

Las mujeres asintieron solemnemente. Luego, una a una, se acercaron para tocar el alma de Clat.

El alma había sido tallada toscamente en madera, y tenía forma de mujer. Cuando nacía una criatura, así eran los ritos; el padre le tallaba un alma, una muñeca, un alma totem, porque cuando alguien caía a la espesura de la selva, apenas quedaba un hueso. El alma sobrevivía en cambio y era sepultada en las Copas.

Mientras tocaban el alma, Gren se apartó atrevidamente del grupo. Tenía casi tanta edad como Toy y era también activo y fuerte. No sólo sabía correr rápidamente. También podía trepar. Y nadar. Sin hacer caso del grito de su amigo Veggy, corrió al Hueco y se zambulló en el estanque.

Debajo de la superficie, al abrir los ojos, vio un

mundo de desabrida claridad. Unas pocas cosas verdes, parecidas a hojas de trébol, se extendieron al sentir la proximidad del chico, listas para envolverle las piernas. Gren las apartó de un manotón, mientras buceaba hacia el fondo. De pronto vio a la ollacalza, antes que ella lo viese.

La ollacalza era una planta acuática, de naturaleza semiparasitaria. Vivía en los huecos y hundía las ventosas de bordes serrados en la savia de los árboles. Se alimentaba, también, sin embargo, por su parte superior, áspera, provista de una lengua parecida a una calza. Las fibras de la planta se desplegaron, rodearon el brazo izquierdo de Gren y se cerraron instantáneamente.

Gren estaba preparado.

Una sola cuchillada partió a la ollacalza en dos. La parte inferior de la planta batió inútilmente el agua tratando de atrapar al niño. Antes que Gren pudiera alcanzar la superficie, Daphe, la hábil cazadora, ya estaba allí, enfadada, y de la boca le salían unas plateadas burbujas, como de la boca de un pez. Tenía preparado el cuchillo para proteger al niño.

Gren le sonrió mientras subía a la superficie y trepaba a la orilla seca. Se sacudió despreocupadamente, mientras Daphe salía también del agua.

—Nadie debe correr, nadar o trepar solo —le gritó Daphe, citando una de las leyes—. ¿No tienes miedo, Gren? ¡Qué cabeza hueca!

Las otras mujeres estaban también enojadas. Pero ninguna tocó a Gren. Era un niño hombre. Era tabú. Tenía poderes mágicos: tallaba almas y daba hijos... o los tendría cuando creciera de veras, y ya le faltaba poco.

—Soy Gren, el niño hombre —se jactó Gren. Buscó la aprobación de Haris. Pero Haris se limitó a apartar los ojos. Gren había crecido tanto que Haris no lo animaba como antes, aunque las proezas del niño eran cada vez más atrevidas.

Un tanto humillado, Gren corrió de un lado a otro, exhibiendo la lengua de la ollacalza, que aún tenía en el brazo. Increpó jactanciosamente a las mujeres, mostrándoles qué poco le importaban.

—No eres aún más que un niño —le dijo burlescamente Toy.

Toy tenía diez años, uno más que Gren. Gren calló. Lily-yo dijo, frunciendo el ceño:

—Los niños han crecido mucho, y ya no podemos manejarlos. Cuando Flor y yo hayamos ido a las Copas a sepultar el alma de Clat, desharemos el grupo. El momento de la separación ha llegado al fin. ¡Estén atentos!

Fue un grupo sobrecogido el que contempló la partida de Lily-yo. Todos sabían que el grupo tenía que dividirse; nadie quería pensarlo. El tiempo de felicidad y seguridad —así les parecía a todos— llegaba a su fin, tal vez para siempre. Los niños entrarían en un período de duros trabajos, sin nadie para protegerlos. Los adultos iban hacia la vejez, las pruebas y la muerte, subiendo a lo desconocido.

II

Lily-yo y Flor treparon fácilmente por la corteza rugosa, como si escalaran unas series casi simétricas de rocas. De cuando en cuando tropezaban con algún enemigo vegetal, una lagartija o una mantona velluda, pero eran criaturas insignificantes, a las que arrojaban en seguida a la espesura de abajo. Los enemigos de los humanos eran los enemigos de los termitones, y la columna en movimiento había eliminado ya los obstáculos del camino. Lily-yo y Flor subían inmediatamente detrás de la columna, animadas por aquella compañía.

Treparon durante largo tiempo. En una ocasión, descansaron sobre una rama vacía. Apoderándose de

dos rondanas que pasaban por allí, las partieron y comieron la carne blanca y aceitosa. Mientras subían habían visto, en diferentes ramas, a algunos grupos humanos; a veces, estos grupos saludaban tímidamente. Aquí arriba ya no había humanos.

Nuevos peligros amenazaban cerca de las Copas. Los humanos vivían en las capas medias de la selva, más seguras, lejos de los riesgos de las Copas o del Suelo.

—Bien, movámonos —dijo Lily-yo a Flor, levantándose después del descanso—. Pronto estaremos en las Copas.

Hubo una conmoción y las mujeres callaron. Alzaron los ojos, mientras se acurrucaban pegadas al tronco, protegiéndose. Arriba, las hojas crujían, la muerte imponía su ley.

Una bricatrepa azotaba la corteza rugosa, frenética, codiciosa, atacando la columna de termitones. Las raíces y tallos de la bricatrepa eran como lenguas y látigos. La planta azotaba el tronco y enviaba unas lenguas pegajosas a los termitones.

Frente a esta planta, flexible y espantosa, los insectos tenían pocas defensas. Se dispersaron, pero insistieron tercamente en trepar, confiando tal vez en que la ciega ley de los promedios les permitiría sobrevivir.

Para los humanos, la planta no era una amenaza seria, por lo menos cuando los sorprendía en una rama. Si daban con ella en un tronco, podía arrojarlos fácilmente al fondo de la espesura.

—Treparemos por otro tronco —dijo Lily-yo.

Las dos mujeres corrieron ágilmente por la rama; y saltaron por encima de una floración parasitaria de colores vivos. Alrededor zumbaban las abejatroncos.

La floración preanunciaba el mundo colorido que las aguardaba allá arriba.

En un agujero de la rama, de aspecto inocente, esperaba un obstáculo peor, una moscatigre que salió zumbando y se precipitó sobre ellas. Era grande como un humano, de ojos enormes; una criatura horrible y

malévola, que tenía armas e inteligencia. Las atacaba por pura maldad, batiendo las mandíbulas y las alas transparentes. La cabeza era una masa de pelo hirsuto y de placas de armadura. Detrás de la cintura delgada, el cuerpo era redondo, blindado y segmentado, amarillo y negro. En la cola escondía un mortal aguijón.

Se lanzó entre las dos mujeres, tratando de golpearlas con las alas. Lily-yo y Flor se echaron boca abajo en la rama y la moscatigre pasó velozmente entre ellas. Volvió en seguida a la carga, dando saltos, sacando y escondiendo el aguijón dorado.

—La mataré —dijo Flor.

La criatura se acercaba, en un vuelo veloz y rastroso. Flor se echó a un lado, alzó el brazo y se agarró del pelo hirsuto. La moscatigre perdió el equilibrio. Rápidamente, la mujer levantó la espada, la dejó caer en círculo y cortó la cintura quitinosa y estrecha.

La moscatigre, partida en dos, se hundió en la espesura. Las dos mujeres reanudaron la carrera.

La rama, una principal, no se adelgazaba. Al contrario, se extendía con el mismo grosor veinte metros más y se transformaba en otro tronco. El árbol, viejísimo, uno de los organismos de más larga vida que habían prosperado en este pequeño mundo, tenía innumerables troncos. Hacía mucho tiempo —dos mil millones de años—, se habían desarrollado árboles de muchas clases, según el suelo, el clima y otras condiciones. Al aumentar la temperatura, proliferaron y compitieron entre sí. El baniano, que medraba con el calor, aprovechando un complejo sistema de ramas que echaban raíces propias, estableció gradualmente su predominio sobre las otras especies. Presionando, evolucionó y se adaptó. Cada baniano se extendió más y más, a veces volviéndose sobre sí mismo, y duplicándose. Se hizo cada vez más alto y más ancho, protegiendo el tronco principal a medida que los rivales se multiplicaban, enviando hacia el suelo tronco tras

tronco, extendiendo rama tras rama, hasta que al fin, aprendió a desarrollarse en el baniano vecino, formando así un soto contra el que ningún otro árbol podía luchar. Esta complejidad incomparable aseguró la inmortalidad del baniano.

En este vasto continente en que vivían los humanos sólo había ya un baniano. Se había convertido primeramente en el Rey de la Selva, y por último había llegado a ser la selva misma. Había conquistado los desiertos, los montes y los pantanos. Cubría el continente en un entrecruzado andamiaje. Sólo se detenía ante los ríos más anchos o en la orilla del mar, donde podía ser atacado por las feroces algas marinas.

Tampoco penetraba en el Terminador, allí donde todas las cosas se detenían y comenzaba la noche.

Las mujeres trepaban lentamente, listas para defenderse. Había manchas de vivos colores en todas partes, adheridas al árbol, colgadas de bejucos o a la deriva. Medraban los jagüeyes y los hongos. Los torpones se desplazaban melancólicamente a través de la maraña. A medida que se ganaba altura el aire se hacía más fresco y los colores se multiplicaban, en un tumulto de azules y rojos, de amarillos y malvas: todos los ardidés matizados de la naturaleza.

Un babosero envió tronco abajo sus gotas de goma color carmesí. Varias largagujas, al acecho, detuvieron las gotas, las pincharon... y murieron. Lily-yo y Flor pasaron al otro lado.

Se encontraron ante unas latigonas. Devolvieron los latigazos y continuaron el escalamiento.

Había allí muchas plantas de formas fantásticas, algunas parecidas a pájaros, otras a mariposas, frecuentemente, aparecían látigos y manos, amenazantes.

—¡Mira! —murmuró Flor.

Señaló un lugar, allá arriba.

En la corteza del árbol había una grieta apenas visible. Una parte de la grieta se movía imperceptiblemente. Flor alargó el brazo hasta que el palo que

llevaba en la mano tocó la grieta. En seguida, hurgó con el palo.

Una sección de la corteza se abrió, revelando una pálida boca voraz. Un ostrabuche, extraordinariamente mimetizado, se había abierto un hueco en el árbol. Moviéndose diestra y rápidamente, Flor metió el palo en la trampa. Cuando las mandíbulas se cerraron, tiró del palo, ayudada por Lily-yo. El ostrabuche, sorprendido, fue arrancado de su guarida.

Abrió la boca y se desplazó por el aire. Un rayoplán se lo llevó al pasar.

Lily-yo y Flor siguieron trepando.

Las Copas eran un mundo extraño de características propias: el reino vegetal en sus aspectos más imperiales y exóticos.

Si el baniano reinaba en la selva y, en realidad, era la selva, los traveseros reinaban en las Copas. Eran los traveseros quienes habían levantado en las Copas ese paisaje típico. Suyas eran las grandes redes que se arrastraban por todas partes; suyos eran los nidos que se alzaban en los lugares más altos del árbol.

Cuando los traveseros abandonaban sus nidos, otros seres construían allí, y otras plantas crecían allí, extendiendo unos colores brillantes hacia el cielo. Los residuos y destilaciones transformaban estos nidos en plataformas sólidas. Allí crecía la quemurna, la planta que Lily-yo buscaba para el alma de Clat.

Apartando obstáculos, siempre escalando, las dos mujeres llegaron finalmente a una de aquellas plataformas. Se refugiaron de los peligros del cielo debajo de una hoja, y descansaron. Inclusive a la sombra, inclusive para ellas, el calor de las Copas era terrible. Encima, paralizando medio cielo, brillaba un sol enorme. Brillaba sin pausa, siempre fijo e inmóvil en un punto del cielo, y así brillaría hasta el día —ya no más inverosímilmente distante— en que ardiera todo.

Allí, en las Copas, recurriendo al sol para defenderse, la quemurna reinaba entre las plantas esta-

cionarias. Las sensitivas raíces le habían dicho ya que había intrusos en las proximidades. Sobre la hoja protectora, Lily-yo y Flor vieron un móvil círculo de luz. Se desplazó por la superficie, se detuvo, se contrajo. La hoja se oscureció y de pronto estalló en llamas. La planta enfocó una urna sobre las dos mujeres. Las atacaba con un arma terrible: el fuego.

—¡Corre! —ordenó Lily-yo.

Se refugiaron rápidamente detrás de la copa de un silbocardo, debajo de las espinas, sin dejar de mirar a la quemurna. El espectáculo era maravilloso.

Encabritada, la planta desplegaba tal vez media docena de flores de color cereza, cada una de ellas más grande que un humano. Otras flores, ya fecundadas, se cerraban formando urnas polifacéticas. Luego las urnas perdían el color a medida que las semillas se agrandaban. Finalmente, maduras ya las semillas, la urna —entonces hueca y de enorme solidez— se convertía en un arma de fuego.

Todos los vegetales y demás seres huían del fuego, con excepción de los humanos. Sólo ellos podían afrontar a la quemurna, y utilizarla de algún modo.

Lily-yo se desplazó cautelosamente y cortó una enorme hoja que se extendía sobre la plataforma. Una mantona le lanzó una espina desde abajo. Lily-yo la esquivó. Alzando la hoja, mucho más grande que ella, corrió hacia la quemurna, se zambulló en el follaje y trepó un instante hasta la copa, antes que la planta pudiera enfocarla con una lente-urna.

—¡Ahora! —gritó Lily-yo a Flor.

Flor ya se había lanzado hacia adelante.

Lily-yo levantó la hoja encima de la quemurna, manteniéndola entre la planta y el sol. Como si comprendiera que esto impedía toda defensa, la planta pareció desfallecer en la sombra, malhumorada. Las flores y urnas colgaron inertes.

Llevando el cuchillo en la mano, Flor corrió hacia adelante y cortó una de las grandes urnas trasparen-

tes. Luego Flor y Lily-yo se refugiaron de nuevo detrás del silbocardo, mientras la quemurna volvía a una vida frenética animada por los rayos del sol.

Llegaron al refugio justo a tiempo. Un avevege se lanzó sobre ellas desde lo alto... y quedó empalado en una espina.

Inmediatamente, una docena de basureros comenzaron a disputarse el cadáver. Lily-yo y Flor se pusieron a trabajar en la urna que habían conquistado. Hundieron los cuchillos y abrieron una de las caras, lo suficiente para introducir en la urna el alma de Clat. La hendedura se cerró otra vez en seguida. Los ojos de madera del alma miraron a las dos mujeres a través de las caras transparentes.

La misión de Lily-yo era procurar que el alma tuviera por lo menos cierta probabilidad de subir. Con la ayuda de Flor, llevó la urna hasta un cable de la red travesera. El extremo superior de la urna —el sitio donde había estado la semilla— era extraordinariamente pegajoso. La urna se adhirió fácilmente al cable y quedó allí, colgando al sol.

La próxima vez que un travesero trepara por el cable, la urna se pegaría quizá a una pata, como una rondana. De este modo, podría ser llevada al cielo.

Cuando estaban terminando el trabajo, las dos mujeres se sintieron en la sombra. Un cuerpo de kilómetros de largo descendía hacia ellas: un travesero, el enorme equivalente vegetal de una araña.

Apresuradamente, las mujeres se abrieron paso a través de la plataforma. Se habían cumplido los últimos ritos en honor de Clat; era hora de volver.

Antes de iniciar el descenso hacia los niveles medios del mundo verde, Lily-yo miró hacia atrás.

El travesero bajaba lentamente; era una enorme vejiga con patas y mandíbulas, y un pelo fibroso cubría casi toda la masa. Para Lily-yo era un dios, poderoso como un dios. Bajaba por el cable flotando en aquel filamento que se perdía en el cielo.

Hasta donde alcanzaba la vista, los cables se elevaban oblicuamente desde la selva, señalando el cielo como dedos largos, desfallecientes, resplandeciendo al sol. Todos se inclinaban en la misma dirección, hacia una flotante semiesfera de plata, distante y fría, y visible hasta en el resplandor de la eterna luz solar.

Inmóvil, firme, la media luna se mantenía siempre en un mismo sector del cielo.

En el curso de los evos, la atracción de esta luna había retardado gradualmente la revolución axial del planeta padre hasta detenerla, hasta que el día y la noche se pararon y quedaron fijos para siempre: el día en un lado del planeta y la noche en el otro. A la vez un recíproco efecto de frenamiento había contenido la fuga aparente de la luna. Al alejarse de la Tierra, la luna había abandonado el papel de satélite terrestre y se desplazaba en la órbita de la Tierra misma, como un planeta independiente. Los dos cuerpos, mientras durase la tarde de la eternidad, se mantendrían uno frente a otro, en la misma posición relativa. Estaban sujetos cara a cara y así seguirían, hasta que las arenas del tiempo dejaran de correr o hasta que el sol dejara de brillar.

Y aquellos innumerables filamentos flotaban a través de la separación. Arriba y abajo, los traveseros podían desplazarse a voluntad, como enormes e insensibles astronautas vegetales, con la Tierra y la Luna envueltas en una red indiferente.

De un modo sorprendentemente adecuado, la vejez de la Tierra estaba envuelta en telarañas.

III

El viaje de regreso al grupo apenas tuvo incidentes. Lily-yo y Flor bajaron sin prisa a los niveles medios del árbol. Lily-yo no corrió tanto como de costumbre. Le costaba afrontar la desintegración del grupo.

No podía expresar fácilmente sus escasos pensamientos.

—Pronto tendremos que subir como el alma de Clat —dijo a Flor, mientras descendían.

—Así es —contestó Flor.

sada, Lily-yo les dedicó un breve saludo y se retiró a Tampoco ella era capaz de encontrar esas palabras.

El grupo las saludó sobriamente. Como estaba cansada Lily-yo les dedicó un breve saludo y se retiró a la nuez-vivienda. Jury e Ivin pronto le llevaron comida, sin meter más que un dedo en la habitación, pues cualquier otra cosa era tabú. Una vez que hubo comido y dormido, Lily-yo trepó de nuevo al sector hogareño de la rama y llamó a los demás.

—¡De prisa! —gritó, mirando fijamente a Haris, que no se apresuraba. ¿Por qué una cosa tan preciosa tenía que ser tan difícil o por qué una cosa tan difícil tenía que ser tan preciosa?

En aquel instante, mientras la atención de Lily-yo estaba distraída, una larga lengua verde asomó detrás del tronco. Se desenrolló y se mantuvo en el aire un segundo. Seguidamente, tomó a Lily-yo por la cintura, apretándole los brazos contra el cuerpo, y la levantó de la rama. Lily-yo pataleó y gritó rabiosamente.

Haris sacó un cuchillo del cinturón, saltó, entornando los ojos, y lanzó la hoja. Zumbando, la hoja atravesó la lengua y la clavó al tronco rugoso.

Haris no se detuvo entonces. Corrió hacia la lengua, seguido por Daphe y Juri, mientras Flor llevaba a los niños a lugar seguro. Agónicamente la lengua aflojó los anillos que envolvían a Lily-yo.

En el otro lado del árbol había unas terribles sacudidas; parecía que toda la selva vibraba. Lily-yo silbó a dos torpones, se desprendió de los anillos verdes, y sintió que pisaba de nuevo el suelo firme de la rama. La lengua, retorciéndose de dolor, azotaba incesantemente las inmediaciones. Los cuatro humanos se adelantaron con las armas preparadas.

La criatura atrapada estremecía el follaje. Marchando cautelosamente alrededor del tronco, los humanos lo vieron. El abejazo contraía la boca vegetal y los miraba con la espantosa pupila palmeada de su único ojo. Rabiosamente, se golpeaba contra el árbol, echando espumarajos, rugiendo. Aunque ya habían tenido que afrontar a estas criaturas, los humanos temblaron.

El abejazo era entonces mucho más grueso que el tronco. Si le parecía necesario, podía extenderse casi hasta las Copas, estirándose y adelgazándose. Como el monstruoso títere de una caja de sorpresas, subía de pronto desde el Suelo en busca de alimento; sin brazos, sin cerebro, se desplazaba lentamente por el piso de la selva sobre anchas patas radicosas.

—¡Clávenlo! —gritó Lily-yo.

Ocultas a todo lo largo de la rama, había estacas aguzadas, guardadas para casos semejantes. Los humanos fueron clavando la lengua que se retorció y restallaba como un látigo. Finalmente, tuvieron clavada al árbol un largo trozo de lengua. Aunque el abejazo seguía retorciéndose, ya no podría librarse.

—Ahora —dijo entonces Lily-yo—, debemos despedirnos y subir.

Ningún humano podía matar a un abejazo. Pero los retorcimientos de la bestia atraían ya a los rapaces, a las lagartijas —los estúpidos tiburones de los niveles medios—, los rayoplanes, los trampones, las gárgolas y las sabandijas vegetales de orden menor. Desgarrarían al abejazo en trozos vivos y continuarían la tarea hasta que no quedara nada de él; de paso, tal vez cazaran a algún humano... Bien, así eran las cosas.

Lily-yo estaba enfadada. Era ella quien había provocado aquel conflicto. No había estado atenta. Si no, nunca hubiera permitido que el abejazo la atrapara. Había estado pensando en lo mal que ejercía la jefatura. ¿Por qué hacer dos peligrosos viajes a las

Copas, cuando uno hubiese bastado? Si se hubiese llevado a todo el grupo cuando se tomaron las disposiciones sobre el alma de Clat, no hubiera sido necesaria la segunda ascensión. ¿Cómo no lo había previsto?

Dio unas palmadas. De pie bajo el refugio de una hoja gigante, llamó al grupo. Dieciséis pares de ojos la miraron confiadamente.

—Los adultos nos estamos haciendo viejos —les dijo—. Nos estamos haciendo estúpidos. Yo misma soy ya una estúpida. Dejé que un lento abejazo me atrapara. No tengo ya condiciones para el mando. Ha llegado el momento de que los adultos subamos y volvamos a los dioses. Los niños se gobernarán solos entonces. Serán el grupo. Toy lo mandará. Luego, Gren y pronto Veggy podrán dar hijos. Cuiden de los hijos varones. Que no caigan a la espesura, pues el grupo morirá. Es preferible que mueras tú a que muera el grupo.

Lily-yo nunca había pronunciado un discurso tan largo. Algunos de los otros no entendieron nada. ¿Qué era esa charla de caer a la espesura? Se caía o no se caía; nadie hablaba de eso. Así eran las cosas y las palabras no podían cambiarlas.

May, una niña, dijo descaradamente:

—Cuando estemos solas, podremos hacer muchas cosas.

Flor le dio una cachetada.

—Antes —le dijo—, tendrás que penar subiendo a las Copas.

—Sí, en marcha —dijo Lily-yo, disponiendo quiénes debían ir delante y quiénes detrás.

Alrededor del grupo, la selva palpitaba. Los seres verdes se agitaban y lanzaban dentelladas, devorando al abejazo.

—La ascensión es dura —dijo Lily-yo, observando

con inquietud a su alrededor—. Comencemos en seguida.

—¿Por qué hay que trepar? —preguntó Gren, rebelándose—. Los torpones podrían llevarnos fácilmente hasta las Copas sin cansarnos.

Era demasiado complicado explicarle que desplazarse por el aire era mucho más peligroso que marchar por los troncos de corteza rugosa. En caso de ataque podían deslizarse entre los nódulos.

—Yo iré al frente y tú treparás —dijo Lily-yo.

No podía golpear a Gren: era un niño-hombre tabú.

Retiraron las almas de las respectivas nueces-vienda, y no hubo ceremonias de despedida.

Llevaron las almas en los cinturones, y las espadas en las manos, las espinas más punzantes, afiladas y duras. Corrieron a lo largo de la rama detrás de Lily-yo, alejándose del ajabazo que ya se desintegraba, dejando atrás el pasado.

Retardado por los niños menores, el viaje a las Copas fue largo. Aunque superaron los azares usuales, no había modo de vencer el cansancio de los niños. A mitad de camino decidieron descansar en una rama; crecía allí una pelusaseta que podía servir de refugio.

La pelusaseta era un hermoso hongo desorganizado. Aunque tenía el aspecto de un musgortiga en escala mayor, no hacía daño a los humanos, y cuando el grupo se le acercó, escondió los pistilos venenosos, como disgustada. A caballo sobre las ramas eternas del árbol, las pelusasetas sólo deseaban alimento vegetal. Los humanos treparon hasta el centro de la pelusaseta y durmieron. Protegidos por aquellos entretejidos tallos verdes y amarillos, estaban casi a salvo.

Flor y Lily-yo fueron quienes durmieron más profundamente entre los adultos. Estaban cansadas del viaje anterior. Haris, el hombre, fue el primero en despertarse; comprendió que algo andaba mal. Al levantarse, despertó a Jury pinchándola con el palo.

Era perezoso; además, su deber era mantenerse fuera de peligro. Jury se sentó; en seguida dio un grito de alarma y corrió a defender a los niños.

La pelusaseta había sido invadida por cuatro seres alados. Se habían apoderado de Veggy, el niño varón, y de Bain, una de las niñas menores; los habían amordazado y atado antes que pudieran despertarse.

Al oír a Jury, los seres alados miraron alrededor.

¡Eran vuelombres!

En algunas cosas, parecían humanos. Tenían una cabeza, dos largos y poderosos brazos, piernas macizas, y dedos fuertes en manos y pies. Pero en lugar de la suave piel verde, estaban cubiertos por una sustancia córnea brillante, en unos lados negra y en otros rosada. Y les crecían una grandes alas escamosas, parecidas a las de un avejeje, desde las muñecas hasta los tobillos. Tenían rostros astutos, de expresión inteligente, y ojos brillantes.

Cuando vieron que los humanos despertaban, los vuelombres alzaron en vilo a los dos niños cautivos. Se abrieron paso a través de la pelusaseta, y corrieron hacia el extremo de la rama.

Los vuelombres eran enemigos muy mañosos, escasos en número, pero muy temidos por el grupo. Aunque no mataban, salvo cuando no tenían otro remedio, se dedicaban al robo de niños. Cazarlos no era nada fácil. Los vuelombres no volaban en realidad, pero planeaban en el aire hasta muy lejos a través del bosque y escapaban así a cualquier represalia humana. Jury se lanzó hacia adelante, seguida de Ivin. Alcanzó un tobillo, y se aferró al correoso tendón de ala que se juntaba al pie. Uno de los vuelombres que sostenían a Veggy vaciló y se volvió. El compañero, que soportaba ahora todo el peso del niño, se detuvo y sacó un cuchillo.

Ivin se abalanzó sobre el vuelombre, enfurecida. Había criado a Veggy; no estaba dispuesta a que se lo quitaran. La hoja del vuelombre se movió en el aire.

Ivin se echó sobre ella. El arma le abrió el vientre descubriendo las entrañas morenas; la desdichada cayó de la rama sin lanzar un solo grito. Hubo una conmoción en el follaje inferior; los trampones se disputaban el bocado.

El vuelombre, pensando que ya había hecho bastante, abandonó a Veggy y dejó que su amigo siguiera luchando con Jury. Extendió las alas y saltó, siguiendo a los dos que se habían llevado a Bain.

Todo el grupo estaba ya despierto. Lily-yo desató silenciosamente a Veggy, quien no lloró, pues era un niño-hombre. Entretanto, Haris se arrodilló junto a Jury y el adversario alado, quien luchaba tratando de escapar. Rápidamente, Haris sacó un cuchillo.

—¡No me mates! —gritó el vuelombre—. ¡Me iré!

La voz del vuelombre era áspera y apenas se entendían las palabras. La misma rareza del ser llenó a Haris de ferocidad; abrió los labios y mostró la lengua gruesa entre los dientes.

Hundió el cuchillo una y otra vez entre las costillas del vuelombre, hasta que el puño apretado quedó cubierto de sangre.

Jury se levantó jadeante y se apoyó en Haris.

—Me estoy haciendo vieja —dijo—. Antes no había nada tan fácil como matar a un vuelombre.

Miró a Haris con gratitud. Era útil para algo más que una cosa.

Con un pie, empujó el cuerpo inerte hacia el borde de la rama. El cuerpo rodó sobre sí mismo y luego cayó. Las mustias alas recogidas inútilmente a ambos lados de la cabeza, el vuelombre se hundió en la espesura.

IV

Estaban recostados entre las hojas afiladas de dos silbocardos, deslumbrados por la luz del sol, pero

atentos a nuevos peligros. La ascensión había concluido. Era la primera vez que nueve chicos veían las Copas; callaban, asombrados.

Una vez más, Lily-yo y Flor sitiaron a una quemurna. Daphe los ayudaba ahora. Cuando la planta quedó abatida, indefensa, a la sombra de las hojas que los humanos mantenían levantadas, Daphe cortó seis de las grandes cápsulas transparentes: seis próximos ataúdes. Hy ayudó a llevarlas a lugar seguro; luego, Lily-yo y Flor soltaron las hojas y corrieron a refugiarse detrás de los silbocardos.

Una nube de papelalas se desplazaba junto al grupo en aquel momento; los colores impresionaban a ojos generalmente sumergidos en verde: había allí azules, amarillos, castaños y un malva de destellos acuosos.

Una de las papelalas se posó aleteando sobre una mata de follaje esmeralda próxima al grupo. El follaje era un babosero. Casi inmediatamente, la papelala se puso gris. Habiendo perdido su escaso contenido alimenticio, se desintegró en cenizas.

Lily-yo se levantó cautelosamente y llevó consigo al grupo junto al cable más próximo de una red travesera. Cada adulto llevaba su propia urna.

Los traveseros, los más grandes de todos los seres, vegetales o no, no podían entrar en la selva. Echaban los cables entre las ramas superiores y los aseguraban por medio de hilos laterales.

Cuando encontró un cable conveniente, sin ningún travesero a la vista, Lily-yo se volvió e indicó que se dejaran las urnas. Habló a Toy, Gren y los otros siete niños.

—Ayúdenos a entrar en nuestras urnas. Procuren que queden bien cerradas. Luego, llévennos al cable y peguen ahí las urnas. Luego, despídanse. Vamos a subir. De ahora en adelante los niños son el grupo.

Toy vaciló momentáneamente. Era una joven esbelta, con pechos como peras.

—No te vayas, Lily-yo —dijo—. Todavía te necesitamos.

—Así son las cosas —replicó Lily-yo con firmeza.

Abrió con esfuerzo la cara de una urna y se metió dentro. Ayudados por los niños, los otros adultos entraron también en los ataúdes. Por la fuerza del hábito, Lily-yo estuvo atenta hasta ver a Haris seguro.

Todos estaban dentro ya. El interior de las urnas era sorprendentemente fresco.

Los niños transportaron las urnas, sin dejar de mirar nerviosamente al cielo. Estaban asustados. Se sentían indefensos. Sólo Gren, el audaz niño-hombre, parecía disfrutar de aquella nueva sensación de independencia. Fue él más que Toy quien ayudó a los otros a colocar las urnas en el cable del travesero.

Lily-yo advirtió un curioso olor en la urna. A medida que aquel aire le entraba en los pulmones, sintió como un desprendimiento de los sentidos. Fuera, la escena hasta entonces clara pareció nublarse y encogerse. Vio que estaba colgada suspendida de un cable de travesero por encima de las Copas, con Flor, Haris, Daphe, Hy y Jury también colgados cerca, impotentes. Vio a los niños, al nuevo grupo, que corrían a refugiarse. Sin volver la vista atrás, se zambulleron en el enmarañado follaje de la plataforma y desaparecieron.

El travesero se cernía a unos quince kilómetros por encima de las Copas, fuera del alcance de cualquier enemigo. A su alrededor, el espacio tenía un color añil; los invisibles rayos del espacio lo bañaban y alimentaban. Sin embargo, la alimentación del travesero dependía aún en parte de la Tierra. Después de muchas horas de ensoñación vegetativa, se balanceó y comenzó a descender por un cable.

Había en las proximidades otros traveseros inmóviles. De cuando en cuando, alguno despedía un globo de oxígeno o movía una pata para librarse de un parásito molesto. Disfrutaban de una ociosidad

nunca alcanzada antes. El tiempo nada significaba para ellos; el sol les pertenecía, y seguiría así hasta desintegrarse, hasta que se transformara en una nova, y se consumiera con ellos.

El travesero descendió rápidamente, con una especie de vibración en las patas, tocando apenas el cable; bajaba directamente a la selva, hacia las altas catedrales de la vegetación. Allí, en el aire, vivían sus enemigos, unos enemigos mucho más pequeños, pero también mucho más malignos e inteligentes: una de las últimas familias de insectos, las moscatigres.

Sólo las moscatigres podían matar a los traveseros, con métodos insidiosos e invencibles.

Con el lento y largo discurrir de los evos, al aumentar la radiación del sol, la vegetación había evolucionado hasta alcanzar una indiscutida supremacía. Las avispas también habían evolucionado, manteniéndose a la vera de los acontecimientos. Aumentaron en número y tamaño, a medida que el reino animal se eclipsaba, sumergiéndose en la creciente marea de verdor. Con el tiempo, estas avispas se convirtieron en el principal enemigo de los traveseros aracnoides. Atacaban en enjambres, paralizando los primitivos centros nerviosos de los traveseros, llevándolos tambaleantes a su propia destrucción. Las moscatigres aovaban en unos túneles que abrían en los cuerpos de sus adversarios; cuando los huevos maduraban, las larvas se alimentaban de la carne viva.

Era esta amenaza, principalmente, lo que había impulsado a los traveseros a penetrar cada vez más en el espacio exterior, con el correr de los milenios. En esta región aparentemente inhóspita, habían alcanzado un monstruoso desarrollo.

La intensa radiación había llegado a ser para ellos una necesidad vital. Primeros astronautas de la naturaleza, habían cambiado la faz del firmamento. Mucho después que el hombre liquidara sus asuntos, retirándose a los árboles, los traveseros reconquistaron

aquella senda vacante. Mucho después que la inteligencia perdiera su primacía, los traveseros unieron indisolublemente el globo verde y el blanco con una tela de araña, antiguo símbolo de lo fútil.

El travesero descendió entre las hojas más altas, tiesos los pelos del dorso mimético, de manchas verdes y negras. Mientras descendía, había capturado unos seres adheridos a los cables, y los absorbió pacíficamente. Luego se adormiló.

Unos zumbidos lo sacaron del sueño. Vio, borrosamente, unas líneas amarillas y negras. Había sido descubierto por una pareja de moscatigres.

El travesero se puso en seguida en movimiento. La enorme masa, contraída en la atmósfera, tenía una longitud de casi dos kilómetros, y sin embargo se desplazaba leve como el polen, trepando por un cable en busca de la seguridad del vacío.

Entretanto, las patas que rozaban la tela de araña fueron recogiendo esporas, granos, seres diminutos y seis urnas que contenían a seis humanos insensibles. Las seis urnas quedaron así colgando del extremo de una pata.

Cuando alcanzó una altura de varios kilómetros, el travesero se detuvo. Recobrándose, despidió un globo de oxígeno, que quedó levemente adherido a un cable. Hubo una pausa. Los palpos temblaron. Luego, el travesero ascendió decididamente en el espacio. El volumen de la masa fue aumentando a medida que disminuía la presión.

La velocidad del travesero aumentó. Plegó las patas, y las fileras subabdominales emitieron una tela nueva. Esto ayudaba a la propulsión. El travesero era un vegetal enorme, casi insensible, que giraba lentamente estabilizando su propia temperatura.

La radiación era intensa en el espacio exterior. El travesero disfrutaba. Aquel era su elemento propio.

Daphe se incorporó. Abrió los ojos, inexpresivos, apagados. Lo que veía no tenía sentido. Sólo sabía

que estaba subiendo. Era una nueva existencia y no esperaba que tuviera sentido.

Parte de lo que veía estaba eclipsado por unas manchas amarillentas que podían ser pelos o pajas. Todo lo demás era incierto; a la luz enceguecedora seguía una profunda oscuridad.

Daphe divisó gradualmente otros objetos. El más notable era una espléndida semiesfera verde, tachonada de blanco y azul. ¿Era una fruta? Arrastraba cables que brillaban aquí y allá; muchos cables, plateados o dorados a la caprichosa luz. Más lejos iban dos traveseros; se desplazaban de prisa y parecían momificados. Había puntos de luz intensa, dolorosos. Todo era confuso.

Estaba en la morada de los dioses.

Daphe no sentía nada; sólo un curioso embotamiento. No tenía ganas de moverse. El olor en la urna era extraño. El aire parecía denso. Todo era como una pesadilla. Daphe abrió la boca; le costó mucho separar las mandíbulas. Gritó. No emitió ningún sonido. El dolor le apretó los costados.

Cerró otra vez los ojos, boqueando.

Como un globo desinflado, el travesero descendía hacia la luna.

No podía decirse que pensara, pues era poco más que un mecanismo. Sin embargo, en algún lugar de su masa tuvo noción de que el grato viaje era demasiado breve, de que podía haber otras rutas de navegación. A fin de cuentas, las odiadas moscatigres seguían siendo tan numerosas y molestas como antes; vivían en la Luna lo mismo que en la Tierra. Tal vez hubiera algún pacífico lugar en otra parte, uno de esos sitios redondos y verdes, sumergidos en el calor de los rayos deliciosos...

Eran muchos los traveseros que se cernían sobre la luna. Las redes se entremezclaban desordenadamente por todas partes. El sitio era más agradable que la Tierra, donde el aire era denso y las patas se movían

torpemente. Habían llegado allí antes que nadie, exceptuando algunos seres ínfimos que habían desaparecido mucho antes. Eran los últimos señores de la creación. Los más grandes y poderosos. Estaban disfrutando de la larga y perezosa supremacía del ocaso.

El travesero retardó la marcha; dejó de hilar cables. A su modo, sin prisas, descendió por una red a la pálida vegetación de la luna...

En la luna, las condiciones eran muy distintas de las del pesado planeta. Nunca se habían impuesto allí los banianos de muchos troncos; en aquel aire delgado, de tan escasa gravedad, perdieron las fuerzas y se derrumbaron. Habían sido reemplazados por apios y perejiles enormes y fue sobre estas plantas donde el travesero se instaló. Siseando, como si jadeara, despidió una nube de oxígeno, y descansó.

Al instalarse en medio del follaje, el cuerpo enorme rozó los tallos. Las patas restregaron también las hojas innumerables. El cuerpo y las patas se desprendieron así de una infinidad de residuos: semillas, piedrecillas, nueces y hojas, cuanto se había adherido allá en la Tierra distante a las fibras pegajosas. Entre estos residuos, había seis envolturas de semilla de una quemurna. Rodaron por el suelo y se detuvieron.

Haris, el hombre, fue el primero en despertar. Gimió sintiendo dolor en el costado y trató de sentarse. La frente golpeó la pared de la urna y le recordó dónde estaba. Doblando piernas y brazos, empujó la tapa del ataúd.

Al principio encontró resistencia, y de pronto la urna entera se hizo trizas. Haris quedó tendido en el suelo, despatarrado. Los rigores del vacío habían destruido la cohesión de la urna.

Incapaz de recobrase, Haris permaneció tendido, sin moverse. Le latían las sienas, y el fluido que le entraba en los pulmones tenía un olor desagradable. Abrió la boca buscando aire puro. Respiró ansiosamente una sustancia muy tenue y fría.

Al cabo de un tiempo, tuvo fuerzas para mirar alrededor. Desde un matorral próximo, unos zarcillos amarillos se estiraban y venían afanosamente hacia él. Alarmado, miró hacia todos lados, en busca de una mujer que lo protegiera. No había ninguna a la vista. Torpemente, con los brazos muy rígidos, sacó el cuchillo del cinturón, se puso de costado y seccionó los zarcillos a medida que se acercaban. ¡Eran un enemigo fácil de vencer!

Haris gritó de pronto. Desesperadamente. Se levantó de un salto, asqueado de sí mismo. Había advertido que estaba cubierto de costras. Peor aún: mientras las ropas se le desprendían en jirones, notó que en los brazos, costillas y piernas le crecía una masa de carne correosa. Cuando levantó los brazos, la masa se estiró casi como alas.

Un ruido le hizo volverse, y se acordó por primera vez de sus compañeras. Lily-yo estaba zafándose de los restos de la urna, y alzó una mano a guisa de saludo.

Espantado, Haris vio que Lily-yo estaba también desfigurada. En realidad, apenas la reconoció. Tenía todo el aspecto de uno de los odiados vuelombres. Haris se arrojó al suelo y lloró, con el corazón henchido de miedo y de repugnancia.

Lily-yo no estaba hecha para llorar. Sin hacer caso de sus propias deformaciones dolorosas, respirando con mucho trabajo, se puso en movimiento, buscando los otros cuatro ataúdes.

El primero que encontró fue el de Flor, aunque estaba medio sepultado. Un golpe con una piedra lo desintegró. Lily-yo levantó a su amiga, tan horriblemente transformada como ella. En muy poco tiempo, Flor se recobró. Aspirando el aire con una especie de ronquidos, alcanzó a sentarse. Lily-yo la dejó para ir en busca de los demás. Aunque muy aturdida, le agradó advertir una rara levedad en sus propios miembros doloridos.

Daphe estaba muerta. Yacía rígida y amoratada en su urna. Aunque Lily-yo rompió la urna y llamó a gritos a su compañera, Daphe no se movió. La hinchada lengua le asomaba horriblemente. Daphe estaba muerta. Daphe, la que había vivido. Daphe, la que había cantado con voz dulce.

Hy también estaba muerta. No era más que un lastimoso objeto encogido que yacía en su ataúd, un ataúd que se había agrietado en el azaroso viaje entre los mundos. Cuando el golpe de Lily-yo desintegró el ataúd, Hy quedó reducida a polvo. Hy había muerto. Hy, la que había engendrado un niño-hombre. Hy, la de los pies ligeros.

Al fin Lily-yo encontró la urna de Jury. Jury se movió cuando la mujer-jefe llegó hasta ella. Un minuto después, estaba sentada, contemplando con desagrado estoico las deformaciones, respirando con ansia el aire tenue.

Haris se acercó a las mujeres. Llevaba su alma en la mano.

—¡Sólo quedamos cuatro! —exclamó—. ¿Hemos sido recibidos por los dioses o no?

—Sentimos dolor y por lo tanto vivimos —dijo Lily-yo—. Daphe y Hy se han hundido en la espesura.

Crispado, amargamente, Haris arrojó su alma al suelo y la pisoteó.

—¡Miren lo que parecemos! —gritó—. Más nos valiera estar muertos.

—Antes de decidirlo, comamos —observó Lily-yo.

Penosamente, entraron en el matorral, alertas otra vez a los posibles peligros. Flor, Lily-yo, Jury y Haris se ayudaban mutuamente. La idea de tabú había quedado un tanto olvidada.

—Aquí no hay árboles de verdad —protestó Flor, mientras se abría paso entre apios gigantescos. Las crestas ondeaban allá arriba.

—¡Cuidado! —gritó Lily-yo.

Tiró de Flor, retrocediendo. Algo había gruñido,

lanzando una dentellada como un mastín encadenado, alcanzando casi la pierna de Flor.

Un trampón, que no había conseguido su presa, reabría lentamente las mandíbulas, mostrando los dientes verdes. Era sólo una sombra de los terribles trampones que vivían en la selva terrestre. Tenían mandíbulas más débiles y se movían apenas. Aquí, lejos de los banianos gigantes, los trampones eran seres desheredados.

Los humanos tuvieron de pronto una impresión parecida. Durante innumerables generaciones, habían vivido en los árboles altos. La seguridad era arborea. Aquí sólo crecían apios y perejiles blandos. Faltaban las ramas innumerables y firmes del baniano gigante.

Se desplazaron, pues, nerviosos, desorientados, doloridos, sin saber dónde estaban ni qué sentido tenía ese mundo.

Fueron atacados por trepadoras saltonas y espina-sierras. Las rechazaron. Eludieron un enorme musgortiga, más alto y ancho que cualquiera de los que habían encontrado en la Tierra. Lo que perjudicaba a algunas plantas favorecía a otras. Subieron una ladera y llegaron a un estanque alimentado por un arroyuelo. Había en las orillas plantas de bayas y frutas, de dulce sabor.

—Esto no es tan malo —comentó Haris—. Tal vez podamos vivir aún.

Lily-yo le sonrió, Haris era una preocupación constante. Era también el colmo de la pereza. Pero le agradaba tenerlo todavía al lado. Después de bañarse en el estanque, Lily-yo volvió a mirarlo. Por muy extrañas que resultaran las escamas que lo cubrían y las dos anchas excrecencias de carne que le colgaban a los lados, Haris era aún atractivo, simplemente porque era Haris. Lily-yo albergó la esperanza de no haber cambiado demasiado. Tomó un pedrusco dentado y se echó el pelo hacia atrás; sólo se le desprendieron algunos cabellos.

Después del baño, comieron. Haris trabajó largo rato, buscando nuevos cuchillos en los zarzales. No eran tan duros como los de la Tierra, pero no contaban con otra cosa. Luego, descansaron al sol.

La vida de los humanos había cambiado por completo. Habían vivido guiados más por el instinto que por la inteligencia. Sin el grupo, sin el árbol, sin la tierra, nada los orientaba allí y no sabían qué hacer. Se tendieron, pues, y descansaron.

Tendida en aquel lugar, Llily-yo miró a su alrededor. Todo era tan extraño. Sintió un encogimiento en el corazón.

Aunque el sol brillaba como siempre, el cielo era de un azul turquesa. Y aquella esfera en el cielo parecía monstruosa; todas manchas verdes, azules y blancas; Lily-yo no podía reconocerla como el lugar donde había vivido. Hacia ella subían unas fantasmales líneas de plata; más cerca, brillaba la maraña de las redes traveseras, dibujando venas en el cielo. Los traveseros se desplazaban por allí arriba como nubes, los grandes cuerpos en serena laxitud.

Todo aquello era el imperio, la creación de los traveseros. En los viajes a la luna, hacía milenios, habían esparcido literalmente las semillas de este mundo. En un comienzo habían languidecido y muerto a miles en la inhóspita ceniza. Pero hasta los muertos habían dejado allí unos modestos legados de oxígeno, suelo y esporas, y algunas semillas habían germinado en los cadáveres fecundos. Luego de siglos de sopor, habían echado raíces.

Crecieron. Aturdidas y dolientes al principio, crecieron. Con tenacidad vegetal, crecieron. Se extendieron. Prosperaron. Poco a poco, los áridos yermos de la faz iluminada de la luna se hicieron verdes. En los cráteres, prosperaron las enredaderas. En las laderas desoladas, serpearon los perejiles. A medida que aparecía la atmósfera la magia de la vida floreció fortaleciéndose, vigorosa y rápida. De un modo

más completo que cualquier otra especie dominante en el pasado, los traveseros colonizaron la luna.

Lily-yo no podía saber nada de esto. En todo caso, le importaba poco. Apartó la mirada del cielo.

Flor se había arrastrado hasta Haris, el hombre. Se apretaba contra Haris, quien la abrazaba y cubría a medias con la piel nueva, mientras ella le acariciaba el pelo.

Furiosa, Lily-yo se levantó de un salto, dio a Flor un puntapié en la espinilla y luego se lanzó sobre ella y utilizó dientes y uñas para sacarla de allí. Jury corrió a ayudarla.

—¡No es tiempo para emparejarse! —gritó Lily-yo.

—¡Suéltlenme! —gritó Flor.

Haris, desconcertado, dio un salto. Estiró los brazos, los agitó y se elevó sin esfuerzo por el aire.

—¡Miren! —exclamó, con alarmado deleite.

Trazó un círculo en su peligroso vuelo sobre las cabezas de las mujeres. Luego, perdió el equilibrio y cayó de cabeza, despatarrado, boquiabierto. Se hundió en el estanque.

Tres hembras humanas, angustiadas, temerosas y enamoradas, se zambulleron detrás de Haris.

Mientras se secaban, oyeron ruidos en la espesura. En seguida, se pusieron en guardia. Volvían a ser ellos mismos. Sacaron las espadas nuevas y observaron el matorral.

Cuando apareció, el ajabazo no era como sus hermanos de la Tierra. No se erguía tiesamente como el títere de la caja de sorpresas; se arrastraba como un gusano.

Los humanos vieron el ojo deformado que asomaba entre los apios. Se volvieron sin pérdida de tiempo y emprendieron la huida.

Aunque el peligro había quedado atrás, continuaron marchando rápidamente, sin saber lo que buscaban. Luego, durmieron y comieron, y siguieron avanzando, a través de la vegetación interminable, a

la luz del día, hasta que de pronto el bosque se interrumpió.

Delante de ellos, todo parecía cesar y luego empezar de nuevo.

Cautelosamente, se acercaron. El suelo había sido hasta entonces muy desigual. Allí, se abría del todo, en una ancha grieta. Más allá de la grieta, la vegetación crecía otra vez. Pero ¿cómo podían los humanos salvar aquel abismo? Los cuatro permanecieron inmóviles, de pie, allí donde los helechos terminaban, mirando con angustia el borde distante de la grieta.

Haris, el hombre, torció dolorosamente el rostro.

—Lo que hice antes... yendo por el aire... —comenzó torpemente—. Si lo hiciéramos otra vez, los cuatro, iríamos por el aire hasta el otro lado.

—¡No! —dijo Lily-yo—. No irás.

—Déjalo ir —pidió Flor.

Las dos mujeres se volvieron para mirarse. Haris aprovechó la oportunidad. Alzó los brazos, los agitó, se levantó algo del suelo y movió también las piernas. Antes que tuviera tiempo de asustarse, estaba volando sobre el abismo.

Cuando comenzó a perder altura, Flor y Lily-yo, impulsadas por el instinto, también se lanzaron a la grieta. Extendieron los brazos y se deslizaron en un vuelo descendente detrás de Haris, sin dejar de gritar. Jury quedó detrás, llamándolos con desconcertada angustia.

Haris recuperó en parte el equilibrio y consiguió alcanzar, pesadamente, un resalto en la otra pared de la grieta. Las dos mujeres se posaron junto a Haris, excitadas, farfullando reproches. Levantaron la vista. Los dos bordes de la grieta, donde se alineaban los helechos, sólo dejaban ver un estrecho segmento del cielo morado. No se veía nada, aunque alcanzaban a oír los gritos de Jury.

Detrás del resalto, se abría un túnel en la pared. Toda aquella roca estaba horadada por túneles pare-

cidos, como una esponja. Tres vuelombres salieron del primer agujero, dos machos y una hembra, provistos de cuerdas y lanzas.

Flor y Lily-yo estaban inclinadas sobre Haris. Antes que tuvieran tiempo de recobrarse, fueron echadas al suelo y atadas con cuerdas. Impotente, Lily-yo vio a otros vuelombres que salían de diferentes agujeros y volaban planeando para ayudar a los captos. Volaban más firme y serenamente que en la Tierra.

—¡Llévenlos adentro! —gritaron los vuelombres.

Los rostros alertas e inteligentes rodearon afanosamente a los cautivos. Entraron todos en el túnel.

Asustados, Lily-yo, Flor y Haris se olvidaron de Jury, todavía acurrucada al borde de la grieta. Ya no volvieron a verla. Unas largagujas la devoraron rápidamente.

El túnel descendía apenas, y al fin se curvó, y llevó a otro túnel horizontal. Este se abrió a una caverna inmensa, de paredes y techos lisos y regulares. Por un extremo, entraba una gris luz diurna. La caverna estaba en el fondo de la grieta.

Los tres cautivos fueron llevados al centro de la caverna. Les quitaron los cuchillos y se les dejó en libertad. Se quedaron muy juntos, inquietos. Uno de los vuelombres se acercó y le habló a Lily-yo.

—No te haremos daño mientras no sea necesario —dijo—. Has llegado por travesero desde el Mundo Pesado. Eres nueva aquí. Cuando hayas aprendido nuestros modos, te unirás a nosotros.

—Yo soy Lily-yo —dijo Lily-yo con orgullo—. Déjame ir. Somos humanos, no vuelombres.

—Sí, humanos, y nosotros vuelombres. Y vosotros vuelombres y nosotros humanos. No sabes nada. Pronto sabrás muchas cosas, cuando hayas visto a los Cautivos. Ellos te dirán lo que conviene.

—Yo soy Lily-yo. Sé muchas cosas.

—Los Cautivos te dirán muchas cosas más.

—Si hubiera muchas cosas más, las sabría.

—Yo soy Band Appa Bondi y te digo que vengas a ver a los Cautivos. Lo que dices es charla tonta del Mundo Pesado, Lily-yo.

Varios vuelombres comenzaron a mostrarse agresivos. Haris le dio un codazo a Lily-yo y murmuró:

—Hagamos lo que dicen.

A regañadientes, Lily-yo se dejó llevar a otra cámara, con Haris y Flor. La cámara estaba medio en ruinas, y hedía. En el extremo más distante, había un derrumbe de roca desintegrada. Los infatigables rayos solares entraban por el hueco del techo, formaban un círculo en el suelo y parecían tender alrededor una cortina de luz amarilla. Cerca de esta luz, estaban los Cautivos.

—No temas verlos —dijo Band Appa Bondi, adelantándose—. No te harán daño.

Los Cautivos eran ocho y estaban encerrados en ocho grandes quemurnos, agrupadas en un semicírculo, donde podían observar y ser observados.

Los Cautivos eran un penoso espectáculo. Todos tenían alguna deformidad. A uno le faltaban las piernas. Otro no tenía carne alguna en la mandíbula inferior. Otro mostraba cuatro brazos enanos y sarmientosos. Un cuarto tenía unas alas de carne que enlazaban los lóbulos de las orejas y los pulgares, de modo que vivía con las manos perpetuamente levantadas hacia la cara. Un quinto dos brazos y una pierna sin huesos, como colgantes trozos de carne. Un sexto arrastraba unas alas monstruosas, como si fuesen alfombras. El séptimo ocultaba su deformidad detrás de una pantalla de excrementos, con los que manchaba las paredes transparentes de la celda. Y el último tenía una segunda cabeza, una excrecencia marchita, cuyos ojos se mantenían malévolamente fijos en Lily-yo. Este último Cautivo, que parecía el jefe de los otros, habló, utilizando la boca de la cabeza principal.

—Soy el Cautivo Jefe. Os saludo. Sois del Mundo

Pesado. Nosotros somos del Mundo Verdadero. Sois ahora de los nuestros. Aunque vuestras alas y cicatrices son nuevas, podéis uniros a nosotros.

—Yo soy Lily-yo. Somos humanos, no vuelombres. No nos uniremos a vosotros.

Los Cautivos gruñeron con fastidio. El Cautivo Jefe habló de nuevo.

—¡Siempre tenemos que soportar esta cháchara del Mundo Pesado! Te has unido a nosotros. Vosotros vuelombres, y nosotros humanos. Sabéis poco y sabemos mucho.

—Pero nosotros...

—¡Basta de esa estúpida charla, mujer!

—Nosotros...

—Calla, mujer, y escucha —dijo Band Appa Bondi.

—Sabemos mucho —repitió el Cautivo Jefe—. Te diremos algo. Quienes hacen el viaje desde el Mundo Pesado, cambian. Algunos mueren. La mayoría vive. A los que viven les crecen alas. Entre los dos mundos, hay rayos muy fuertes, muchos, ni vistos ni sentidos, que nos cambian los cuerpos. Cuando llegas aquí, cuando llegas al Mundo Verdadero, te conviertes en humano verdadero. La larva de la moscatigre no es una moscatigre hasta que cambia. Así también cambian los humanos.

—No entiendo lo que dice —protestó tercamente Haris, echándose en el suelo. Pero Lily-yo y Flor escuchaban.

—A este Mundo Verdadero, como tú lo llamas, venimos a morir —dijo Lily-yo, titubeando.

El Cautivo de la mandíbula descarnada observó:

—La larva de la moscatigre cree morir cuando se cambia en moscatigre.

—Eres todavía joven —declaró el Cautivo Jefe—. Aquí comienzas de nuevo. ¿Dónde está tu alma?

Lily-yo y Flor se miraron. Al huir del ajabazo se habían desprendido de las almas. Haris había pisoteado la suya.

—¿Ves? Ya no la necesitas. Eres todavía joven. Puedes tener criaturas. Algunas pueden nacer con alas.

El cautivo de los brazos sin huesos añadió:

—Algunas pueden nacer mal, como nosotros. Algunas pueden nacer bien.

—¡Son demasiado horribles para vivir! —protestó Haris—. ¿Por qué no los matan?

—Porque sabemos todas las cosas —contestó el Cautivo Jefe. De pronto, la segunda cabeza se levantó y dijo—: Tener una buena forma no es todo en la vida. Lo importante es saber. Como no podemos movernos bien, podemos... *pensar*. El Mundo Verdadero es bueno y sabe estas cosas. Por eso deja que lo gobernemos.

Flor y Lily-yo refunfuñaron a la vez.

—¿Dices que unos pobres cautivos gobiernan al Mundo Verdadero? —preguntó finalmente Lily-yo.

—Así es.

—Entonces, ¿por qué te tienen cautivo?

El vuelombre de lóbulos y pulgares enlazados, acentuando su perpetuo ademán de protesta, habló por primera vez.

—Gobernar es servir, mujer. Quienes tienen poder son esclavos del poder. Sólo el proscripto es libre. Como somos Cautivos, tenemos tiempo para hablar, pensar, proyectar y saber. Quienes saben manejan los cuchillos de otros.

—Nadie te lastimará, Lily-yo —agregó Band Appa Bondi—. Vivirás entre nosotros y gozarás de una vida libre de todo daño.

—¡No! —dijo el Cautivo con las dos bocas—. Este otro ser, el varón, es evidentemente inútil; pero antes que puedan gozar de nada, Lily-yo y su compañera Flor han de ayudarnos en el proyecto.

—¿La invasión? —preguntó Band Appa Bondi.

—¿Qué otra cosa puede ser? Flor y Lily-yo han llegado en el momento adecuado. Los recuerdos del

Mundo Pesado y de la vida salvaje están todavía vivos en ellas. Necesitamos esos recuerdos. Por eso volverán allá, conforme al gran proyecto que tenemos.

—¿Volver allá? —preguntó Flor boquiabierta.

—Sí. Proyectamos un ataque al Mundo Pesado. Has de ayudarnos a dirigir nuestras fuerzas.

V

La larga tarde de la eternidad se estaba consumiendo en el largo camino dorado que algún momento desembocaría en noche perdurable. Había movimiento, pero movimiento sin sucesos, si se exceptuaban aquellos acontecimientos insignificantes que tan grandes parecían a aquellos seres.

Para Lily-yo, Flor y Haris, había muchos acontecimientos. Ante todo, aprendieron a volar debidamente.

Los dolores relacionados con las alas desaparecieron pronto, al fortalecerse la maravillosa nueva carne, los maravillosos nuevos tendones. Levantar vuelo en la leve gravedad fue un deleite cada vez mayor; no se conocían allí los torpes aleteos de los vuelombres en el Mundo Pesado.

Aprendieron a volar y luego a cazar en bandadas. Llegado el momento, fueron preparados para cumplir el plan de los Cautivos.

La serie de accidentes que habían llevado a los humanos a aquel mundo fueron más y más afortunados a medida que pasaban los milenios. Porque, gradualmente, los humanos se adaptaron mejor al Mundo Verdadero. El factor de supervivencia aumentó; se hicieron más poderosos. Y mientras, las condiciones del Mundo Pesado se hacían cada vez más adversas, y sólo medraban los vegetales gigantes.

Lily-yo, por lo menos, advirtió muy pronto cuánto más fácil era allí la vida. Estaba sentada con Flor y una docena más, comiendo pasta de alfombrón, a la

espera de cumplir la orden de los Cautivos y de partir hacia el Mundo Pesado.

—Aquí estamos seguros —dijo, trabajosamente, señalando la vastedad de tierra verde que se extendía bajo la red plateada de telarañas.

—Si no hubiera moscatigres, sería mejor todavía —comentó Flor.

Descansaban en una cumbre desnuda, donde ni el aire muy tenue ni las enredaderas gigantes se habían atrevido a trepar hasta allí. Aquel verde turbulento se extendía allá lejos, abajo, casi como en la Tierra, aunque contenido por formaciones circulares de roca.

—Este mundo es más pequeño —insistió Lily-yo—. Aquí somos más grandes. No necesitamos combatir.

—Pronto tendremos que combatir.

—Pero luego volveremos aquí. Es un buen lugar, menos feroz, menos peligroso. Aquí, los grupos podrían vivir sin tantos temores. A Veggy, Toy, May, Gren, y a los demás pequeños, les gustaría.

—Echarían de menos los árboles.

—Pronto nosotras olvidaremos también. En cambio, ahora tenemos alas.

Hablaban a la inmóvil sombra de una roca. Allí arriba, como burbujas de plata en un cielo purpúreo, los traveseros se movían, tejiendo redes, bajando de cuando en cuando a los apios de la superficie. Mientras observaba esas maniobras, Lily-yo pensó en el proyecto que habían elaborado los Cautivos e imaginó una serie de cuadros animados.

Sí, los Cautivos sabían. Podían prever más cosas que ella. Ella y los suyos habían vivido como plantas, haciendo lo que correspondía en cada instante. Los Cautivos no eran plantas. Desde el interior de las celdas veían más que quienes estaban afuera.

Era esto lo que los Cautivos veían: los humanos que habían llegado al Mundo Verdadero tenían pocos hijos, porque eran viejos o porque los rayos que les habían dado alas les había matado la simiente; el

lugar era bueno y sería todavía mejor si hubiese más humanos; un modo de que hubiese más humanos era traer criaturas y niños del Mundo Pesado.

Se había hecho esto desde tiempo inmemorial. Valientes vuelombres habían viajado de regreso a aquel otro mundo, a robar niños. Los vuelombres que en una ocasión habían atacado al grupo de Lily-yo cuando subía a las Copas, habían estado cumpliendo una misión así. Se habían llevado a Bain para traerla en una urna... nadie había vuelto a verlos.

Eran muchos los peligros y accidentes que acechaban en el largo viaje de ida y vuelta. Muchos iban, pocos regresaban. Esto había inducido a los Cautivos a idear un proyecto mejor y más audaz.

—Aquí llega un travesero —dijo Band Appa Bondi—. Preparémonos para partir.

Caminó al frente del grupo de doce voladores, los elegidos para este nuevo intento. Era el jefe. Lily-yo, Flor y Haris lo ayudarían, con otros ocho, tres varones y cinco hembras. Sólo uno, el mismo Band Appa Bondi, venía del Mundo Pesado.

Lentamente, el grupo se levantó. Había llegado el momento de iniciar la gran aventura. Sentían, sin embargo, poco miedo; no podían prever el futuro, como los Cautivos, con la excepción tal vez de Band Appa Bondi y Lily-yo, quien se animó diciéndose: "Así son las cosas." Luego, todos extendieron los brazos y volaron al encuentro del travesero.

El travesero había comido.

Había atrapado a uno de sus más sabrosos enemigos, una moscatigre, en una telaraña, y le había succionado el interior hasta dejar sólo una especie de caparazón. Descendió en un campo de apios, aplastando hojas y tallos. Poco a poco, comenzó a germinar. Luego, se elevaría hacia las inmensidades negras, donde lo llamaban el calor y la radiación. Había nacido en este mundo. Como era joven, nunca todavía había hecho el viaje, a la vez temido y deseado.

Los brotes le aparecían en el lomo, se elevaban, estallaban, caían al suelo y se escurrían hundiéndose en la pulpa y los residuos. Allí, durante diez mil años, crecería en paz.

Aunque joven, el travesero estaba enfermo. No lo sabía. La moscatigre enemiga tenía que ver con esto, pero también lo ignoraba. La enorme masa era poco sensible.

Los doce humanos planearon y descendieron en el limo, cerca del abdomen, fuera del campo de visión del racimo de ojos del ser. Se escondieron entre las duras fibras que les llegaban hasta los hombros y que eran el pelo del travesero. Miraron alrededor. Un rayoplán pasó veloz por encima y desapareció. Tres saltonas se escurrieron entre las fibras y no se las vio más. Todo estaba tranquilo, como en una colina desierta.

Se desplegaron y avanzaron en fila: las cabezas bajas, los ojos escrutadores. Band Appa Bondi iba en un extremo y Lily-yo en el otro. El cuerpo del travesero era una ladera empinada, con grietas, hoyos y cicatrices. Las fibras miméticas tenían distintos colores, negros, verdes y amarillos, y dividían en partes la masa del travesero. En muchos lugares habían echado raíces unas duras plantas parasitarias, que se alimentaban exclusivamente de la enorme masa; la mayoría perecería cuando el travesero se lanzase al espacio entre los dos mundos.

Los humanos trabajaban. En una ocasión, fueron derribados por un cambio de posición del travesero. La ladera se hizo más empinada y bajaron más lentamente.

—¡Aquí! —gritó Y Coyin, una de las mujeres.

Habían encontrado por fin lo que buscaban, de acuerdo con el consejo de los Cautivos.

Apretado alrededor de Y Coyin, con los cuchillos preparados, el grupo miró hacia abajo.

En aquel lugar habían cortado las fibras como se

siega la mies, y se veía un trozo desnudo, una costra redonda. Lily-yo la palpó. Era muy dura.

Lo Jint puso el oído sobre la costra. Silencio.

Todos se miraron.

Se arrodillaron luego y metieron los cuchillos como palancas bajo los bordes de la costra. El travesero se movió y todos se tendieron, apretados contra el cuerpo. Cerca brotó un germen, estalló, rodó por la ladera y cayó al suelo distante. Una largaguja lo devoró antes que se detuviera. Los humanos siguieron trabajando.

La costra se movió. La levantaron. Vieron la boca de un túnel oscuro y pegajoso.

—Yo entraré primero —dijo Band Appa Bondi.

Descendió al túnel. Los otros lo siguieron. El cielo oscuro apareció allí arriba como un círculo, hasta que el duodécimo humano entró en el túnel. Luego, pusieron otra vez la costra en su lugar. Se oyó un ruido sordo; el travesero se movía.

Se quedaron acurrucados mucho tiempo, los cuchillos listos y las alas plegadas. Los corazones humanos latían con fuerza.

En más de un sentido estaban en territorio enemigo. Los traveseros eran aliados sólo por accidente; devoraban a los humanos como devoraban cualquier otra cosa. Pero el túnel era la obra de la destructora amarilla y negra, la moscatigre. Uno de los últimos insectos sobrevivientes, las vigorosas y hábiles moscatigres, atacaban una y otra vez al más invencible de todos los seres vivos.

La moscatigre hembra se posa en el travesero y abre en él un túnel. Baja y baja hasta que al fin se detiene y prepara una cámara natal, paraliza la materia con su aguijón, y la herida no sana. Antes de volver a la luz del día la moscatigre pone allí sus huevos. Cuando los huevos maduran, las larvas devoran la materia fresca y viva.

Al cabo de un rato, Band Appa Bondi hizo una

señal y el grupo avanzó, descendiendo desmañadamente por el túnel. Los guiaba una débil luminiscencia. El aire era denso y tenía un olor vegetal. Los humanos se desplazaban muy lentamente, en silencio, pues algo se movía allá adelante.

De pronto, el movimiento se les echó encima.

En aquella terrible oscuridad, algo atacaba a los intrusos.

Antes que lo advirtieran, habían llegado a un sitio donde el túnel se ensanchaba formando la cámara natal. Los huevos de la moscatigre habían madurado. Doscientas larvas, con mandíbulas tan anchas como un brazo humano, se habían vuelto contra los intrusos y daban dentelladas feroces, iracundas y asustadas.

Casi en el mismo instante en que Band Appa Bondi partía en dos a la primera atacante, otra le cortó la cabeza de una dentellada. El desdichado cayó y sus compañeros avanzaron sobre él. Lanzados hacia adelante, eludían las mortales mandíbulas.

El cuerpo de las larvas era blando y grueso. Bastaba un golpe de espada para que estallaran, con las entrañas al aire. Eran combativas, pero no sabían combatir bien. Los humanos acuchillaban furiosamente, eludían y acuchillaban. Apoyados de espaldas en la pared, herían de filo y punta, destrozando mandíbulas, desgarrando vientres endebles. Mataron de modo incesante, sin odio ni misericordia, hasta hundir las piernas en una especie de lodo. Las larvas lanzaban dentelladas, se retorcían y morían. Gruñendo, satisfecho, Haris acuchilló a la última de las larvas.

Agotados los once humanos se arrastraron de vuelta al túnel, a esperar a que las paredes absorbieran el lodo horrible. Y a esperar luego mucho más.

El travesero se sacudió en el lecho de apios. Sentía vagos impulsos. Las cosas que había hecho. Las cosas que tenía que hacer. Las cosas que había hecho estaban hechas, y las que tenía que hacer estaban esperando. Emitió un globo de oxígeno y se incorporó.

Lentamente al principio, trepó por un cable, hacia la red donde el aire se enrarecía. Siempre, siempre antes de la eterna tarde, se había detenido allí. Pero esta vez no había por qué detenerse. El aire no era nada y el calor lo era todo, el calor que incitaba, acicateaba, atraía y acariciaba más y más, mientras uno subía...

Lanzó un cable desde una filera. Cada vez con más velocidad, con más decisión, seguía subiendo. Impulsaba su poderoso ser vegetal hacia arriba, alejándose del sitio donde volaban las moscatigres. Allí delante, flotaba un semicírculo de luz, blanco, azul y verde, que era como un punto de mira.

Porque el sitio era un sitio muy solitario para un joven travesero; era un sitio terrible y maravilloso, brillante y sombrío a la vez, colmado de nada. Gira mientras avanzas y te tostarás bien por todos lados... No hay nada que pueda molestarte...

Excepto claro está, ese reducido grupo de humanos. Muy dentro de ti, te utilizan como un arca. Los llevas de regreso a un mundo que antaño, hace muchísimo tiempo, perteneció a la especie humana; los llevas de regreso para que tal vez puedan —¿quién sabe?— habitar otro mundo con su propia gente.

Porque, recuérdalo, siempre hay muchísimo tiempo.

Título original: *Hothouse*.
Traducción de M. A.

1130 a 15
8 a 12

MINOTAURO
FANTASIA Y CIENCIA - FICCION

Una colección antológica de la ficción especulativa contemporánea

1. Damon Knight: *¿Qué bestia torpe?* Ray Bradbury: *La costa en el crepúsculo*. J. G. Ballard: *El Leonardo perdido*.
2. Richard Matheson: *Nacido de hombre y mujer*. Zenna Henderson: *Ararat*. Walter M. Miller: *Cántico por Leibowitz*.
3. Cordwainer Smith: *Alpha Ralpa Boulevard*. Ray Bradbury: *Todo un verano en un día*. Theodore Sturgeon: *El hombre que perdió el mar*.
4. Robert Sheckley: *El precio del peligro*. Alfred Bester: *Antes la vida era distinta*. R. A. Heinlein: *Todos ustedes, zombies*.
5. J. G. Ballard: *El hombre iluminado*. James White: *Viaje de ayuno*. Carol Emshwiller: *Día en la playa*.
6. Richard McKenna: *Regresa, cazador*. A. C. Clarke: *Superioridad*. A. E. Van Vogt: *Proceso*.
7. Poul Anderson: *No habrá tregua para los reyes*. Theodore Sturgeon: *Cosas de niños*. A. C. Clarke: *En el cometa*.
8. Roger Zelazny: *Una rosa para el Eclesiastés*. Ray Bradbury: *Icaro Montgolfier Wright*. Brian W. Aldiss: *Pobre guerrero*.
9. Brian W. Aldiss: *El árbol de saliva*. J. G. Ballard: *Despierta el mar*. John Brunner: *La estofa de los sueños*.

En venta en todas las librerías
Ediciones Minotauro S. R. L.
Humberto Iº 545, Buenos Aires